

DIÓCESIS DE ORIHUELA-ALICANTE

BOLETÍN OFICIAL DEL OBISPADO



AÑO 2021
AÑO JUBILAR
DE SAN JOSÉ



NÚM. 440

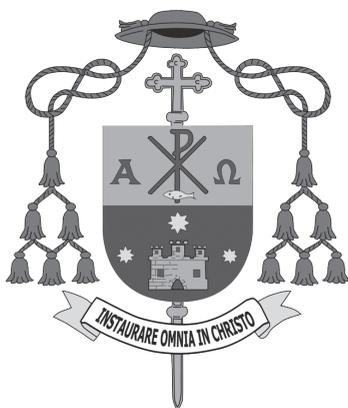
AÑO 2021

MARZO / ABRIL

DIÓCESIS DE ORIHUELA-ALICANTE

DIÓCESIS DE ORIHUELA-ALICANTE

BOLETÍN OFICIAL DEL OBISPADO



NÚM. 440

AÑO 2021

MARZO / ABRIL

PORTADA: Talla policromada de San José con el Niño en brazos de la Parroquia San José de La Murada.
Autor: José Sánchez Lozano. Realizado en: Murcia en 1960.

EDITA: Obispado de Orihuela-Alicante
Marco Oliver, 5
03009 Alicante
Tel: 96 520 48 22

IMPRIME: RGV PRINT SERVIGRAF S.L.
C/ Azorin, 4. 03007 Alicante

Depósito Legal: A-61-1958
ISSN 1885-1487

SUMARIO

OBISPO DIOCESANO

Escritos

Comunicado del Sr. Obispo de Orihuela-Alicante con motivo del fallecimiento del obispo emérito Excmo. y Rvdmo. Sr. D. Rafael Palmero Ramos.....	7
«Padre y hermano, como San José», Día del Seminario 2021. Inicio del Año de la «Familia Amoris Laetitia».....	9
Semana Santa	12
Pascua: ¡Él vive! ¡Ha resucitado!	15
Jornada del Misionero Diocesano «Con San José disponibles para la misión».....	18

Homilías y alocuciones

Homilia Misa Exequial por Mons. Rafael Palmero Ramos	21
Puesta en marcha de la Mesa diocesana de Educación	25
Homilía en la bendición del Órgano de S. Nicolás	27
San José, en el Día del Seminario y la apertura del Año de la Familia.....	29
Misa de inscripción en el Libro de los Catecúmenos	32
Misa para las Cofradías y Hermandades de la Semana Santa de Alicante ..	34
Misa Crismal	38
Ordenación de diácono.....	43
Eucaristía de la Fiesta de la Santa Faz.....	46

Agenda

Marzo	49
Abril.....	53

VICARÍA GENERAL

Convocatoria a la Misa Crismal	56
Colecta por los Santos Lugares. Viernes Santo, 2 de abril de 2021.....	57

CANCILLERÍA

Nombramientos.....	61
Estatutos.....	62

FUNDACIÓN PARA LA CONSERVACIÓN Y MANTENIMIENTO DEL PATRIMONIO EN LA DIÓCESIS DE ORIHUELA-ALICANTE

Nace la Fundación para la Conservación del Patrimonio de la Diócesis de Orihuela-Alicante	63
---	----

LITURGIA

«Nota sobre las celebraciones de Semana Santa en el año 2021» de la Comisión Episcopal para la Liturgia (CEL). Indicaciones para la Diócesis de Orihuela-Alicante	65
---	----

SANTA SEDE

PAPA FRANCISCO

- VIAJE APOSTÓLICO DEL SANTO PADRE FRANCISCO A IRAK (5 - 8 DE MARZO DE 2021) -	
Palabras del Santo Padre en el encuentro con las autoridades, la sociedad civil y el Cuerpo Diplomático	67
Palabras del Santo Padre en el encuentro con los obispos, sacerdotes, religiosos/as, seminaristas y catequistas	72
Encuentro interreligioso en la Llanura de Ur	76
Holilía del Santo Padre en la Santa Misa en Bagdad.....	82
Oración de sufragio por las víctimas de la guerra.....	85
Discurso del Santo Padre en la Visita a la comunidad de Qaraqosh ..	88
Holilía del Santo Padre en la Santa Misa en Erbil.....	91

- HASTA AQUÍ EL VIAJE APOSTÓLICO -

Mensaje del Santo Padre a los participantes en el congreso en línea «Nuestro Amor cotidiano» para la apertura del Año «Familia Amoris laetitia»	95
Mensaje del santo Padre Francisco para la 58 Jornada Mundial de Oración por las Vocaciones 2021	98
Homilía del santo padre Francisco en la celebración del Domingo de Ramos y de la Pasión del Señor	102
Homilía del Santo Padre en la Santa Misa Crismal.....	105
Homilía del Santo Padre en la Vigilia pascual en la Noche Santa.....	110
Homilía del Santo Padre en la Santa Misa de la Divina Misericordia.....	113
Felicitación del Santo Padre a D. Jesús por el XXV Aniversario de su Ordenación Episcopal.....	117
Homilía del santo padre Francisco en la Santa Misa con ordenaciones sacerdotales.....	118

NUNCIATURA APOSTÓLICA

Condolencias por el fallecimiento de D. Rafael Palmero	121
Felicitación a D. Jesús Murgui por el 25º Aniversario de su Ordenación episcopal	122

CONFERENCIA EPISCOPAL ESPAÑOLA

La Conferencia Episcopal Española presenta los datos de la asignación tributaria registrados a favor de la Iglesia en la Declaración de la Renta de 2020.....	123
Nota de los obispos sobre la Semana Santa	126
Mons. Argüello ante la aprobación de la ley de la eutanasia.....	133
Día del Seminario 2021	134
Jornada por la Vida, 25 de marzo de 2021	139

OBISPO DIOCESANO

ESCRITOS

Comunicado del Sr. Obispo de Orihuela-Alicante con motivo del fallecimiento del obispo emérito Excmo. y Rvdmo. Sr. D. Rafael Palmero Ramos

*Alicante,
8 de marzo de 2021*

Queridos diocesanos:

Os comunico con dolor, pero también con una profunda esperanza, que nuestro querido obispo emérito D. Rafael, después de una dolorosa enfermedad, ha fallecido esta madrugada en nuestra Casa Sacerdotal. Se ha dirigido a la Casa del Padre con una vida de entrega total hasta el final a Jesucristo, Nuestro Señor. En estos momentos os pido oraciones por su eterno descanso, y también acciones de gracias a Dios porque, a través de su ministerio, el Señor ha enriquecido a nuestra Iglesia que camina en Orihuela-Alicante con abundantes frutos de santidad y apostolado. Dios, Uno y Trino, le conceda el premio de los que han sido fieles.

Como señal de duelo, pido que durante estos días se celebre la Santa Misa por su eterno descanso, y hoy a las 17:00 h, en todas las parroquias de la Diócesis, se hagan sonar las campanas en señal de duelo y para que todos se unan en oración.

Tan pronto sea posible se dará a conocer más detalles sobre las exequias de nuestro querido D. Rafael.

Que la Santísima Virgen, todos los santos y los ángeles del Señor le salgan al encuentro. Que el Señor le conceda el descanso eterno y la luz perpetua.

Recibid mi bendición,

✠ Jesús Murgui Soriano
Obispo de Orihuela-Alicante

**«Padre y hermano, como San José»
Día del Seminario 2021
Inicio del Año de la «Familia Amoris Laetitia»**

Queridos diocesanos:

El día 8 de diciembre del pasado año, día de la Inmaculada, el Papa Francisco convocó un **«Año de San José»** como conmemoración del 150 aniversario de la declaración de San José como patrono de la Iglesia Católica por el beato Pío IX, queriendo perpetuar esta dedicación de la Iglesia a su custodia.

Por este motivo el Papa ha escrito la carta Apostólica *«Patris Corde»* («Con corazón de padre»). Con ella quiere compartir con nosotros «algunas reflexiones personales sobre esta figura extraordinaria, tan cercana a nuestra condición humana», como él mismo dice.

En San José destacan dos funciones complementarias, esposo de María y padre de Jesús, pues «tuvo la valentía de asumir la paternidad legal de Jesús», como señala el Papa; recordando unas palabras de san Pablo VI quien perfila esa paternidad suya en «haber hecho de su vida un servicio, un sacrificio al misterio de la Encarnación y a la misión redentora que le está unida; al haber utilizado la autoridad legal, que le corresponde en la Sagrada Familia, para hacer de ella un don total de sí mismo, de su vida, de su trabajo» (Homilía 19-III-1966).

En él es especialmente admirable su obediencia y docilidad a los designios de Dios, cuando, por medio de sueños, el Señor le va indicando que acepte a María, que ponga el nombre de Jesús a su hijo, que huya a Egipto para evitar la persecución de Herodes, que regrese de allí, y quien sabe cuántas más cosas que el Señor le fue dando a entender para realizar su difícil misión. Por ello san Juan Pablo II, en su exhortación apostólica *«Redemptoris custos»* (1,4), afirmó: «Si Isabel dijo de la Madre del Redentor: "Feliz la que ha creído", en cierto sentido se puede aplicar esta bienaventuranza a José, porque él respondió afirmativamente a la Palabra de Dios». Creo que se puede afirmar que fue modélico en su fe, en su fiarse de Dios, por ello Dios se fío de él, y, así, le confió lo más preciado: a Jesús y a María.

José de Nazaret sigue siendo una Palabra viva de Dios para nosotros. No en vano ha sido el hombre que estuvo más cerca de Jesús y el primero

al que se le dio a conocer su misterio. A diferencia de José de Egipto, el hijo de Jacob vendido por sus hermanos, que fue providencial para aquel tiempo, el esposo de María es un santo para todas las generaciones, también para la nuestra.

Especialmente, como destaca el Papa en su Carta Apostólica, es referencia providencial para estos tiempos de pandemia, en los que, recordando el su «Meditación en tiempos de pandemia» de 27 de marzo de 2020, señala: «nuestras vidas están tejidas y sostenidas por personas comunes –corrientemente olvidadas- [...]. Cuánta gente cada día demuestra paciencia e infunde esperanza, cuidándose de no sembrar pánico sino corresponsabilidad. Cuantos padres, madres, abuelos y abuelas, docentes, muestran a nuestros niños, con gestos pequeños y cotidianos, cómo enfrentar y transitar una crisis [...]. Cuántas personas rezan, ofrecen e interceden por el bien de todos». Concluyendo: «Todos pueden encontrar en San José -el hombre que pasa desapercibido, el hombre de la presencia diaria, discreta y oculta- un intercesor, un apoyo y una guía en tiempos de dificultad».

La figura de San José, en especial su abandono y su confianza en las indicaciones que le llegan de Dios, entiendo que es sugerente y luminosa para nosotros que transitamos en un momento histórico denso de interrogantes y de inseguridades en lo humano y lo social, agravado por una devastadora pandemia que nos ha trastornado previsiones y proyectos y ha puesto en evidencia nuestros límites y fragilidad. San José es modélico para momentos así, como referente de persona de fe, capaz por gracia, en medio de la oscuridad y el límite, de ponerse en manos de Dios y acoger su voluntad, esperando contra toda esperanza, como un nuevo Abraham.

San José, en cuanto es patrón de los Seminarios, es especial referencia para esta institución fundamental en la vida de la Diócesis, por ello todos los años bajo la sombra de San José se celebra el «**Día del Seminario**», este año el domingo 21 de marzo. El lema de la Jornada, como me permito destacar en el encabezamiento de este escrito, es: «Padre y hermano, como San José». Así lo señalan los obispos de la Comisión Episcopal de Clero y Seminarios: «hemos querido fijar la mirada en el Custodio de nuestro Redentor para presentarlo una vez más como modelo en la formación de los candidatos al sacerdocio». Personalmente os animo a que, en todas las parroquias y comunidades de nuestra Diócesis, en esta Jornada no falte nuestra oración por el Seminario, nuestra acción

de gracias a Dios por nuestros seminaristas y sus formadores, y nuestra ayuda material, económica, que en tiempos difíciles como los nuestros, seguro que tiene más valor ante el Señor.

Además, como muchos sabéis, el papa Francisco ofrece a la Iglesia un **Año especial dedicado a la familia**, que se inaugurará el 19 de marzo de 2021, quinto aniversario de la publicación de la Exhortación apostólica «*Amoris Laetitia*», y que culminará el 26 de junio de 2022. Es una gran oportunidad de reflexionar en el riquísimo contenido de esta Exhortación apostólica, fruto de un intenso camino sinodal, que continua a nivel pastoral. Nosotros abriremos el Año en la fecha señalada, 19 de marzo día de San José, y tendremos el 13 de marzo, como preparación a la apertura diocesana, el Encuentro diocesano anual de familias -este año online-, con carácter formativo y de impulso a secundar la programación que se nos ofrece desde el Secretariado diocesano para tan importante Año; un tiempo que se inaugura bajo la intercesión de San José, custodio de la Sagrada Familia de Nazaret.

Finalmente, os pido que sigamos viviendo este Año especialmente dedicado a San José, teniendo como ayuda las valiosas orientaciones y propuestas que desde el servicio de Coordinación Diocesana para este Año se nos vienen ofreciendo. A este servicio diocesano, muchas gracias; y a las parroquias y a las realidades eclesiales que tenéis a San José como titular, o especial referente, os deseo que sigáis acrecentando vuestro aprendizaje acerca de tan gran santo y vuestra devoción hacia él. Sobre todo, en estos tiempos nada fáciles para la Iglesia, en los que, sabiamente, Papa Francisco ha querido renovar la dedicación de nuestra Iglesia Católica a su custodia, reafirmemos todos nuestros deseos de acogernos a su ejemplo, su apoyo y su intercesión.

Con este deseo, y mi ánimo para que sigáis adelante y os cuidéis mucho, suplico la bendición de Dios para todos vosotros.

✠ **Jesús Murgui Soriano.**
Obispo de Orihuela-Alicante.

Semana Santa

La celebración de la Semana Santa nos introduce en el misterio central de nuestra fe, haciéndonos revivir y actualizar la entrega de Jesús por la Humanidad, haciéndonos contemplar el misterio de aquel Amor, más fuerte que la muerte, en el que hemos sido salvados.

Con la conmemoración de la entrada triunfal de Jesús en Jerusalén, sobre un borrico y aclamado por el pueblo sencillo, comienza la Semana Santa, que año tras año llena de un hálito diferente la vida de nuestras comunidades. Es la Semana, por excelencia, Santa. Sólo desde la fe cristiana se entiende lo que en ella celebramos. Sobrecoge y asombra el Misterio que conmemoramos; es el misterio de Dios y del hombre, de la vida y de la muerte, del mal y de la agracia, del odio y del perdón, de las tinieblas y de la luz. Toda la historia, todo su sentido, todo el drama del hombre y de la Humanidad entera se concentra y esclarece ahí, en lo que celebramos estos días.

Especialmente es valiosa su celebración en un tiempo como el que vivimos, plenamente inmerso desde el mes de marzo del pasado año en los terribles efectos de la pandemia que nos aqueja, y que nos podrá limitar en las celebraciones exteriores pero no en la vivencia profunda, que nos ayudará, por gracia, a iluminar y santificar las tinieblas de las cruces de este tiempo, desde el Amor crucificado en el que hemos sido salvados.

Es importante y necesario ayudarnos a recuperar toda la verdad de la Semana Santa: acoger el amor infinito y la misericordia sin límite, entrañable, del Padre que tanto nos ha amado que nos ha entregado a su propio Hijo, quien se ha despojado de su rango y se ha rebajado hasta la muerte y una muerte tan ignominiosa como la de la Cruz; por nosotros y por nuestra salvación. Todo ha quedado transformado por el Amor que es Dios, manifestado en el Misterio Pascual.

Es esto lo decisivo para la humanidad entera, que se hace vivo, presente y patente en las celebraciones litúrgicas de los días de la Semana Santa, y que se plasma en las expresivas muestras de las obras de arte, de la literatura o de la música, y en las manifestaciones tan elocuentes de la religiosidad popular. Liturgia, piedad popular, arte nos introducen en el misterio de Cristo.

Lo acaecido en Jerusalén a la persona de Jesús, el Nazareno -su aclamación por la gentes sencillas a su llegada a la Ciudad Santa sobre un borriquillo, o su cena pascual con los discípulos, su oración en el Huerto de los Olivos, su traición, prendimiento, pasión, condena, crucifixión, muerte y sepultura, su resurrección- todos estos hechos han roto de manera definitiva y para siempre el dominio del mal y de la muerte sobre los hombres, han aniquilado los temores y las angustias del mundo entero y nos ha traído el perdón, la reconciliación, la paz, la salvación a todos, sin que nadie esté excluido de la inmensidad de este amor misericordioso.

Todos estos hechos han trasladado a la Humanidad entera, sufriente, dolorida, desterrada y esclava del mal y de la muerte, al reino de la luz y de la vida, de la esperanza, al reino de la gloria, y la han hecho entrar en la patria verdadera, en los cielos nuevos y la nueva tierra donde el Señor habita, donde el amor y la justicia moran para siempre.

El Calvario sigue vivo. Porque vivo se mantiene para siempre el Crucificado. Porque vivo se mantiene este acontecimiento: su pasión y muerte, su vida entregada por nosotros, su victoria, la victoria de su amor sobre la muerte. No sólo cada año, sino también cada día; cada instante sigue ofreciéndose para nuestro consuelo y esperanza, perennemente Jesús está en los cielos intercediendo ante el Padre por nosotros con sus llagas y su costado abierto. El Calvario, también, continúa en ese largo Vía Crucis, que especialmente experimentamos en estos tiempos, y que se prolonga en la historia del sufrimiento y dolores de la Humanidad. Una Humanidad herida y abandonada, en el drama de tantos seres humanos con los que Cristo se identifica y carga sobre sus hombros su cruz, se abraza a ella, es clavado en ella, y los ama, libera y salva, sus heridas son las nuestras y esas heridas nos han curado.

De modo especialísimo, en la Eucaristía que nos dejó como memorial la noche en que iba a ser entregado, se hace presencia real ese Calvario, ese Gólgota de redención, esa Cruz redentora. La Eucaristía es su Cuerpo entregado por nosotros y su sangre derramada por la remisión de nuestros pecados. De la Eucaristía fluye y en ella confluye toda esta Semana, en la que parece que, por excelencia, se concentra el tiempo y la eternidad, la vida, los trabajos, los sentimientos, los anhelos, el cielo se abre a la tierra y a él entramos por la puerta en la que está al árbol de la Cruz, que nos introduce en la gloria de la eternidad.

Vivamos el don de la Semana Santa del presente año 2021. Es lógico,

incluso valioso, el sentimiento de tantos hermanos nuestros, cofrades de nuestros pueblos y ciudades que atesoran una enorme riqueza catequética y artística, y que sufren, muy especialmente, por no poder sacar a la calle lo que vivimos y celebramos realmente en la liturgia de nuestros templos. Comparto vuestros sentimientos; tiempos vendrán, si Dios quiere, en los que nuestras procesiones, nuevamente, serán posibles. Las presentes adversidades nos sirvan para purificar y afianzar nuestra fe, raíz y cimiento de nuestra piedad popular y tradiciones.

Y mientras, valoremos la significación de estos días santos que no podemos dejar pasar; que las presentes circunstancias nos ayuden a una profundidad y vivencia especiales de estos días únicos, auténticos tesoros de gracia, a los que se accede por el don de la fe. Cuando tantos interrogantes e incertidumbres nos sobrecogen ante tanto sufrimiento y muerte generados por la pandemia, abramos nuestra mente y nuestro corazón al amor de Jesús que se nos manifiesta en su Cruz, y a la esperanza viva y decisiva que nos ha dado con su Resurrección.

María, que nos fue dada por Jesús como madre, y que prolongó su sí en la Anunciación hasta el sí al pie de la Cruz; ella, interceda ante su Hijo para que vivamos una fructuosa celebración de la Semana Santa, en tiempos en los que nos sentimos especialmente necesitados de acoger y compartir su luz y su amor.

✠ Jesús Murgui Soriano.
Obispo de Orihuela-Alicante.

Pascua: ¡Él vive! ¡Ha resucitado!

Los relatos evangélicos de la vida de Jesús no son descripciones de vagos recuerdos de un pasado lejano, sino hechos históricos que permanecen vivos en el tiempo. Y la muerte de Jesús no es un martirio entre tantos dramas de opresión y de violencia que afligen en la historia humana, sino el sublime gesto de amor misericordioso del Padre por nuestra redención: «Porque tanto amó Dios al mundo, que entregó a su Unigénito, para que todo el que cree en Él no perezca, sino que tenga vida eterna» (Jn 3,16). Creer en el Hijo del hombre levantado en la Cruz, es creer en el amor del Padre que nos ha dado a su Hijo por nuestra salvación. Y ese amor que está en el origen de la Cruz, tiene la última palabra sobre el sacrificio, la entrega de Jesús en ella. Ese amor, por tanto, transformó su muerte en vida.

En la cima de la Semana Santa está, la Vigilia Pascual, en la que alborea un nuevo día de un nuevo tiempo, de una nueva creación. Nos abrimos a la esperanza firme que brota del hecho de que Cristo ha resucitado. La losa pesada del sepulcro, con la que se pretendió olvidar su memoria y abandonarlo a la muerte y a la corrupción no lo ha podido retener. El peso de esa piedra no ha podido aplastar la fuerza infinita del amor de Dios que se ha manifestado sin reservas en la Cruz. Los lazos crueles de muerte con que se ha querido apresar para siempre al Hijo de Dios hecho hombre, han sido rotos, no han podido con Él. ¡Ha resucitado! ¡Vive para siempre!

Esto es lo que da sentido a toda la Semana Santa. Su luz se proyecta sobre toda ella, se proyecta sobre la Historia entera –la acaecida o por acaecer- y la llena de una luz única, fuente de sentido, y tan poderosa que nadie la podrá apagar. Esta es la fe que da vida, nuestra fe, la fe de la Iglesia. Quitad la Resurrección y todo sería mero recuerdo, simple plasmación plástica y estética, sin ningún contenido de presencia, de realidad, sin ninguna fuerza de Salvación; seguiríamos sin esperanza cierta, en nuestros pecados, en la soledad y la desgracia. Nuestra fe sería vana (Cf. 1 Cor 15, 13-15).

La Resurrección es el acontecimiento culminante y decisivo en el que se funda la fe cristiana, nuestra fe. Y el tema es no sólo de tal envergadura sino también es de tal actualidad, que en plena incidencia de la pandemia que determina el presente de la Humanidad, y ante la debili-

tación y difuminación de los «contornos» de la fe de muchos cristianos ante la muerte y la vida eterna, los obispos de la Conferencia Episcopal Española aprobábamos y hacíamos pública, el pasado 18 de noviembre de 2020, una Instrucción pastoral, «Un Dios de vivos». «Sobre la fe en la resurrección, la esperanza cristiana ante la muerte y la celebración de las exequias», en la que recordábamos tanto los principios más esenciales de nuestra fe al respecto, como algunas aplicaciones prácticas de los mismos. Os animo a todos a conocer esta iluminadora Instrucción pastoral, precisamente en las actuales circunstancias, aún de dolor, muerte e incerteza por la pandemia y sus secuelas, y, ello, suplicando al Resucitado luz y esperanza para estos difíciles momentos.

Especialmente en estos tiempos nuestros, urge y apremia afianzar nuestra fe en la Resurrección del Señor, y anunciarle a Él, a Cristo que verdaderamente ha resucitado de entre los muertos. Sobre esta verdad, sobre esta piedra se asienta todo y sin ella no hay posibilidad de edificar una humanidad nueva y renovada. No podemos silenciarla. Es la gran alegría para todo el mundo, la gran esperanza que los hombres necesitan para poder afrontar el futuro y fundamentar la vida. Esta es la gran verdad que todo hombre, que la humanidad entera, requiere para hallar razones que le impulsen a vivir con sentido y con amor sin reserva alguna.

La Resurrección, decíamos, ha sido el gran gesto de amor; la última y definitiva palabra del Padre hacia su Hijo inmolado en la Cruz. Pues bien Jesús ha resucitado como primicia y como inicio. Configurado con Él por el Bautismo, el cristiano participa realmente de su vida que permanece espiritual y escondida hasta que será manifestada al final de los tiempos, cuando todo nuestro ser será poseído por la resurrección y la gracia se transfigurará en gloria. Así lo explicaba S. Pablo, con evidentes consecuencias para una existencia verdaderamente cristiana, con estas palabras: «Por tanto, si habéis resucitado con Cristo, buscar los bienes de allá arriba, donde Cristo está sentado a la derecha de Dios; aspirad a los bienes de arriba, no a los de la tierra. Porque habéis muerto: vuestra vida está con Cristo escondida en Dios. Cuando aparezca Cristo, vida vuestra, entonces también pareceréis gloriosos, juntamente con Él» (Col 3, 1-4).

Hermanos: ¡Resucitó! Es el grito de la Iglesia después de siglos y siglos. Es nuestro grito. Nuestra fe, nuestra esperanza, nuestro amor. Jesús resucitó y cambia el rumbo de la historia, de la mía y la de la Humanidad. Me hace superar una propia existencia sin resurrección y sin

pascua, resignada ante los grandes dolores y los dramas de los seres humanos. La Pascua ha llegado y el sepulcro se ha abierto. El Señor ha vencido a la muerte y vive para siempre. Porque Él vive, y me comunica su vida, el Evangelio es resurrección, es renacer a una vida nueva; hecha, además, por Él, Vida para siempre; Vida eterna.

¡Feliz Pascua!

✠ **Jesús Murgui Soriano.**
Obispo de Orihuela-Alicante.

Jornada del Misionero Diocesano «Con San José disponibles para la misión»

III Domingo de Pascua - 18 de abril de 2021

Todos los años, en el marco de las celebraciones pascuales, recordamos en nuestra Diócesis a los misioneros diocesanos, a todos los hombres y mujeres que han nacido en nuestras tierras y se encuentran anunciando el Evangelio en los cinco continentes. Algunos son sacerdotes diocesanos que trabajan en nuestras diócesis hermanas de Chimbote y Carabayllo del Perú, o bien en otras diócesis por medio del Instituto Español de misiones Extranjeras. Muchos pertenecen a congregaciones religiosas que desarrollan obras de apostolado en países de misión. Otros son fieles laicos que evangelizan con la ayuda de un movimiento apostólico o, sencillamente, como misioneros seglares, sustentados por la propia diócesis. Ellos están siempre en nuestra oración, especialmente en la de sus realidades eclesiales de origen, pero de modo destacado los tenemos presentes en esta Jornada, en la que expresamos nuestra gratitud por su entrega y su labor evangelizadora a favor de nuestra sufriente Humanidad.

En el texto del Evangelio que leemos este domingo (Lc 24, 35-48), en la conclusión del pasaje, S. Lucas, desde la experiencia viva del encuentro con el Resucitado y la comprensión de fe del acontecimiento de la Resurrección, abrirá el texto a las afirmaciones de Jesús acerca de la predicación «a todos los pueblos» de la «conversión para el perdón de los pecados». Ellos, los apóstoles y los discípulos presentes, son «testigos» de la misión. Jerusalén, que es, en S. Lucas, el centro y la cima de la misión de Cristo, se convierte ahora también en el punto de partida de la irradiación del Evangelio, en el lugar del inicio de la gran tarea del anuncio de la Salvación, en el «nombre» del Señor; inicio de la misión que nace de la Resurrección.

Estas palabras del Evangelio de este tercer domingo de Pascua deben resonar en todos nosotros. Concluyen con una llamada a la misión, que nos afecta a todos. Jesús, como de tantas formas nos recuerda en su enseñanza Papa Francisco, no quiere solo liberar a los suyos del temor y de la oscuridad, nos pide que seamos testigos en el mundo, que nos convirtamos en hombres y mujeres que creen y anuncian que todas las

heridas pueden ser curadas, y que no hay oscuridad que no pueda ser iluminada por su amor.

Nuestros misioneros han hecho realidad en sus vidas la respuesta a esta misión que sigue llegando y afectando a todos, su generosidad al hacer posible el seguimiento a la llamada del Señor, hasta el punto de ir a tierras lejanas, nos estimula a dar una respuesta desde nuestras personales circunstancias al llamamiento, al anuncio y al testimonio que nos llega en la lectura de los encuentros del Señor Resucitado con los suyos, y que vemos materializado en tantos pasajes del libro de los Hechos de los Apóstoles que tenemos la dicha de leer en este tiempo pascual.

Verdaderamente el Señor nos llama a todos a ser testigos apasionados, testigos alegres y no discípulos miedosos protegidos por las puertas cerradas; testigos que viven lo que comunican y que al comunicarlo aprenden a vivirlo. El sigue llamando, sigue invitando especialmente a los jóvenes de nuestras comunidades -de ahí lo importante que es hacerles profundamente cristianos y cuidar una pastoral vocacional bien viva y cercana a ellos- ; continua invitándonos a todos a ser testigos que, desde su Cruz y Resurrección, creamos en la fuerza del amor que renueva lo que es viejo y contantemente nos lleva de la muerte a la vida, de la oscuridad a la luz.

Esta tarea a la que somos convocados se hace especialmente necesaria y significativa en las presentes circunstancias históricas, marcadas, desde hace mas de un año en todo el mundo, por la pandemia que determina profundamente a la Humanidad. Las coordenadas en las que hoy nos movemos, las consecuencias de la pandemia a todos los niveles, que afectan profundamente al ser humano, necesitan del horizonte que abre la fe en Jesús Resucitado. En la Jornada del Misionero Diocesano de este año 2021, haremos bien en pedir por la salud de nuestros misioneros, también de pedir al Señor por las comunidades a las que sirven, y para que no decaigan en ser, desde la esperanza que brota de la Resurrección, sal y luz de Cristo en ellas. Igual que los que desplegamos nuestra vocación misionera aquí, en nuestras tierras, también necesitadas en los momentos presentes de nuestro ser «testigos» del Resucitado, sostenidos por su misericordia que no nos abandona.

Ante la llamada a la misión, que nos afecta a todos, y a la que de modo especial han respondido nuestros misioneros, en estos momentos suena muy oportuno el lema escogido para la Jornada de este año: «**Con San José disponibles para la misión**». Puesto que en este Año de San José,

patrono de la Iglesia, se nos da la oportunidad de contemplar, en santo tan singular como él, su **disponibilidad** a acoger la voluntad de Dios sobre su vida, su estar dispuesto a seguir sus indicaciones a pesar de las incontables dificultades que conlleva seguirlas: fue capaz de poner en manos de Dios el timón de la barca de su vida, capaz de fiarse de Él, de abandonarse confiadamente a El. Qué importante es todo esto para cumplir la misión, para que nuestra vida sea fecunda en la vocación recibida por cada uno.

Por tanto, en el día de la oración y la colaboración especial con nuestros queridos misioneros, pidamos a San José que interceda por ellos, y también por todos nosotros, para que como Él, confiando en Dios, cumplamos la misión recibida del Señor Resucitado; la misión, cada uno en su vocación específica, de ser testigos de su verdad y de su amor.

✠ **Jesús Murgui Soriano.**
Obispo de Orihuela-Alicante.

HOMILÍAS Y ALOCUCIONES

Homilia Misa Exequial por Mons. Rafael Palmero Ramos

*S. I. Concatedral de San Nicolás de Alicante
10 de marzo de 2021*

Con nuestra presencia en esta Eucaristía, en la que ejercitamos el piadoso deber de orar por el eterno descanso de nuestro querido hermano y obispo D. Rafael, manifestamos nuestra cercanía y afecto a sus familiares, y a cuantos se sienten afectados por su muerte, tanto aquí en nuestra diócesis de Orihuela-Alicante, como en otros lugares donde ejerció su ministerio, especialmente en las diócesis hermanas de Astorga, Toledo y Palencia; igualmente manifestamos con nuestra muy variada presencia, a pesar de estar limitados por las circunstancias de la pandemia, hasta que punto D. Rafael ha sido y seguirá siendo parte verdaderamente entrañable de nuestra historia como familia diocesana, de la que ha sido padre y pastor y que, como tal, ha sido acompañado y cuidado en su Casa Sacerdotal, y ha sido asistido, especialmente en estos últimos meses por la oración y el afecto de cuantos hemos estado conocedores de su última enfermedad.

Ofrecemos, desde la fe en la resurrección, nuestras oraciones y el sacrificio eucarístico por nuestro hermano, que ha sido llamado por el Padre en el marco excepcional de estos días de Cuaresma, en los que nos resulta normal contemplar el amor del Señor –su compasión y su bondad–, en ese crescendo que nos va llevando a la Cruz, a su Pascua en la que nos ha mostrado su amor. Días, también, en los que nos resulta ordinario implorar, desde nuestra realidad y nuestra conciencia de pecadores, su misericordia.

La Palabra de Dios que hemos escuchado nos ha reafirmado en la seguridad de su amor, del que nada nos puede apartar –como nos ha recordado San Pablo–; y nos ha reafirmado en la confianza en El, mil

veces rezada en el salmo 22: «El Señor es mi pastor, nada me puede faltar» –oración que ha acompañado los momentos de soledad, angustia y tránsito a la otra vida de millones de creyentes. Palabra que, finalmente en el Evangelio, nos ha traído el verbo luminoso de quien es el fundamento de nuestra fe, Cristo Jesús, quien se llama a sí mismo y es «la resurrección y la vida». Pongamos en manos de quien es la vida a nuestro hermano Rafael; pongamos, ante quien es compasivo y misericordioso, nuestra súplica por él. En su amor confiamos, amor que tiene su máxima y perenne expresión y realización en la Eucaristía que celebramos.

En este contexto eucarístico tiene plena significación nuestra acción de gracias al Padre, fuente y origen de todo bien, por el grande y luminoso ejemplo que se desprende del itinerario ministerial de nuestro hermano D. Rafael. Un itinerario que se inicia al ser llamado por el Señor al sacerdocio y ver forjada su vocación en el Seminario Conciliar de Astorga. De allí pasará a proseguir sus estudios en Roma, y allí, en su querida Astorga, será ordenado sacerdote y ejercerá la docencia en el Seminario Mayor, que conciliará con el servicio parroquial y su tarea de Delegado Episcopal de Cáritas Diocesana.

Posteriormente su vida quedará muy unida a la figura de D. Marcelo González Martín, tanto en su ministerio como arzobispo de Barcelona en el que le ayudó como secretario particular, como, sobre todo, en Toledo, donde será durante quince años su Vicario General y, posteriormente durante nueve su Obispo Auxiliar en la Sede primada. Por ello es explicable que en su alocución al término de la Misa de su ordenación episcopal, definiera a D. Marcelo, Cardenal Primado, como «padre y maestro, hermano mayor y amigo, pregonero incansable, como Pablo, de Cristo Jesús, pastor amante de su pueblo, modelo de dedicación y entrega».

El Santo Padre le nombró obispo de Palencia el 9 de enero de 1996, donde llevó a buen puerto proyectos ya en marcha y realizó otros nuevos como la restauración de la Catedral y la reforma del Seminario Mayor y del Obispado, siendo significativas sus Cartas de Adviento para orientar los cursos pastorales y sus 10 peregrinaciones con jóvenes a la Trapa «Tras las huellas del Hermano Rafael», de quien fue gran admirador y devoto; como de San Manuel González, santo obispo antecesor suyo en la sede palentina, que le iluminó en su piedad eucarística y en el gesto que hoy vamos a realizar aquí, terminada la Santa Misa, al depositar los

restos mortales de D. Rafael a los pies del sagrario en la preciosa Capilla de la Comunión de esta Concatedral, tal como también San Manuel González quiso para sí mismo.

Y es en noviembre de 2005 cuando el papa Benedicto XVI le nombra Obispo de nuestra diócesis. Podemos calificar como momentos significativos de su pontificado, las inauguraciones de la nueva sede del Obispado en Alicante (2007) y la del Museo Diocesano de Arte Sacro en Orihuela (febrero 2011), siguiendo la estela de su predecesor, Monseñor Victorio Oliver. Otros hitos, la apertura de las cinco Capillas de Adoración Perpetua, una por vicaria, la puesta en marcha de la residencia «Virgen del Remedio», la celebración del Primer Congreso Diocesano de Laicos, y la celebración del V Centenario de la Catedral de Orihuela. Muy implicado en la promoción de vocaciones al sacerdocio, a la vida consagrada y al apostolado seglar, D. Rafael inició e impulsó distintos procesos de canonización y abrió las puertas de la Diócesis a movimientos nuevos y congregaciones diversas.

Muchas más cosas podríamos enumerar de su larga serie de obras y servicios, por no mencionar sus muchos libros y artículos sobre temas de índole teológica, social y pastoral; pues bien, de todo ello me permito destacar los sentimientos y actitudes con los que D. Rafael asumió y vivió su ministerio episcopal, muy a la luz de su gran referente, San Agustín, y con las que se situó en los momentos más importantes de su trayectoria ministerial. «Aquí estoy Señor, para hacer tu voluntad». Es decir, la vida ministerial entendida como ofrenda de sí mismo, como «sacrificio», tal y como destacó en sus palabras del día de su ordenación episcopal. Y esto «Cum ipso. Con Él», como reza su lema episcopal, tal y como quiso dejar impreso en el recordatorio de ese mismo día: «Si nos mantenemos unidos a Cristo (...) estamos seguros (...), porque en la unidad que formamos con Él en el Espíritu está la caridad, está la paz, está la salvación».

Y concluyo con palabras suyas; él terminó la homilía de su misa de acción de gracias, al finalizar su ministerio en nuestra diócesis, con una oración que mostró como una confidencia de las frases con las que rezaba D. Marcelo, ya jubilado: «Oh, Jesús, Amado Jesús, Hijo de Dios, hermano de los hombres, Redentor de la humanidad. Estoy contento de haberte ofrecido mi vida porque tú me llamaste... Recíbela en tus manos como fruto de la humilde tierra, como si fuese un poco del pan y del vino de la Misa; y preséntala al Padre, para que Él la bendiga y la

haga digna de habitar junto a tu infinita belleza, perdonando mis faltas y pecados, cantando eternamente tu alabanza, lleno mi ser del gozo inefable de tu Espíritu». Y añadió D. Rafael; «Seguiré repitiendo esta oración cada día, hasta que Dios quiera».

Así lo dejo, con estas palabras tuyas dirigidas al Señor. D. Rafael entendió su vida como ofrenda, como Eucaristía. Por ello pido a Dios, Nuestro Señor, que así sea acogida por Él, y que así quede para nosotros, iglesia diocesana, como referente de nuestro buen pastor, D. Rafael.

Lo pido por intercesión de quienes él, en vida, tanto amó: La Virgen, Santa María, para quien fue su última palabra ante su imagen del Remedio, y San José, de quien tanto habló y escribió, con los labios y el corazón. En sus manos intercesoras depositamos la ofrenda de su vida; «Cum ipso. Con Él». Gracias, D. Rafael. Así sea.

Puesta en marcha de la Mesa diocesana de Educación

*Obispado, salón de actos
16 de marzo de 2021*

Con este acto, por una parte hacemos memoria del Congreso diocesano de Educación celebrado en Orihuela dentro de los dos últimos años; de ahí la presentación del gran libro que recoge los materiales y las imágenes de un acontecimiento ya histórico. Por otra parte ponemos en marcha la Mesa diocesana de Educación, uno de sus frutos.

El Congreso nos ha hecho revivir la conciencia de importantes necesidades: La de asumir el legado magisterial de Papa Francisco sobre la educación, y el de sus antecesores. Así como la experiencia secular de la Iglesia como madre y maestra.

La de vivir la experiencia de la gran riqueza que atesora la labor educativa de nuestros colegios en su variedad, así como la consecuente importancia de compartir esa riqueza, de aprender unos de otros, y fortalecer, con ello la comunión entre los colegios católicos y entre todos los implicados en la tarea educativa.

Todo lo cual, como responsables de nuestros centros, nos impulsa a cuidar del legado recibido, para mantenerlo vivo y que nos sirva para orientar y fortalecer la identidad cristiana de nuestra escuela en los años venideros.

Al servicio de esas necesidades, desde el Congreso, se impulsó la idea de promover la Mesa diocesana para la Educación, al igual que el Proyecto de Colegios Diocesanos y el Convenio con la Universidad Católica de Valencia para ofrecer, al menos inicialmente, un master en educación. Tres grandes frutos del Congreso.

Concretamente la Mesa, está llamada a impulsar un espacio, necesario en nuestra Diócesis, donde mantener vivo el pensamiento educativo y donde proseguir una labor de profundización en las ideas y en las aplicaciones de las mismas.

También debe servir a la suma de fuerzas, desde la riqueza de los distintos carismas y tradiciones; como espacio de comunión eclesial. Así como observatorio desde el que estar atentos a los rápidos y profundos cambios que hoy viven las familias, los alumnos y las propias teorías educativas.

Es un momento el que vivimos, difícil para los colegios y la sociedad en general. La pandemia y sus consecuencias, así como el marco histórico, nos animan a la creatividad y a la unión de esfuerzos. La Iglesia siempre ha caminado en medio de dificultades. Superemos la inmediatez, miremos, con fuerza y confianza en Dios y con el trabajo comprometido e ilusionado en un tiempo nuevo, un futuro a edificar unidos, sumando a las familias y a la comunidad eclesial.

Os animo a toda la escuela católica y a todo educador cristiano a proseguir la tarea, con la certeza de estar poniendo las bases y la semilla de futuro.

Dios nos asista. *Ánimo.*

Homilía en la bendición del Órgano de S. Nicolás

*Alicante,
18 de marzo de 2021*

El apóstol S. Pablo en sus palabras (Col 3, 12-17), que acabamos de leer, presenta a la comunidad cristiana de Colosas las virtudes que deben adornar la vida de los cristianos, como «elegidos de Dios» que son: destacando «por encima de todo», «el amor» y el deseo de «la paz de Cristo» en sus corazones. Les anima además, expresamente, a cantar a Dios, a darle «gracias de corazón, con salmos, himnos y cánticos inspirados».

La Iglesia a lo largo de la historia ha hecho realidad este mandato de S. Pablo, hasta el punto que el canto y la música sacra han revestido los muros de sus catedrales y los momentos de eternidad de sus celebraciones. El Concilio Vaticano II, llegará a afirmar que el canto y la música tienen en la celebración litúrgica un verdadero «ministerio» (SC 11,2), como «sacramento» de esa admirable comunión que se crea entre Dios y la comunidad.

Una comunidad que canta es como el icono expreso de una Iglesia que cree y alaba al Señor, y nuestro canto se convierte en sacramento admirable del himno de alabanza que Cristo eleva al Padre (cf. SC 83). Más aún, cantamos movidos por su Espíritu, y así la comunidad, como afirmaban algunos Padres, se puede considerar como el instrumento musical que hace sonar el Espíritu en honor a Dios.

Ese carácter «sacramental» de las obras artísticas dedicadas al culto cristiano resplandece de modo particular en los textos y los ritos de su consagración o bendición; cual si se tratara de un ser vivo con personalidad propia, algo que apreciaremos a continuación, la acción sagrada descende sobre la obra de arte que es el órgano, en este caso, personificándolo como en un bautismo creador, transformando su soberana belleza en símbolo de la acción y la obra de Dios en la Iglesia peregrina, encarnada en la asamblea. Asamblea que es la Iglesia, cuerpo de Cristo, que en el universo simbólico de su liturgia hace de su canto y su música transparencia y teofanía.

Que la música del órgano que bendecimos, ya en la solemnidad de S. José, no sólo transmita belleza y cree sentimientos de armonía y paz

en el templo Concatedral de S. Nicolás, en el corazón de Alicante, sino que ayude a sus asambleas litúrgicas a cantar a Dios, a encontrarse con Él; todo bajo la mirada de nuestra Madre del Remedio. Así sea.

San José, en el Día del Seminario y la apertura del Año de la Familia

*San Nicolás,
19 de marzo de 2021*

En este día, 19 de marzo, celebramos la solemnidad de San José. Y lo hacemos especialmente en este año en el que el papa Francisco lo ha querido dedicar a él, conmemorando los 150 años desde que fue declarado patrón de la Iglesia Universal.

En los relatos evangélicos S. José no se hace notar ni por sus palabras, ni por especiales protagonismos; más bien actúa sin hacer ruido aunque tiene una tarea fundamental en relación al gran medio de la Encarnación y en los tiempos de la infancia y juventud de Jesús.

Como acabamos de leer en el Evangelio, San José se muestra capaz de poner la voluntad de Dios por encima no sólo de la suya, sino incluso por encima de sus convicciones y temores, haciéndose totalmente disponible para servir al plan divino de la Encarnación, al inicio del proyecto de Dios para la Salvación de toda la Humanidad. Obedeciendo con prontitud a todo lo que Dios le va indicando, muestra su capacidad de fiarse de Dios, de esperar contra toda esperanza, como señala en la segunda lectura S. Pablo acerca de Abraham, de dejar en manos del señor el timón de su vida, como bellamente señala Papa Francisco.

Que gran lección encierran estos actos de San José para todos nosotros. Lección de gran importancia, fundamental, en tiempos de grandes interrogantes e incertidumbres como son los nuestros, donde una decisiva pandemia nos ha puesto en crisis planes y proyectos y nos demuestra día a día la fragilidad y límites de nuestra condición humana. En momentos así, aprendamos de S. José a confiar en los planes de amor y salvación que Dios tiene para con nosotros, para nuestra frágil Humanidad. Y aprendamos que esa confianza en Dios de S. José, corre en paralelo a la confianza que Dios tiene en él, en José, al confiarle el más preciado tesoro: las personas de Jesús y de María.

Por ello es especialmente hermoso que hoy su luminosa figura, en el día de su fiesta en su Año a él dedicado, sea luz y referencia para dos decisivas vocaciones que se nutren y fortalecen mutuamente, como tan acertadamente se ha señalado en el saludo de esta celebración: la

vocación sacerdotal y la vocación matrimonial. Pues hoy celebramos el día del Seminario, porque S. José es patrón de los Seminarios; y hoy, día de S. José, custodio de la Sagrada Familia, inauguramos, junto al Papa y toda la Iglesia, el Año de la Familia Amoris Laetitia que abrimos para toda la Diócesis en esta Eucaristía sea abundante en frutos, para la pastoral familiar en nuestras parroquias y movimientos; llegado a toda nuestra Iglesia el impulso que desde Roma trata de dar Papa Francisco, y en nuestra Diócesis la tarea ilusionada de años de tantos laicos comprometidos desde el Secretariado de Familia y Vida, así como desde grupos cristianos implicados en una concepción cristiana de la vida, la educación y la institución familiar.

Recordemos, especialmente, en este día de S. José que el valor evangélico encarnado por él es el de la paternidad. En Él, de hecho, de la paternidad resalta no el aspecto más material, el de la generación, sino los aspectos, más espirituales y más difíciles, de facto, aquellos que más importa y es necesario inculcar, sobre todo en tiempos en los que, de años, cayó en crisis y desfiguración la figura del padre, con notables consecuencias no solo familiares, sino sociales e incluso eclesiales.

Tengamos presente que Dios ha escogido este título, el de Padre, para revelarse a los seres humanos; y que Jesús nos ha enseñado a reconocer, sobre todo en dos rasgos, la paternidad de Dios. La primera característica o rasgo es este: Dios es Padre porque «se cuida de nosotros» (1Pe 5,7). San José encarna en este rasgo la paternidad. Su solicitud por la esposa –María– y por Jesús llena los primeros momentos del Evangelio.

El otro rasgo que Jesús ha destacado en la paternidad de Dios es la bondad: «Sed buenos como lo es vuestro Padre del cielo» (Lc 6,36). Recordemos la actitud y conducta que Jesús atribuye al padre de la parábola del «hijo pródigo». Pensemos ahora en José, su delicadeza con María cuando descubre su maternidad, o su silencio contenido en el Templo ante Jesús perdido, que ha llenado de angustia su corazón.

La figura de Dios Padre, la encarnación de sus rasgos paternos en S. José, pueden dar mucha luz sobre el rol del padre en el seno de la familia y su insustituible misión, tan eclipsada en nuestros tiempos. Una misión que trasciende la materialidad y que está llamada a encarnar fortaleza y bondad, dedicación y sacrificio hacia la esposa y hacia los hijos. Una misión que sin duda no puede caer en vacíos e inhibiciones, que tan preocupantes resultados ha traído. Y que requiere pedir a Dios que concienzamente ayude a vivir la gracia de estado de quienes están lla-

mados a abrir tiempos nuevos para una paternidad responsable.

Con tanta riqueza de mensajes que se encierran en este día y celebración, acudamos al Señor en esta Eucaristía y pongamos en sus manos todo: lo que nos pide desde la figura entrañable de S. José, desde nuestras necesidades familiares en el Año que comienza y desde el deseo de seguir contando con pastores buenos forjados en el seminario. María con José intercedan por todo ello. Así sea.

Misa de inscripción en el Libro de los Catecúmenos

*San Vicente del Raspeig,
21 de marzo de 2021*

En el Evangelio que acabamos de escuchar (Jn 12, 20-33) nos encontramos con dos elocuentes manifestaciones de aquello que está en la base de la Historia de la Salvación, y que se encuentran recogidas en el inicio del Catecismo de la Iglesia Católica (núms. 27 y 50). El deseo y la búsqueda por parte del ser humano de encontrarse con Dios, y Dios que se hace encontrar y ver de tantas maneras, especialmente en Jesús. Ahí están aquellos que le piden a Felipe: «Señor, queremos ver a Jesús». Y están las palabras de Jesús, su respuesta misteriosa a esa petición, entre las que dirá: «Y cuando yo sea elevado sobre la tierra, atraeré a todos hacia mí».

En estos tiempos concretos que nos ha tocado vivir, una evidente realidad es la búsqueda de respuestas ante el drama tan grande que envuelve y afecta a la Humanidad, a causa de la pandemia y de sus múltiples consecuencias. Después de más de un año de esta dramática situación, siguen siendo todavía más las preguntas que las respuestas; y el final del túnel no acaba de vislumbrarse. En circunstancias así tiene un valor especial revivir en nosotros el deseo de Dios, sentido de nuestras vidas y esperanza cierta; así como contemplar el misterio de amor que es la pasión y la cruz de Jesús, que sigue atrayendo al ser humano.

En estas circunstancias, el Evangelio sale a nuestro encuentro y pone en nuestros labios las mencionadas palabras de aquellos griegos: «queremos ver a Jesús». Es la petición que debemos hacer en esta Eucaristía y en los ya próximos días de la Semana de Pasión y la Semana Santa, también los dos catecúmenos que vais a ser inscritos en el Libro del Catecumenado de la Diócesis. Y, también, en el Evangelio que hemos proclamado, Jesús nos repite: «El que ama su vida, la perderá; y el que odia su vida en este mundo, la guardará para la vida eterna». Y para hacer más claro su pensamiento pone el ejemplo del grano de trigo: sino muere queda solo, pero si muere da mucho fruto. Es una metáfora que resume toda la vida de Jesús. Su amor vence toda soledad, aunque el amor no existe sin dolor, sin sacrificio, sin abandono.

En este tiempo cuaresmal en el que el Evangelio no ha dejado de hablarnos, es el tiempo oportuno, es la hora en la que no debe prevalecer el amor por nosotros mismos. Todos sabemos por experiencia propia que el amor por uno mismo, contrariamente a lo que se cree generalmente, no siempre es el mejor consejero de nuestra vida. Jesús exhorta a los que le escuchan a seguirlo: «Si alguno me sirve, que me siga, y donde yo esté, allí estará también mi servidor». Seguir a Jesús quiere decir obedecer al Evangelio, dejarse guiar por la palabra de Dios.

Jesús será el primero en dar ejemplo. Así nos ha recordado el autor de la Carta a los Hebreos, en la segunda lectura: «Aun siendo Hijo, por los padecimientos aprendió la obediencia». Dentro de pocos días ya, en el Huerto de los Olivos, veremos cómo preso de la angustia dirá al Padre: «No se haga mi voluntad sino la tuya». Esta obediencia –continúa la Carta a los Hebreos– hizo que, «llegado a la perfección, se convirtió en causa de Salvación eterna para todos los que le obedecen».

Hermanos, el camino cuaresmal está llegando a su fin. Desde el comienzo ha resonado la invitación a convertir la propia vida, a volver al Señor de todo corazón, a ponerse de nuevo a la escucha, a seguir su Palabra y hacerla vida nuestra.

Que estos próximos días, además de escuchar y seguir su voz, veamos a Jesús, en su cruz, en su amor; lo veamos como semilla que se siembra en la tierra de nuestro dolor y germina en apretada espiga, esperanza de vida y resurrección. Que mirándolo en la Cruz y celebrándolo en su Resurrección, descubramos el sentido de morir desde el amor, para como Él dar vida y curar con sus heridas.

Que en los próximos días nos preparemos a celebrar una Semana Santa, que en medio de la oscuridad y el dolor de la pandemia, nos conceda encontrar refugio en sus llagas y sentido a las cruces de nuestra vida. Que mirando el amor de su entrega nos de fuerza para abandonarnos confiadamente en las manos del Padre.

No dejemos de rezar hoy, día del Seminario, por aquellos que se están preparando para mostrar a Jesús con sus palabras y con sus vidas. Ayudemos materialmente, apoyemos a nuestro Seminario en Orihuela y Alicante, hogar que necesita seguir creciendo en futuros pastores que nos muestren a Jesús. Así sea.

Misa para las Cofradías y Hermandades de la Semana Santa de Alicante

*San Nicolás,
25 de marzo de 2021*

Las personas que hoy nos congregamos en la Concatedral de S. Nicolás, en cuanto acto pensado y convocado por la Junta Mayor de la Semana Santa de Alicante, hemos venido a disponernos para vivir mejor las celebraciones de estos días santos, en nuestras Hermandades y Cofradías de la ciudad.

Y en este día, Solemnidad de la Asunción, la liturgia de la Iglesia quiere hacernos recordar el momento en el que el arcángel Gabriel fue enviado a Nazaret para anunciar a María que sería la madre de Jesús. Es significativo que, mientras nos acercamos a la Pascua, a los días santos en que conmemoramos el cumplimiento de la vida y la misión de Jesús en su pasión y Cruz, podamos recordar como comenzó todo.

Los momentos decisivos de nuestra Salvación, que culminarán en la celebración de la Semana Santa ya inminente, se iniciaron en una joven que vivía su vida ordinaria en una pequeña aldea, y sobre la que se había posado la mirada de Dios: María desde su concepción fue elegida para ser la madre del Salvador. Por ello el ángel puede decirle: «Alégrate, llena de gracia». María está verdaderamente llena del amor de Dios, y ha correspondido a ese amor con una adhesión total, como acabamos de escuchar en el Evangelio. En el diálogo que sostiene con Gabriel comienza realmente el Nuevo Testamento. Ahí acaba el tiempo de la espera; se cumplen las profecías, y la salvación entra en el mundo, en nuestra historia.

De las palabras del ángel me permito destacar su petición: «No temas, María». Palabras que seguro penetraron en su corazón y que en distintos momentos, con certeza, las recordaría y volvería a acoger. Como en el encuentro camino del Calvario, y luego al pie de la Cruz; cuando parece que todo está acabado, y él escucha en su interior, una vez más la voz del ángel: «No temas». Y, así, con entereza está al lado de su Hijo moribundo y, sostenida por la fe, va hacia la Resurrección.

«No temas». María nos dice estas palabras también a nosotros, especialmente en estas presentes circunstancias, cuando nuestro mundo

está profundamente afectado por tantos miedos; la pandemia –aunque la cosa viene de atrás– los ha destapado exponencialmente. Un mundo que había desarrollado fuertes sistemas de seguridad, a lo largo de este último año, ante lo desconocido, ante el sufrimiento sin remedio a mano, en el momento de la última soledad, de la muerte, no ha tenido seguridad humana que le pudiera proteger, ni salvar.

Si contemplamos a Jesús de Nazaret entre los olivos del Huerto de Getsemaní, descubrimos su experiencia de un miedo angustioso y aterrador. El Evangelio nos sitúa ante la tristeza y la angustia que sintió el Señor cuando se acercó a la Pasión. Humanamente y espiritualmente nos podemos reconocer en Él, una vez más. Jesús lo afrontó con oración y con abandono en el padre. Busca en Él explicación y comprensión, acogida. El Señor, sintiendo tan terrible sensación, en soledad además, experimenta que sólo la confianza en su padre le abrirá a la capacidad de liberarse del miedo, y que entregar su propia vida le permitirá atravesar el terror que le hace sudar sangre.

Así nos enseña que la mirada creyente al miedo nos posibilita contemplar una evidencia en nosotros: la confianza, la oración, el abandono en manos del Padre y la entrega de la propia vida nos liberan de todo miedo. En muchas ocasiones no podremos hacer que desaparezca, ni superarlo, pero podremos atravesarlo si nos sentimos y sabemos acompañarnos por Jesús que vivió sus propios miedos, no obstante los cuales se abandonó en la voluntad del padre; y que hoy nos dice a nosotros, a cada uno: «No remas, yo estoy siempre contigo». Podemos caer, pero al final caemos en las manos de Dios, y las manos de Dios son buenas manos.

María en la Anunciación, nos manifiesta el texto de S. Lucas, que también duda y pregunta, pero que esto, que lo que demuestra es que es una interlocutora atenta, lúcida y libre, hace que se abra a la lucha de quien se esfuerza por hacer la voluntad de Dios, manifestándole un sí total y absoluto: «Hágase en mí según tu palabra»; un sí que recorre toda su existencia, hasta el momento junto a la Cruz, y hasta la soledad del Sábado Santo. Así, aunque la tierra tembló, aunque el sol se oscureció, aunque el velo del templo quedó rasgado, María permaneció en pie junto a su Hijo, más allá de su indescriptible dolor. Mientras todos huyeron presa de miedos y espantos, ella materializa su sí, su aceptación hecha entrega, como acaba de hacer su Hijo, entregando su espíritu en manos del Padre, ofreciéndole su último y definitivo aliento.

Las lecturas de la misa de hoy; Solemnidad de la Anunciación, nos muestran precisamente ambas ofrendas a la voluntad del Padre, la del Hijo y la de su Madre. La del Hijo en el texto de la Carta a los Hebreos (Hb 10, 4-10), como si fuera una declaración de intenciones del mismo Cristo al entrar en el mundo, es decir, en el momento de la Encarnación, y esto como relejendo el salmo 39 –empleado en la liturgia de hoy como Salmo responsorial- : «Aquí estoy, Señor, para hacer tu voluntad». Y la de María: «He aquí la esclava del Señor; hágase en mí según tu palabra» (Lc 1, 38). Como dijo Papa Francisco comentando este texto: «el "sí" de María abre la puerta al "sí" de Jesús». «Este "sí" que va con Jesús toda su vida, hasta la Cruz» (4-IV-2016). Este "sí" de María que se consuma, también, en el Gólgota.

El Señor y su madre nos invitan a decir, también a ostromos, ese sí, que a veces resulta difícil. Sentimos la tentación de preferir nuestra voluntad, nuestros ilusorios sueños, nuestra mortal comodidad; pero ellos nos dice: «¡Se Valente, di también tú: Hágase tu voluntad!». Desterrad el miedo, confiad en el señor; Él completará la obra que ha iniciado en cada uno de vosotros, el hará fecunda vuestra vida capacitándonos para morir a vosotros mismos, y haciendo de vuestra existencia ofrenda para Dios, alimento y sustento para los que Él os ha confiado y puesto en el camino de vuestras vidas. Apoyaos en y amor, seguid adelante; experimentad el apoyo suyo en el amor y la comunión de los Santos que el Espíritu hace revivir, constantemente, en la Iglesia.

Queridos hermanos, que la Semana Santa que estamos a las puertas de volver a vivir nos de la luz y la fortaleza para seguir la voluntad de Dios en nuestras vidas. Que para ello nos dispongamos a acoger la gracia que fluye en estos días santos en la Palabra de Dios, en os ejercicios piadosos y actos de nueras Hermandades y Cofradía, en los Sacramentos y celebraciones litúrgicas de nuestras parroquias y sedes canónicas, especialmente en el sacramento de la Penitencia y en la Eucaristía; en definitiva, en el encuentro con el Señor en una Semana Santa, limitada en lo exterior, pero rica en hondura e interioridad luminosa y consoladora en tiempos de especial necesidad.

Recordemos para nosotros, cristianos, la cruz es Jesús, y en nosotros gracias a Él, camino y puerta de la Resurrección. Y lo es porque aquella cruz suya, aquel Viernes, quedó transformada por su amor; de lugar infame e ignominioso pasó a ser signo de su amor y entrega absoluta por nosotros; lugar de esperanza y de perdón.

Por ello, en tiempos de interrogantes y sufrimientos, seamos gente comprometida en volver a Dios, tan olvidado; en volver a la verdad de nosotros mismos, viviendo estas presentes circunstancias como oportunidad de renacer a la fe, para ser así portadores de ayuda, ánimo y consuelo; auténticos «cireneos» en tantas pasiones dolorosas que tenemos cerca, también «cireneos» de tantos servidores del prójimo, cuidadores de nuestros ancianos, profesionales sanitarios y de servicios que atienden de tantas formas a nuestros conciudadanos.

Que nuestras Hermandades y Cofradías sigan llenas de hombres y mujeres que, siempre, os sintáis queridos por Dios en la persona de su Hijo encarnada, Jesús. Y por ello, fervientes testigos de su amor y portadores de esperanza. Y que la Santísima Virgen, que vivió en su soledad y dolor llena de fe al pie de la Cruz, como hemos recordado. Sea el gran modelo de entereza y entrega en estos tiempos de interrogantes y necesidades. Que su amor de Madre sea vuestro remedio, llenando vuestras vidas de su luz y su consuelo.

Junta Mayor y queridos miembros de las Hermandades y Cofradías de nuestra ciudad de Alicante, tan rica gracias a vosotros de celebraciones solemnísimas de la Semana Santa durante generaciones; no perdáis la esperanza. Nos toca sufrir el que no podáis compartir el tesoro que custodian vuestras corporaciones, pero tiempo vendrá, con la ayuda de Dios, de que esto volverá a ser posible. Que no decaiga la ilusión que seguís atesorando. Todo volverá a ser, si cabe más auténtico y según la voluntad de Dios. Mientras, muchísimas gracias por vuestro testimonio de creatividad y constancia. La Agenda Cofrade ha habéis publicado sigue siendo muestra de ello. Gracias.

Por tanto, a seguir, firmes, constantes, ilusionemos. En tiempos de oscuridad, el Señor sigue siendo nuestra luz. Con Él, la vida y la resurrección con nuestra meta. Buena y Santa Semana. Así sea.

Misa Crismal

*San Nicolás,
29 de marzo de 2021*

Por medio de un hermoso pórtico nos adentrábamos ayer mismo, Domingo de Ramos, en la Semana Santa; acompañando a Jesús que sube a Jerusalén para consumir su Pascua. Estamos ya en los días Santos, anticipando incluso el Jueves Santo en esta Misa Crismal. Muchas circunstancias nos impulsan a vivir una Semana Santa distinta, muy centrados en lo esencial; limitados en lo exterior de nuestra piedad y religiosidad, que tiende a exteriorizar y a compartir nuestra fe en las calles y plazas, pero que debe ser, especialmente ahora, rica en hondura e interioridad, que ilumine y consuele en tiempos de especial necesidad de encuentro con la bondad y misericordia del Señor.

Cuando la Humanidad esta viviendo una noche oscura de auténtica prueba, son muchos en toda la Iglesia y en nuestra Diócesis: Sacerdotes, vida consagrada, fieles laicos, que sostenidos por el Espíritu, en medio de esta crisis generalizada, nos invitan con su vida y su palabra a vivir una Semana Santa profunda, contemplativa y solidaria con los más necesitados, que transforme por el encuentro con El, especialmente en los sacramentos de la Penitencia y la Eucaristía, nuestro corazón de piedra en un corazón de carne.

La Palabra de Dios de esta Misa Crismal y toda la celebración nos ayudan a centrarnos en lo esencial del ministerio de Jesús y en nuestro propio ministerio. Que hermosas y especialmente oportunas resuenan las palabras del Libro de Isaías (Is 61, 1-31. 6a.8b-9), que hemos escuchado como primera lectura. Que enorme deseo sentimos que se siga cumpliendo el pasaje del Evangelio de S. Lucas (Lc, 16-21), que acaba de ser proclamado.

Por ello, suplicamos a Jesús, al «Ungido» por el Espíritu Santo, al enviado a «evangelizar a los pobres» y a «poner en libertad a los oprimidos», que siga haciendo resonar su palabra de curación, de consuelo y de esperanza en el «hoy» en el que Él sigue cumpliendo la Escritura; en el «hoy» que estamos viviendo y sufriendo, tan sumamente necesitado de su presencia y misión.

El va a seguir haciéndose presente en el signo de los Óleos que vamos a bendecir y en el Crisma que vamos a consagrar; Óleo de los Catecúmenos con el que estos son preparados y dispuestos para el Bautismo; Óleo de los Enfermos con el que estos reciben alivio en su enfermedad y consiguen el perdón de sus pecados; Santo Crisma con el que serán ungidos los nuevos bautizados y signados los confirmandos, se ungirán las manos de los nuevos presbíteros, y se consagraran las iglesias y los altares.

Y Él seguirá haciéndose presente , sobre todo, en la Eucaristía en la que renovaremos su Misterio Pascual, y a la que especialmente nos sentimos unidos hoy, anticipando el Jueves Santo , los llamados y escogidos por Él para prolongar su sacerdocio al servicio de los hermanos, en nuestro caso en el seno del Presbiterio diocesano de nuestra Iglesia de Orihuela-Alicante.

Ante la renovación de las promesas sacerdotales, que vamos a hacer a continuación, os animo a que hagamos de nuestra vida y ministerio un permanente si a la voluntad de Dios. Hace escasos cuatro días las lecturas de la Solemnidad de la Anunciación nos mostraban como ofrendas a la voluntad del Padre, las palabras del Hijo y de su madre. Las del Hijo en la Carta a los Hebreos (Hb 10, 4-10), como si fuera una declaración de intenciones del mismo Cristo al entrar en el mundo, es decir, en el momento de la Encarnación: «Aquí estoy, Señor, para hacer tu voluntad». Y las María ante el mensaje del ángel: «He aquí la esclava del Señor; hágase en mi según tu palabra».

Hagamos nuestra renovación de las promesa sacerdotales a la luz de estas palabras; teniendo ante nosotros el ejemplo de nuestro querido obispo D. Rafael, llamado a la casa del Padre hace escasos veinte días; que hizo de estas concretas palabras referencia para su ministerio, entendiendo su vida ministerial como ofrenda de si mismo, como «sacrificio», como Eucaristía. Que importante es considerar la Eucaristía como un misterio que se ha de vivir como fuente de una real forma eucarística de la existencia, desde la unión con Cristo y la configuración con Él. A ello nos ayudan los materiales de nuestra Delegación para el Clero, elaborados a la luz de las Orientaciones diocesanas para este curso y siguiendo «Sacramentum caritatis» de Benedicto XVI.

Y en la vivencia de nuestra presente renovación de las promesas sacerdotales viene, también como ayuda para nosotros, la luminosa referencia de S. José, en su Año a él dedicado por Papa Francisco; no por

casualidad para el Día del Seminario de la presente Campaña se escogió como lema, «Padre y hermano, como San José», al presentarlo como modelo de los candidatos al sacerdocio, de llegar a esa configuración a la que, por gracia, esta llamado el presbítero en medio del Pueblo de Dios.

La verdadera paternidad espiritual del sacerdote es difícil y exigente; se deviene padre por el olvido de sí, por la renuncia al propio yo que va esencialmente unida al amor, la entrega, al servicio desinteresado, y que va frecuentemente revestida con la discreción y con la monotonía del deber, algo referencial en S. José y nada atractivo para ciertos planteamientos y estilos de hoy, y también de otros tiempos.

No obstante las dificultades y las contradicciones dolorosas de ciertos sacerdotes con una verdadera paternidad, la vivencia de la paternidad espiritual del sacerdote es muy importante hoy; existe una gran necesidad en las presentes circunstancias sociales, que rayan en la desorientación y el desamparo de nuestra Humanidad, y que demandan que existan auténticos iconos de la paternidad divina; en palabras de Papa Francisco en «Patris corde»: sombras «del único Padre celestial». Servidores con sentimientos y autoridad, con capacidad de acogida y de entrega por el bien de su familia, en nuestro caso de la parroquia, de la comunidad, que el Señor nos ha confiado. Para el propio sacerdote experimentar en el ejercicio de su ministerio el despliegue de una verdadera paternidad, es una gran gracia que da a su sacerdocio una belleza y, sobre todo, una fecundidad verdaderamente estimulantes como ninguna otra cosa. Un auténtico don del Espíritu, que hace realidad la gracia que fluye del sacramento del Orden.

La madurez a la que se llega en el sacerdocio por el sacrificio y entrega personales sostenidas por la gracia sacramental es requerida especialmente en tiempos como los que estamos viviendo. La madurez cristiana de una persona y de una comunidad, se mide por la capacidad de responder a los retos que surgen y que podemos afrontar unidos a Aquel que, con la encarnación, con su vida, con su pasión, muerte y resurrección nos ha dicho que todo lo humano es digno de ser vivido. Las circunstancias históricas nos piden entregar con convicción nuestra vida como sacerdotes, ejercer de modo creciente una auténtica paternidad, la madurez de afrontar y responder con creatividad a los retos, y todo, confiando en los planes de amor y salvación que Dios tiene para con nosotros; y para nuestra frágil Humanidad.

En momentos así, y para darnos ánimos, Papa Francisco nos regala

en su Carta Apostólica «*Patris corde*» estas, entre otras, hermosa y estimulante palabras: «La historia de la Salvación se cumple creyendo "contra toda esperanza" (Rm 4, 18) a través de nuestras debilidades (...) También a través de la angustia de José pasa la voluntad de Dios, su historia, su proyecto (...) Él puede actuar incluso a través de nuestros miedos, de nuestras fragilidades, de nuestra debilidad. Y nos enseña que, en medio de las tormentas de la vida, no debemos tener miedo de ceder a Dios el timón de nuestra barca».

«Ceder a Dios el timón de nuestra barca»; hermosa imagen que expresa muy bien la confianza en Dios que, bajo las palabras de la renovación que vamos a pronunciar, queremos manifestarle y, a la vez, suplicarle a Él que nos hizo sacerdotes suyos. Valiosa imagen, como la imagen tan gráfica que trajo, hace años, D. Victorio a una homilía suya de Misa Crismal, en la que citaba a un compañero sacerdote que le había dicho que acudía a esta Misa, como quien viene «a renovar el contrato», el del nosotros con el Amo de la Viña en la que Él nos ha puesto a trabajar. Imágenes hechas de fe y de amor al Señor, a nuestro ministerio y a nuestro pueblo, hecho Iglesia de Orihuela-Alicante, al que nos sentimos movidos a servir apasionadamente.

Mucho ánimo; iniciamos una Semana Santa singular, en la que haciendo nuestro el sentimiento de tantos fieles por no poder desplegar la piedad popular que atesoran nuestras comunidades, no por ello dejamos de cuidar, más que nunca, la apertura y el ofrecimiento de piedad y servicio sacramental de nuestros templos e iglesias, guardando estrictamente las medidas sanitarias, y cuidando con esmero y delicadeza todas las celebraciones, para que cada persona o familia que acuda viva una Semana Santa en la que pueda revivir fructuosamente el misterio de la Redención de Aquel "que por nosotros y por nuestra salvación..." padeció, murió y resucitó. Una Semana Santa que nos conduzca a predicar y a vivir con pasión la próxima cincuentena Pascual, el tiempo de Pascua, con el luminoso mensaje de consuelo y de misión que nos depara, y que nos es tan necesario en esta difícil época que estamos atravesando. Proclamemos la Resurrección de Cristo, reavivemos que es la fuente definitiva de la Esperanza.

En manos de María, madre de Dios y madre nuestra, que se mantuvo fiel al pie de la Cruz y en la prueba de la soledad y el silencio del Sábado Santo, pongamos la fe de nosotros sacerdotes, testigos de la Resurrección en medio de las circunstancias que vive nuestro pueblo.

Que S. José, su esposo y patrono de la Iglesia Católica, nos asista con su ejemplo e intercesión.

Tengamos bien presentes en esta Eucaristía a todos los diocesanos, a las víctimas de la pandemia y a cuantos les afectan sus consecuencias, a los sacerdotes ausentes por estar en las misiones, enfermos o impedidos, a todos los necesitados y a nuestros difuntos, especialmente a D. Rafael y a los compañeros que nos acompañaron otros años en esta Misa. Y a todos, de corazón: ¡Feliz Triduo Pascual! Así sea.

Ordenación de diácono

*Sagrado Corazón de Jesús de Torrevieja
12 de abril de 2021*

Hermanos sacerdotes concelebrantes; rector y formadores de nuestro Seminario; Fernando Elías y familia; queridos hermanos todos.

En este templo singular del sagrado Corazón de Torrevieja, en pleno tiempo pascual y en el día en que celebramos al patrón de nuestra diócesis de Orihuela - Alicante, nuestro querido S. Vicente Ferrer, vamos a vivir el momento solemne de la ordenación como diácono de nuestro hermano; en continuidad con aquellos momentos que hemos oído que narra S. Lucas en el libro de los Hechos, cuando tras escoger «los hermanos» a los candidatos al diaconado, presentados a los apóstoles, «ellos les impusieron las manos».

El don del Espíritu Santo, la gran promesa de Jesús resucitado, va a descender de forma especial sobre Fernando Elías. Por Él vas a entrar en la larga serie de servidores de la Iglesia; de aquellos que han optado por configurarse a Cristo servidor; tal como Él recordaba, hace un momento en el Evangelio acerca de sí mismo, que había venido no «para que le sirvan, sino para servir y dar su vida en rescate por muchos». Así, vas a ser continuador de los varones elegidos para auxiliar a los apóstoles en el servicio de la caridad, como leíamos en los Hechos de los Apóstoles, y como también, escucharemos en la plegaria de ordenación.

Además, se te va a confiar algo especialmente importante: el ministerio de la predicación; ministerio en el que fue ejemplar, S. Vicente Ferrer, apóstol de nuestras tierras diocesanas, no sólo en las grandes ciudades de nuestra Diócesis -Orihuela, Elche, Alicante- sino en tantos otros lugares vinculados a él, como Xixona o el mismo S. Vicente del Raspeig, que en su nombre perpetúa la memoria de sus obras y sus palabras entre nosotros a través de los siglos.

Como signo de este especial encargo de predicar, se te hará entrega del libro de los Evangelios. Deseo que asumas con empeño y decisión tu predicación, procurando que sea ministerio de la misericordia; de modo que vaya del corazón del Evangelio al corazón de las personas, destacando siempre lo fundamental: a Cristo, su misterio pascual, realización de la misericordia salvadora del Padre, y su llamamiento a una

vida nueva, que supone la conversión, el nacimiento de nuevo por el Espíritu. Valga recordar como, de modo reiterado, papa Francisco ha destacado para nuestros tiempos como sumamente necesario el compromiso de la predicación cercana y constante.

A la vez te animo a ser ejemplar en tu vida de oración, de trato con el Señor, de tal modo que tu servicio litúrgico este lleno de auténtica piedad, especialmente hacia la Eucaristía; en ella se nos habla de amor del Señor hecho presencia, en ella se manifiesta el amor del Señor hecho entrega, en ella se realiza el amor del Señor hecho comunión, que hace realidad las palabras que hemos escuchado en boca de San Pablo en su carta a los Romanos: «Somos un solo cuerpo en Cristo»; este ministerio litúrgico que se te va a confiar, especialmente relacionado con la Eucaristía, esta significado en los ornamentos con los que vas a ser revestido.

Hermano Fernando Elías cumple con disponibilidad y con ilusión lo que la Iglesia, por medio del Obispo, te encomiende en tu itinerario ministerial. Di si con generosidad al Señor, como María. Con actitud de servicio, de entrega de tu propia vida, como el Señor. Y, no temas, confía, pues Él te llama y te envía, y Él se cuida de ti como servidor de su Iglesia.

Vive, por tanto, con mucha paz, con mucha confianza en Él, tu ministerio y esta misma celebración.

Vive, también, con profunda gratitud estos momentos tan especiales en tu vida. Gratitud a Él, al Señor, que te ha llamado. Igualmente con gratitud hacia aquellas mediaciones de las que Él se ha valido para acompañar, discernir, fortalecer, purificar y sostener tu vocación hasta este momento. No solo familia y amigos, sacerdotes y comunidades cristianas, sino también los responsables y miembros de nuestro Seminario.

Queridos hermanos todos: Demos gracias a Dios por él. Pidamos por él. Sobre todo, pidamos al Espíritu Santo que le conceda estar entusiasmado por el Señor, y profundamente unido a Él. La unión con Él, el amor al Señor es lo fundamental. Unidos a Él tenemos vida, damos fruto; tendremos eternidad, como María.

Ella vivió de tal modo el amor y la unión con su Hijo, que como hemos recordado en la aún cercana Semana Santa se mantuvo fiel al pie de la cruz, compartiendo como nadie la entrega del Señor; por ello, manteniendo la fe y la esperanza en el misterio del Sábado Santo, fue la primera –como bien ha recogido la piedad profunda del Pueblo de Dios– en encontrarse con su Hijo resucitado en el inicio del radiante domingo de Pascua.

Que ese amor por Cristo te llene, hermano Fernando Elías, y a todos los presentes hasta conseguir, por gracia, que tras el peregrinaje en esta vida, como Ella, lleguemos a Él. Que vivamos esta Eucaristía, como lo que es, anticipo de esa eternidad. Y que por intercesión de Ntra. Sra. Santa María, y del pare San Vicent Ferrer, tras una vida fecunda de servicio, estemos por siempre con el Señor, nuestra Verdad y nuestra Vida. Así sea.

Eucaristía de la Fiesta de la Santa Faz

*Santuario de la Santa Faz,
15 de abril de 2021*

En el año 1663, el obispo Acacio March de Velasco en el marco del Tercer Sínodo de Orihuela trasladó la celebración de la Santa Faz al segundo jueves de Pascua, día en el que actualmente la celebramos. Ya por entonces la devoción popular había prendido poderosamente, inscribiéndose en esa historia de amor mutuo entre la sagrada reliquia de la Santa Faz y la ciudad de Alicante; una historia iniciada aquel 17 de marzo de 1489, en aquella rogativa, con motivo de una pertinaz sequía, en la que acaeció el Milagro de la Lágrima.

Alguien que simplemente se sitúe ante los datos de esta historia, acaecidos hace tantos años, puede pensar que estamos hablando de algo del pasado, anclado en un tiempo que fue; sin embargo, haber podido vivir «la Peregrina» en estos años, en pleno siglo XXI, así como la experiencia de lo acaecido en la entraña de la celebración del pasado año y también de éste, como ha sido el deseo y la expectativa de la bendición con la Reliquia sobre la ciudad de Alicante, indica que algo muy profundo sigue existiendo entre nuestra ciudad y la Santa Faz.

Nosotros este jueves, plenamente inmersos en el tiempo pascual, somos personas privilegiadas por poder volver a venerar, hoy mismo o todos estos días pascuales, la Santa Faz de Nuestro Señor Jesucristo; haciendo presentes a tantísimos antepasados que hasta aquí peregrinaron a lo largo de los siglos, y haciendo presentes a tantos coetáneos nuestros por quienes vamos a rezar, especialmente en tiempos de tantas necesidades como son los nuestros, y a quienes prestamos nuestra presencia y oración para tratar de ser portadores de sus súplicas ante la Santa Faz.

Y en este encuentro con el Señor, que es la Eucaristía que celebramos, su Palabra nos ha salido al paso, especialmente con este singular texto del Evangelio de San Juan (Jn 3, 5^a. 13-21.31-36), que ilumina el Santo Rostro que veneramos.

En sus palabras Jesús, expresa la motivación profunda de su ser y de su hacer, de su Pasión y Cruz, y de su permanencia resucitado en medio de nosotros, el amor; dice, «Dios ha amado tanto al mundo que ha entregado a su Hijo único...Dios no ha mandado a su Hijo al mundo

para juzgar al mundo, sino para que mundo se salve por Él». Esto es la explicación de su imagen, vista desde Él mismo: misterio de amor, misterio de salvación. A esto, que es el corazón de nuestra fe, debemos volver continuamente para saber con claridad lo que celebramos. También, para suplicar con fundada y renovada confianza su misericordia, tantas veces hecha ruego ante la Santa Faz. Nuestra súplica de misericordia se hace ante Aquel que comparecido de nosotros vino a nuestra historia, murió por amor para salvarnos y sigue en medio de nosotros para concedernos, precisamente, la misericordia que le suplicamos.

En esta época, en las presentes circunstancias de más de un año de durísima prueba por la pandemia y de lo que se intuye que está por venir, ciertas erudiciones y disquisiciones pasan a un segundo plano a favor de la pregunta más existencial del ser humano. Como afirmó en la última etapa de su vida el teólogo crítico más famoso, fallecido hace pocos días, Hans Küng: «no tengo pruebas, pero tengo buenas razones por las que estoy convencido de que mi vida no va a ninguna parte, al igual que el cosmos no lo hace. Estoy muriendo en una primera y última realidad que llamamos Dios».

Que significativo es que, al final, en el límite, -como de algún modo se experimenta en este tiempo-, en Dios busquemos y encontremos sentido, cobijo. Que importante es que en esta búsqueda Él salga a nuestro encuentro y nos ofrezca acogernos a su amor, hecho en su Hijo bondad y misericordia. La Santa Faz es, en medio de nosotros, precisamente esto: la misericordia de Dios, su bondad, que sale a nuestro encuentro; ofreciéndonos su perdón, su amor, su cobijo. Busquémosle y encontrémosle aquí en su Santuario, en el Monasterio en el que nuestras hermanas Agustinas, que han sufrido en carne propia el contagio, rezan incesantemente por el dolor, necesidades y sufrimientos de todos los hijos de Alicante, e interceden para que encontremos en Dios, en el rostro de su Hijo, las luces que ansiamos en la noche de nuestro tiempo.

Y no olvidemos, ante el rostro de la bondad que nos muestra su Santa Faz, singularizada por la lágrima de compasión derramada por nosotros, que su devoción ha nacido y crecido junto a la veneración de la reliquia vinculada al gesto de la Verónica.

Esto nos debería ayudar a tener bien presente, en el mensaje que nos trae a través de los siglos la Santa Faz, que el Señor nos sigue pidiendo que hagamos aquello que, según la tradición, la Verónica hizo con Él, en el camino del Calvario: acercarse a su dolor y soledad, secar la sangre

y el sudor de su rostro, estar cerca de Él; es decir recordemos que nos está pidiendo muestra solidaridad y compromiso con quien sufre y nos necesita; ser misericordiosos con los dramas que nos rodean, para obtener de Dios su misericordia.

Hermanos: el rostro de Cristo, en su Santa Faz, es bueno que sea contemplado con los ojos del corazón, como hizo su Madre. María, madre del Señor que veneramos en la Santa Faz. María, cuya imagen va unida, por siempre, a la de su Hijo en el relicario en el que le veneramos.

Que ella, madre nuestra del Remedio, interceda por tantos que hoy traemos a nuestra oración ante la Santa Faz, vivos y difuntos. Que siga intercediendo para que no se debiliten nuestra fe y nuestra esperanza; para que estemos a la altura de unos tiempos que nos necesitan con fortaleza para ayudar, servir y sacar adelante nuestra Iglesia y nuestra sociedad. Que ella nos sostenga y acompañe hasta llegar, como ella, a la gloria de la Trinidad; meta eterna de nuestro caminar.

¡Faz Divina, misericordia! Así sea.

AGENDA**MARZO**

- 1 Audiencia a las superiores de «Pro Ecclesia Sancta» y el Delegado de Vida consagrada. Se reúne con colaboradores y atiende asuntos y consultas en la Curia diocesana.
- 2 Preside el Consejo Episcopal Permanente. Preside la reunión del Colegio de Consultores. Prepara escritos y materiales para celebraciones y publicaciones diocesanas.
- 3 Se reúne con colaboradores de la Curia diocesana. Participa en una reunión entre responsables del Ayuntamiento de Orihuela y el Obispado. Atiende y despacha asuntos patrimoniales, en el Obispado.
- 4 Mantiene comunicación con el Secretariado del enfermo y el mayor. Realiza gestiones sobre el próximo Consejo del Presbiterio y el Encuentro diocesano de Jóvenes. Establece comunicaciones sobre evolución de enfermos, especialmente de la Casa Sacerdotal.
- 5 Se reúne con el Delegado de Vida Consagrada y con el capellán de la comunidad del Monasterio de las Capuchinas de Alicante, para ver el estado de dicha Comunidad. Mantiene una reunión para proseguir la aplicación de las conclusiones del Congreso diocesano de Educación. Prepara materiales para los actos y celebraciones más inmediatas.
- 6 Preside los Laudes y la Eucaristía en la Concatedral de San Nicolás de Alicante, con motivo de la toma de posesión de los nuevos canónigos. Participa telemáticamente en el Encuentro Diocesano de Catequistas. Participa telemáticamente en el Encuentro Diocesano de Trabajadores/as Cristianos. Atiende consultas en el Obispado y realiza seguimiento de enfermos.
- 7 *D* Bendice local con nuevas dependencias y servicios de Cáritas en Torrevieja. Preside las Vísperas y el Acto Eucarístico conclusivo del Encuentro Diocesano de Catequistas, en la parroquia del Sagrado Corazón de Jesús, de Torrevieja.
- 8 Graba para el programa de TV, «De Par en Par». Mantiene una reunión para preparar el funeral y las honras fúnebres del Sr. Obispo D. Rafael. Realiza una reunión de seguimiento de la comunidad

- del Monasterio de las Capuchinas, de Alicante.
- 9 Recibe el féretro del Obispo D. Rafael en San Nicolás, de Alicante. Preside el Consejo Episcopal Permanente. Prepara escritos y materiales para celebraciones y publicaciones diocesanas.
- 10 Preside Laudés en la Capilla de la Comunión de San Nicolás; posterior trasladado al presbiterio; Misa de «corpóre insepulto»; entierro en la Capilla de la Comunión. Atiende a los arzobispos y obispos, al igual que a familiares y autoridades, que han participado en la celebración. Despacha asuntos en la Curia diocesana.
- 11 Realiza grabaciones en TV para actos diocesanos. Realiza la presentación online del Anuario COPE 2020. Recibe al Director de la Fundación Diocesana San José Obrero, de Orihuela. Con colaboradores prepara los próximos Consejos Episcopales y del Presbiterio, así como las más inmediatas celebraciones.
- 12 En el Obispado, atiende consultas y despacha asuntos con responsables de la Curia. Asiste y cierra el «Acto en recuerdo del Pregón de Semana Santa», en el Teatro Circo de Orihuela.
- 13 Preside la Misa funeral por el Obispo D. Rafael, en la S. I. Catedral de Orihuela. Preside la Toma de posesión de los nuevos canónigos, en la S. I. Catedral de Orihuela. Participa en el Encuentro Diocesano de Familias con el Obispo online. Mantiene comunicación con sacerdotes mayores y enfermos.
- 15 Con colaboradores de la Curia diocesana, realiza preparación de convocatorias y documentación para los próximos Consejos diocesanos y Celebraciones inmediatas.
- 16 Recibe en audiencias a los Vicarios Episcopales. Preside el Consejo Episcopal Plenario. Preside el Consejo Episcopal Permanente. Preside el acto de la presentación de Conclusiones del Congreso diocesano de Educación y el inicio de la Mesa Diocesana de Educación, en el Salón de actos del Obispado.
- 17 Se reúne con el Delegado diocesano de Infancia y Juventud. Recibe audiencias en el Obispado. Despacha asuntos y consultas en la Curia diocesana.
- 18 Realiza preparación de la estructuración y materiales de celebraciones diocesanas. Bendice el Órgano Histórico Reconstruido de la S. I. Concatedral de San Nicolás de Alicante.
- 19 Comunicación con sacerdotes enfermos y mayores. Preside la

- Eucaristía de la Solemnidad de San José, en San Nicolás de Alicante, en el Día del Seminario y apertura del Año de la Familia Amoris Laetitia.
- 20 Preside la reunión del Consejo del Presbiterio. Mantiene reunión sobre las celebraciones de la Semana Santa en la Catedral de Orihuela. Atiende visitas en el Obispado.
- 21 *D* Mantiene comunicación con sacerdotes mayores y enfermos. Preside la Misa de Inscripción de los catecúmenos en el Libro del Catecumenado de la Diócesis, en la parroquia de San Vicente, de San Vicent del Raspeig.
- 22 Graba para el programa de TV, «De Par en Par». Preside el Consejo Episcopal Permanente. Preside la Misa exequial del Rvdo. D. Juan Cantó, en la Parroquia de Santiago de Albatera.
- 23 Participa en la reunión del Consejo de Mediterráneo TV, en el Arzobispado de Valencia. Prepara documentación con colaboradores de la Curia.
- 24 Recibe audiencias en el Obispado. Mantiene una reunión para ultimar los contenidos del Boletín Oficial del Obispado. Despacha asuntos y prepara el inicio de la Visita Pastoral al Arciprestazgo de Elda. Se reúne con cada uno de los sacerdotes, de la parroquia de San Bartolomé de Petrer, y seguidamente con el Consejo Parroquial de dicha parroquia, con motivo de la Visita Pastoral al Arciprestazgo de Elda.
- 25 Prepara escritos y materiales para celebraciones diocesanas. Atiende consultas y despacha asuntos con colaboradores de la Curia. Preside la Misa para las Cofradías y Hermandades de Semana Santa organizada por la Junta Mayor de Alicante, en la S.I. Conatedral de San Nicolás de Alicante.
- 26 Participa en la rueda de prensa con Cáritas Diocesana, en el Obispado. Preparación de la agenda de celebraciones y actos de la Semana Santa con colaboradores de la Curia. Mantiene una reunión de seguimiento de temas con el Fiscal del Obispado.
- 27 Participa en el Encuentro diocesano de Jóvenes con el Obispo - Online-. Visita las últimas obras y restauraciones en el Teologado de Alicante y se reúne con los seminaristas mayores. Prepara escritos y materiales para celebraciones y publicaciones diocesanas.

- 28 **D** Preside la Bendición solemne de los Ramos y la Eucaristía en la S. I. Catedral de Orihuela. Visita, en el Palacio Episcopal, el altar instalado por la Cofradía del Perdón.
- 29 Preside la celebración de la Misa Crismal, en la Concatedral de San Nicolás de Alicante. Come en la Casa Sacerdotal, con los Obispos eméritos y los demás sacerdotes residentes. Preparación de materiales y escritos para grabaciones y publicaciones.
- 30 Graba para el programa de TV, «De Par en Par». Realiza una entrevista telemática para TV Vega Baja, con motivo de la Semana Santa. Se reúne con la Comisión diocesana de Asuntos Jurídicos. Recibe audiencias en el Obispado.
- 31 Mantiene una reunión de seguimiento y programación de Consejos y actos diocesanos. Se reúne con la responsable de la Delegación de Medios de comunicación social. Última documentación del Boletín para los Sacerdotes.

ABRIL

- 1 Realiza seguimiento de enfermos en la Diócesis, Casa Sacerdotal y Monasterios. Preside la Misa vespertina de la Cena del Señor, en la S. I. Catedral de Orihuela. Procesión eucarística interna y oración ante el Monumento.
- 2 En la Concatedral de San Nicolás de Alicante, preside las oraciones matutinas del Cabildo. Oración ante el Monumento y ante el Cristo de la Buena Muerte. Preside la celebración de la Pasión del Señor, en la S. I. Catedral de Orihuela. Visita imaginaria de Semana Santa expuesta en Palacio Episcopal y las últimas restauraciones en Claustro, Refectorio, Sacristía e Iglesia de Santo Domingo.
- 3 En el Obispado, atiende consultas y prepara materiales y escritos para celebraciones y publicaciones diocesanas. Preside la solemne Vigilia Pascual, en la S. I. Catedral de Orihuela.

- 4 D** Preside la Misa solemne del día de Pascua, en la Basílica de Santa María de Elche. Así como el «Regina coeli» a la Mare de Deu.
- 10 Se reúne con el párroco de la parroquia de la santa Cruz de Petrer y a continuación con el Consejo Parroquial ampliado de dicha parroquia. Preside la Eucaristía y firma de libros parroquiales, dentro de la Visita Pastoral al arciprestazgo de Elda.

- 11 D** Preside la Eucaristía y firma de libros parroquiales, en la Parroquia de San Bartolomé de Petrer, dentro de la Visita Pastoral. Graba mensaje para los alumnos de Colegios participantes en la Peregrina infantil-virtual-. Ultima escritos para publicaciones diocesanas.
- 12 Preside la Eucaristía de Ordenación de Diacono de Fernando Elías Pérez-Esteban Picazo, en la parroquia del Sagrado Corazón de Jesús de Torrevieja. Se reúne con colaboradores para la programación y preparación de próximos Consejos y acciones diocesanas.
- 13 Preside el Consejo Episcopal Permanente. Preside el acto de toma de posesión del nuevo Ecónomo diocesano. Se reúne con el párroco de la parroquia de la Inmaculada de Elda, y a continuación con el Consejo Parroquial ampliado de dicha parroquia, dentro de la Visita Pastoral.
- 14 Realiza comunicaciones para preparar la celebración de la Fiesta

- de la Santa Faz. Mantiene una sesión de estudio del primer borrador de las Orientaciones Pastorales para el curso 2021/22. Se reúne con el nuevo Ecónomo diocesano y colaboradores. Firma de la documentación de la Fundación para la Conservación del Patrimonio de la Diócesis de Orihuela-Alicante, en el Obispado. Se reúne con los patronos de dicha Fundación.
- 15 Preside la Misa de la Fiesta de la Santa Faz, en su Santuario y Monasterio de Alicante. Imparte la bendición con la Santa Faz desde la Plaza Foglietti del Caserio. Realiza una entrevista en la Cadena COPE, con motivo de la celebración de la Santa Faz.
- 16 Graba para el programa de TV, «De Par en Par». Preside la Misa exequial de la priora del Monasterio de las MM Carmelitas de Ontinyent. Preside la reunión de la Comisión de Asuntos Jurídicos. Se reúne con el párroco de la parroquia de Ntra. Sra. de la Asunción de Sax, y a continuación con el Consejo Parroquial ampliado de dicha parroquia, dentro de la Visita Pastoral.
- 17 Participa en la oración y el inicio del Encuentro de formación ITIO, en el Salón de actos del Obispado. Preside la Eucaristía y administra el sacramento de la Confirmación en la Iglesia Sagrado Corazón del «Colegio Padre Dehon» de Novelda, de los Padres Reparadores. Atiende visitas en el Obispado.
- 18D** Preside la celebración de la Misa estacional de la Visita Pastoral a la parroquia de Ntra. Sra. de la Asunción de Sax y firma de los libros parroquiales. Atiende visitas en el Obispado.
- 19 Atiende consultas y despacha asuntos en la Curia diocesana. Participa telemáticamente en la sesión constituyente de la CXVII Asamblea Plenaria de la CEE. Participa en la sesión vespertina de la Asamblea Plenaria. Se reúne con colaboradores de la Curia diocesana.
- 20 Participa en las Sesiones Matutina y Vespertina de la Asamblea Plenaria de la Conferencia Episcopal Española.
- 21 Participa en la Sesión Matutina de la Asamblea Plenaria de la Conferencia Episcopal Española. Participa telemáticamente en la Reunión de la Comisión Episcopal de Liturgia. Se reúne con colaboradores de la Curia diocesana.
- 22 Participa en la Sesión Matutina de la Asamblea Plenaria de la Conferencia Episcopal Española. Participa en la Sesión Reservada

-
- de la Asamblea Plenaria de la Conferencia Episcopal Española.
- 23 Participa en la Sesión Matutina y final de la CX Asamblea Plenaria de la Conferencia Episcopal Española. Preside una reunión de Asuntos económicos con miembros del Consejo Episcopal y Ecónomo.
- 24 Prepara materiales y escritos para publicaciones diocesanas. Mantiene una reunión de estudio y programación de Consejos y de actividades diocesanas con colaboradores.
- 25 **D** Preside la Eucaristía y firma de libros parroquiales, en la Parroquia de la Inmaculada de Elda, dentro de la Visita Pastoral. Ultima documentación para el Boletín Oficial del Obispado.
- 26 Preside la reunión del Colegio de Arciprestes, en el Salón de actos del Obispado. Despacha asuntos en la Curia diocesana.
- 27 Preside el Consejo Episcopal Plenario. Preside el Consejo Episcopal Permanente. Prepara escritos y materiales para publicaciones diocesanas.
- 28 Atiende consultas con colaboradores de la Curia diocesana. Ultima escritos para celebraciones y actos de la agenda diocesana.
- 29 Atiende visitas de colaboradores y despacha documentación en el Obispado. Prepara escritos para los Boletines de la Diócesis.
- 30 Se reúne con los responsables de las publicaciones diocesanas. Consultas y asuntos de Delegaciones y Secretariados en la Curia diocesana.

VICARÍA GENERAL

Convocatoria a la Misa Crismal

Alicante, 15 de marzo de 2021

Queridos compañeros sacerdotes y diáconos:

Este año, gracias a Dios, a diferencia del pasado año, podremos volver a celebrar la Misa Crismal con participación de sacerdotes, religiosos y laicos el próximo lunes santo, 29 de marzo, a las 11.00 h, en la Concatedral de San Nicolás.

Por motivo de aforo, será necesario confirmar la asistencia a partir de mañana martes, 16 de marzo, hasta el miércoles 25 de marzo, a la Secretaría Vicaría General (a través del correo electrónico secretario@diocesisoa.org o del telf. 965 204 910). Contamos ya, como inscritos en la concelebración, con los sacerdotes que han celebrado sus bodas de oro y plata sacerdotales en el 2020 y los que las celebran este año. También, como reconocimiento especial, incluimos en la lista de concelebrantes a aquellos sacerdotes que son capellanes de hospitales y de residencias de mayores¹.

Recibid un fuerte abrazo en Cristo

Vicente Martínez Martínez
Vicario General

¹ Aquellos sacerdotes que están incluidos en estos colectivos que no pudieran asistir les pedimos que confirmen su ausencia en secretario@diocesisoa.org para que otros sacerdotes puedan ocupar su sitio.

Colecta por los Santos Lugares Viernes Santo, 2 de abril de 2021

Alicante, 29 de marzo de 2021

Estimados compañeros:

Os escribo para recordaros la importancia de la «Collecta pro Terra Sancta» del Viernes Santo, que nos permite intensificar nuestra unión con nuestros hermanos de Tierra Santa y Medio Oriente.

En la carta que este año el cardenal Leonardo Sandri, prefecto de la Congregación para las Iglesias Orientales, ha dirigido a los obispos del mundo afirma que, en el pasado año, los cristianos que viven en Tierra Santa *«han sufrido un aislamiento que les ha hecho sentirse aún más distantes, alejados del contacto vital con los hermanos provenientes de los diversos Países del mundo. Han sufrido la pérdida del trabajo, debido a la ausencia de peregrinos, y la consecuente dificultad para vivir con dignidad y para proveer a sus propias familias y a sus propios hijos (...) Y, además, ha faltado también parte de la ayuda económica que la Colecta para la Tierra Santa garantizaba cada año, y ello por causa de las dificultades en muchos países para poder realizarla en 2020»*.

En gran parte, sin la ayuda de esta Colecta a las comunidades cristianas de aquellas tierras, les sería más difícil proseguir su servicio pastoral, el sostenimiento de las escuelas que hacen posible el encuentro entre cristianos y musulmanes y los hospitales y casas de beneficencia, que siguen acogiendo a afligidos y refugiados de cualquier procedencia y religión. Sin la ayuda de esta Colecta muchos cristianos de Tierra Santa tendrían que abandonar su propio país y también el cuidado material de los Santos Lugares se vería afectado.

Nuestros hermanos en Tierra Santa y Medio Oriente necesitan el apoyo de nuestra plegaria y de nuestra aportación económica. Que nuestras comunidades sean generosas con la Colecta del próximo Viernes Santo.

Agradeciendo vuestra colaboración, recibid un fraternal abrazo,

Vicente Martínez Martínez
Vicario General

Convocatoria del Día del Clero

Alicante, 16 de abril de 2021

Queridos compañeros sacerdotes y diáconos:

Os escribo para recordaros que el próximo 10 de mayo celebraremos el «Día del Clero» y la festividad de nuestro patrono, San Juan de Ávila, a las 11:00 h. con la Eucaristía, en la S. I. Catedral de Orihuela por motivo de limitación de aforo.

Este año, además de dar gracias a Dios por los sacerdotes que cumplen sesenta, cincuenta y veinticinco años (también los del curso 2020-2021), nuestro Obispo celebrará sus Bodas de Plata Episcopales. Hagamos lo posible por estar presentes en esta celebración para manifestar nuestra comunión con nuestro Pastor y con el presbiterio diocesano.

Recordaremos también en la Eucaristía a quienes han sido llamados a la Casa del Padre desde el último «Día del Clero».

Los sacerdotes homenajeados son:

SACERDOTES CON 60 AÑOS DE ORDENACION

- Rvdo. D. José Ruiz Barberá
- Rvdo. D. Antonio Verdú de Gregorio
- Rvdo. D. Joaquín Ibáñez Noguera
- Rvdo. D. Joaquín Pérez Gómez
- Rvdo. D. Antonio Rocamora Sánchez
- Mons. Fernando Navarro Cremades

BODAS DE ORO:

- M. I. D. Agustín Sánchez Manzanares
- Rvdo. D. Mariano Martínez Bernard
- M.I. D. Ginés Ortiz Peñalver

BODAS DE PLATA:

- Rvdo. D. Noé Ordoñez Herrera
- Rvdo. D. José Luis Robledano Navarro

- Rvdo. D. Ramón Rodríguez Illán
- Rvdo. D. José Soriano Piqueras
- Rvdo. P. José Miguel Sánchez Florido
- Rvdo. D. José Luis Azorín Hernández

SACERDOTES DIFUNTOS DESDE EL ÚLTIMO DÍA DEL CLERO Fallecidos en 2020

- M.I.D. Fernando Rodríguez Trives (05-01-2020).
- Rvdo. Sr. D. José V. Hernández Quilis (08-01-2020).
- M.I.D. Eduardo Barragán Campello (31-07-2020).
- Rvdo. Sr. D. José Ruiz Costa (26-08-2020).
- Rvdo. Sr. D. José María García Bernabé (18-10-2020).
- Rvdo. Sr. D. Luis Ródenas Pina (18-12-2020).

Fallecidos en 2021

- Rvdo. Sr. D. Juan Galiana Amorós (05-02-2021)
- Rvdo. Sr. D. Enrique Garrigós Miquel (14-02-2021)
- S.E.R. Rafael Palmero Ramos (08-03-2021)
- Rvdo. Sr. D. Juan Cantó Rubio (21-03-2021)

Para concelebrar llevar alba y estola blanca.

En nombre del Sr. Obispo, de los vicarios episcopales y unidos a todos vosotros, recibid nuestro saludo fraterno

Vicente Martínez Martínez
Vicario General

Encuesta

Alicante, 16 de abril de 2021

Queridos párrocos:

Hace algo más de un año empezamos a vivir una pandemia que nos ha obligado a cambiar muchos de los hábitos pastorales en nuestras parroquias. Seguimos caminando sabiendo que dentro de toda esta historia, el Señor está tejiendo, con la colaboración de todos, la Historia

de la Salvación. Tenemos el peligro de olvidar parte de esos momentos, que han sido extremadamente duros y difíciles, y con ello olvidar el paso de Dios por la vida de nuestra Iglesia Diocesana. Por eso, recogiendo las sugerencias de muchos de vosotros, os presentamos ahora una encuesta que nos puede ayudar a recordar y leer, en esta situación de pandemia, la acción amorosa de Dios que transforma los obstáculos en oportunidades para crecer en fidelidad al Evangelio.

En la encuesta queremos centrarnos solo en la vida de las parroquias, delimitándola a los primeros momentos de la pandemia, momentos de una extrema dificultad, cuando el confinamiento fue total, para descubrir cómo hemos vivido ese inicio de la pandemia en nuestras comunidades, y qué enseñanzas nos han aportado para crecer como Iglesia Diocesana.

Es una encuesta sencilla, fácil de cumplimentar. Desearíamos tener vuestras respuestas antes del 15 de mayo para poder ofrecer un resumen de las mismas en el Encuentro Diocesano de Pastoral (5 de junio)

Gracias por vuestra colaboración. Un fraternal saludo

Vicente Martínez Martínez
Vicario General

CANCILLERÍA

Nombramientos

El Sr. Obispo ha realizado los siguientes nombramientos:

- **Con fecha 3 de marzo de 2021:** D. Antonio Martínez-Canales Murcia, Presidente de la Hermandad de los Pilares de Nuestra Señora de la Soledad, de Orihuela.
- **Con fecha 1 de marzo de 2021:** Rvdo. D. Juan Bautista Llinares Lloret, Capellán del Hospital Vithas Perpetuo Socorro de Alicante.
- **Con fecha 22 de marzo de 2021:** Rvdo. D. Luis Aznar Avendaño, Administrador parroquial de la de La Visitación de Nuestra Señora, de Alicante; Rvdo. D. José Miguel Sánchez Florido, Administrador parroquial de la de La Divina Pastora, de Alicante; Rvdo. D. Arturo Antonio Pastor Jorge, Vicario parroquial de la de Santa Teresa de Jesús, de El Campello.
- **Con fecha 26 de marzo de 2021:** Rvdo. D. Vicente Martínez Agulló, Ecónomo Diocesano.
- **Con fecha 13 de abril de 2021:** Rvdo. D. Fernando Elías Pérez-Esteban Picazo, Adscrito a la Parroquia Sagrado Corazón de Jesús, de Torrevieja, y Formador en la Fundación Diocesana San José Obrero de Orihuela.
- **Con fecha 19 de abril de 2021:** Rvdo. D. Francisco Berná Fuentes, Consiliario de la Junta Mayor de Cofradías y Hermandades, de Elda.

Estatutos

El Sr. Obispo ha aprobado los siguientes estatutos:

- **Con fecha 4 de marzo de 2021:** la reforma de los Estatutos de la Cofradía del Ecce Homo, de Novelda.

FUNDACIÓN PARA LA CONSERVACIÓN Y MANTENIMIENTO DEL PATRIMONIO EN LA DIÓCESIS DE ORIHUELA-ALICANTE

Nace la Fundación para la Conservación del Patrimonio de la Diócesis de Orihuela-Alicante

Viernes, 16 de abril de 2021

A través de ella se promoverá el mantenimiento, restauración, investigación y difusión de los bienes culturales diocesanos

Esta entidad, de carácter cultural y sin ánimo de lucro, está bajo la tutela de la Generalitat Valenciana

Este miércoles pasado, 14 de abril de 2021, tuvo lugar la constitución de la Fundación para la Conservación y Mantenimiento del Patrimonio en la Diócesis de Orihuela-Alicante, de la Comunitat València. Fue en un acto firmado ante notario en el que estuvieron presentes los patronos que van a formar parte de la misma: el obispo de la Diócesis de Orihuela-Alicante como presidente, el vicario general como vicepresidente, el canciller como secretario y el ecónomo como tesorero. Contaría además con cuatro vocales: el presidente de la Comisión de Bienes Culturales, el director de la Comisión del Patrimonio Organístico, el delegado de Liturgia y el presidente de la Comisión para la Cultura.

Esta entidad, de carácter cultural y sin ánimo de lucro, estará bajo la tutela del Protectorado que ejerce la Generalitat Valenciana y desarro-

llará sus actividades principalmente en el territorio de la Comunidad Valenciana y, preferentemente, en la provincia de Alicante. Y tiene como fines promover la conservación, restauración, investigación y difusión del patrimonio de la Diócesis de Orihuela-Alicante.

Es por ello que entre sus actividades principales destaca la conservación y restauración de cualquier clase de bienes pertenecientes al Patrimonio Cultural de la Diócesis de Orihuela-Alicante. Incluyendo este los bienes muebles e inmuebles de interés artístico, histórico, arquitectónico, paleontológico, arqueológico, etnológico, científico o técnico, el patrimonio documental, bibliográfico y lingüístico, así como las actividades y el patrimonio inmaterial de la cultura popular y tradicional.

Junto a la conservación y al mantenimiento del patrimonio histórico y artístico de la Diócesis, otro objetivo central es la promoción y divulgación de dicho patrimonio, teniendo la intención de implantar nuevas tecnologías con el fin de que pueda ser conocido y apreciado por un mayor número de personas en la Diócesis de Orihuela-Alicante y fuera de ella.

Se buscará también la colaboración con entidades universitarias y culturales de ámbito nacional e internacional, del sector privado empresarial y administraciones públicas que trabajen en la defensa, respeto y protección del Patrimonio Cultural.

LITURGIA

«Nota sobre las celebraciones de Semana Santa en el año 2021» de la Comisión Episcopal para la Liturgia (CEL) Indicaciones para la Diócesis de Orihuela-Alicante

Alicante, 17 de marzo de 2021

Ante las próximas celebraciones de la Semana Santa y del Triduo Pascual en este año 2021, la Comisión Episcopal para la Liturgia de la Conferencia Episcopal Española emitió una Nota el pasado 3 de marzo, que fue remitida a todos los sacerdotes de nuestra Diócesis. Acogemos para todas las parroquias y lugares de culto las orientaciones que se nos ofrecen para vivir el momento central del Año Litúrgico y de la vida de la Iglesia.

Además, complementamos dichas normas con las siguientes indicaciones para nuestra Diócesis:

1. Domingo de Ramos. En las parroquias y demás lugares de culto también podrá utilizarse la forma segunda -entrada solemne- en todas las Misas que se considere apropiado (cf. NOTA CEL, Domingo de Ramos en la Pasión del Señor, nº 2 y 3).

2. Para el bien de los fieles, y en el caso de que en algún lugar el aforo de la iglesia sea un grave problema para la participación, el Sr. Obispo Diocesano **AUTORIZA** que pueda haber varias celebraciones en el mismo templo en horas sucesivas, para la **MISA VESPERTINA EN LA CENA DEL SEÑOR** el Jueves Santo, y también para la **CELEBRACIÓN LITÚRGICA DE LA PASIÓN DEL SEÑOR** el Viernes Santo. No así para la **VIGILIA PASCUAL**, que será única en cada lugar. El párroco o rector de la iglesia, valorará si hay real necesidad para duplicar las

celebraciones, y solo lo hará en circunstancias de verdadera utilidad para los fieles. (cf. NOTA CEL, Observaciones de carácter general, n° 9).

3. Vigilia Pascual. Debido a la restricción de libre circulación de las personas (en nuestra Diócesis, hasta las 22 h), la Vigilia Pascual, excepcionalmente este año, puede comenzar a una hora adecuada, aunque no se haya puesto el sol, para facilitar a los fieles el regreso a sus casas al finalizar. Instrúyase a los fieles sobre el carácter nocturno de dicha Vigilia, y que solo para este año se permite su celebración vespertina, en razón de la limitación horaria de las normas civiles. (cf. NOTA CEL, Vigilia Pascual, n° 2).

Atentamente,

Damián L. Abad Irles
Director del Secretariado Diocesano de Liturgia
Vicente Martínez Martínez
Vicario General

SANTA SEDE

PAPA FRANCISCO

**MENSAJES, MOTU PROPRIO, AUDIENCIAS, DISCURSOS, ÁNGELUS,
HOMILÍAS Y PALABRAS**

VIAJE APOSTÓLICO DEL SANTO PADRE FRANCISCO A IRAK

(5 - 8 DE MARZO DE 2021)

**Palabras del Santo Padre en el encuentro con las autoridades,
la sociedad civil y el Cuerpo Diplomático**

*Bagdad, Palacio Presidencial
Viernes, 5 de marzo de 2021*

Señor Presidente,
Miembros del Gobierno y del Cuerpo diplomático,
distinguidas Autoridades,
Representantes de la sociedad civil,
Señoras y Señores:

Agradezco la oportunidad de realizar esta Visita, tan esperada y deseada, a la República de Irak; de poder venir a esta tierra, cuna de la civilización que está estrechamente ligada —por medio del Patriarca Abrahán y numerosos profetas— a la historia de la salvación y a las

grandes tradiciones religiosas del judaísmo, del cristianismo y del islam. Expreso mi gratitud al señor Presidente Salih por la invitación y por las amables palabras de bienvenida, que me ha dirigido también en nombre de las otras Autoridades y de su amado pueblo. Asimismo, saludo a los miembros del Cuerpo diplomático y a los Representantes de la sociedad civil.

Saludo con afecto a los obispos y sacerdotes, a los religiosos y religiosas y a todos los fieles de la Iglesia católica. Vengo como peregrino para animarlos en su testimonio de fe, esperanza y caridad en medio de la sociedad iraquí. Saludo también a los fieles de las otras Iglesias y Comunidades eclesiales cristianas, a los miembros del islam y a los representantes de otras tradiciones religiosas. Que Dios nos conceda caminar juntos, como hermanos y hermanas, con la «fuerte convicción de que las enseñanzas verdaderas de las religiones invitan a permanecer anclados en los valores de la paz; [...] del conocimiento recíproco, de la fraternidad humana y de la convivencia común» (*Documento sobre la fraternidad humana*, Abu Dabi, 4 febrero 2019).

Mi visita se lleva a cabo en un tiempo en que el mundo entero está tratando de salir de la crisis por la pandemia de Covid-19, que no sólo ha afectado la salud de tantas personas, sino que también ha provocado el deterioro de las condiciones sociales y económicas, marcadas ya por la fragilidad y la inestabilidad. Esta crisis requiere esfuerzos comunes por parte de cada uno para dar los pasos necesarios, entre ellos una distribución equitativa de las vacunas para todos. Pero no es suficiente; esta crisis es sobre todo una llamada a «repensar nuestros estilos de vida [...], el sentido de nuestra existencia» (*Carta enc. Fratelli tutti*, 33). Se trata de que salgamos de este tiempo de prueba mejores que antes; de que construyamos el futuro en base a lo que nos une, más que en lo que nos divide.

En las últimas décadas, Irak ha sufrido los desastres de las guerras, el flagelo del terrorismo y conflictos sectarios basados a menudo en un fundamentalismo que no puede aceptar la pacífica convivencia de varios grupos étnicos y religiosos, de ideas y culturas diversas. Todo esto ha traído muerte, destrucción, ruinas todavía visibles, y no sólo a nivel material: los daños son aún más profundos si se piensa en las heridas del corazón de muchas personas y comunidades, que necesitarán años para sanar. Y aquí, entre tantos que han sufrido, no puedo dejar de recordar a los yazidíes, víctimas inocentes de una barbarie insensata y

deshumana, perseguidos y asesinados a causa de sus creencias religiosas, cuya propia identidad y supervivencia se han puesto en peligro. Por lo tanto, sólo si logramos mirarnos entre nosotros, con nuestras diferencias, como miembros de la misma familia humana, podremos comenzar un proceso efectivo de reconstrucción y dejar a las generaciones futuras un mundo mejor, más justo y más humano. A este respecto, la diversidad religiosa, cultural y étnica que ha caracterizado a la sociedad iraquí por milenios, es un recurso valioso para aprovechar, no un obstáculo a eliminar. Hoy, Irak está llamado a mostrar a todos, especialmente en Oriente Medio, que las diferencias, más que dar lugar a conflictos, deben cooperar armónicamente en la vida civil.

La coexistencia fraterna necesita del diálogo paciente y sincero, salvaguardado por la justicia y el respeto del derecho. No es una tarea fácil: requiere esfuerzo y compromiso por parte de todos para superar rivalidades y contraposiciones, y dialogar a partir de la identidad más profunda que tenemos, la de hijos del único Dios y Creador (cf. Conc. Ecum. Vat. II, Dec. *Nostra aetate*, 5). En base a este principio, la Santa Sede, en Irak como en todas partes, no se cansa de acudir a las Autoridades competentes para que concedan a todas las comunidades religiosas reconocimiento, respeto, derechos y protección. Aprecio los esfuerzos que ya se han realizado en esta dirección y uno mi voz a la de los hombres y mujeres de buena voluntad para que avancen en beneficio del país.

Una sociedad que lleva la impronta de la unidad fraterna es una sociedad cuyos miembros viven entre ellos solidariamente. «La solidaridad nos ayuda a ver al otro [...] como nuestro prójimo, compañero de camino» (*Mensaje para la 54.ª Jornada Mundial de la Paz*, 1 enero 2021). Es una virtud que nos lleva a realizar gestos concretos de cuidado y de servicio, con particular atención a los más vulnerables y necesitados. Pienso en quienes, a causa de la violencia, de la persecución y del terrorismo han perdido familiares y seres queridos, casa y bienes esenciales. Pero también pienso en toda la gente que lucha cada día buscando seguridad y medios para seguir adelante, mientras que aumenta la desocupación y la pobreza. El «sabernos responsables de la fragilidad de los demás» (Carta enc. *Fratelli tutti*, 115) debería inspirar todo esfuerzo por crear oportunidades concretas tanto en el ámbito económico y en el ámbito de la educación, como también en el cuidado de la creación, nuestra casa común. Después de una crisis no basta reconstruir, es necesario hacerlo bien, de modo que todos puedan tener una vida digna. De una crisis no

se sale iguales que antes: se sale mejores o peores.

Como responsables políticos y diplomáticos, ustedes están llamados a promover este espíritu de solidaridad fraterna. Es necesario combatir la plaga de la corrupción, los abusos de poder y la ilegalidad, pero no es suficiente. Se necesita al mismo tiempo edificar la justicia, que crezca la honestidad y la transparencia, y que se refuercen las instituciones competentes. De ese modo puede crecer la estabilidad y desarrollarse una política sana, capaz de ofrecer a todos, especialmente a los jóvenes —tan numerosos en este país—, la esperanza de un futuro mejor.

Señor Presidente, distinguidas Autoridades, queridos amigos: Vengo como penitente que pide perdón al Cielo y a los hermanos por tantas destrucciones y crueldad. Vengo como peregrino de paz, en nombre de Cristo, Príncipe de la Paz. ¡Cuánto hemos rezado en estos años por la paz en Irak! San Juan Pablo II no escatimó iniciativas, y sobre todo ofreció oraciones y sufrimientos por esto. Y Dios escucha, escucha siempre. Depende de nosotros que lo escuchemos a Él y caminemos por sus sendas. Que callen las armas, que se evite su proliferación, aquí y en todas partes. Que cesen los intereses particulares, esos intereses externos que son indiferentes a la población local. Que se dé voz a los constructores, a los artesanos de la paz, a los pequeños, a los pobres, a la gente sencilla, que quiere vivir, trabajar y rezar en paz. No más violencia, extremismos, facciones, intolerancias; que se dé espacio a todos los ciudadanos que quieren construir juntos este país, desde el diálogo, desde la discusión franca y sincera, constructiva; a quienes se comprometen por la reconciliación y están dispuestos a dejar de lado, por el bien común, los propios intereses. En estos años, Irak ha tratado de poner las bases para una sociedad democrática. A este respecto, es indispensable asegurar la participación de todos los grupos políticos, sociales y religiosos, y garantizar los derechos fundamentales de todos los ciudadanos. Que ninguno sea considerado ciudadano de segunda clase. Aliento los pasos que se han dado hasta el momento en este proceso y espero que consoliden la serenidad y la concordia.

También la comunidad internacional tiene un rol decisivo que desempeñar en la promoción de la paz en esta tierra y en todo el Oriente Medio. Como hemos visto durante el largo conflicto en la vecina nación de Siria —de cuyo inicio se cumplen en estos días ya diez años—, los desafíos interpelan cada vez más a toda la familia humana. Estos requieren una cooperación a escala global para poder afrontar también

las desigualdades económicas y las tensiones regionales que ponen en peligro la estabilidad de estas tierras. Agradezco a los Estados y a las Organizaciones internacionales que están trabajando en Irak por la reconstrucción y para brindar asistencia a los refugiados, a los desplazados internos y a quienes tienen dificultades para regresar a sus propias casas, facilitando en el país comida, agua, viviendas, atención médica y de salud, como también programas orientados a la reconciliación y a la construcción de la paz. Y aquí no puedo dejar de recordar los numerosos organismos, entre ellos muchos católicos, que desde hace años asisten con gran esfuerzo a las poblaciones civiles. Atender las necesidades básicas de tantos hermanos y hermanas es un acto de caridad y justicia, y contribuye a una paz duradera. Espero que las naciones no retiren del pueblo iraquí la mano extendida de la amistad y del compromiso constructivo, sino que sigan trabajando con espíritu de responsabilidad común con las Autoridades locales, sin imponer intereses políticos o ideológicos.

La religión, por su naturaleza, debe estar al servicio de la paz y la fraternidad. El nombre de Dios no puede ser usado para «justificar actos de homicidio, exilio, terrorismo y opresión» (*Documento sobre la fraternidad humana*, Abu Dabi, 4 febrero 2019). Al contrario, Dios ha creado a los seres humanos iguales en dignidad y en derechos, nos llama a difundir amor, bondad y concordia. También en Irak la Iglesia católica desea ser amiga de todos y, a través del diálogo, colaborar de manera constructiva con las otras religiones, por la causa de la paz. La antiquísima presencia de los cristianos en esta tierra y su contribución a la vida del país constituyen una rica herencia, que quiere poder seguir al servicio de todos. Su participación en la vida pública, como ciudadanos que gozan plenamente de derechos, libertad y responsabilidad, testimoniará que un sano pluralismo religioso, étnico y cultural puede contribuir a la prosperidad y a la armonía del país.

Queridos amigos: Deseo expresar una vez más mi profunda gratitud por todo lo que han hecho y siguen haciendo para edificar una sociedad orientada hacia la unidad fraterna, la solidaridad y la concordia. Vuestro servicio al bien común es una obra noble. Pido al Omnipotente que los sostenga en sus responsabilidades y los guíe a todos en el camino de la sabiduría, la justicia y la verdad. Sobre cada uno de ustedes, sus familias y seres queridos, y sobre todo el pueblo iraquí invoco la abundancia de las bendiciones divinas. Gracias.

Palabras del Santo Padre en el encuentro con los obispos, sacerdotes, religiosos/as, seminaristas y catequistas

*Catedral católica siria de Nuestra Señora de la Salvación de Bagdad
Viernes, 5 de marzo de 2021*

Beatitudes, Excelencias,
Queridos sacerdotes y religiosos,
Queridas religiosas,
Queridos hermanos y hermanas:

Los abrazo a todos con paternal afecto. Doy gracias al Señor que en su providencia nos ha permitido hoy este encuentro. Agradezco a Su Beatitud el Patriarca Ignace Youssif Younan y a Su Beatitud el Cardenal Louis Sako por las palabras de bienvenida. Nos hemos reunido en esta Catedral de Nuestra Señora de la Salvación, bendecidos por la sangre de nuestros hermanos y hermanas que aquí han pagado el precio extremo de su fidelidad al Señor y a su Iglesia. Que el recuerdo de su sacrificio nos inspire para renovar nuestra confianza en la fuerza de la Cruz y de su mensaje salvífico de perdón, reconciliación y resurrección. El cristiano, en efecto, está llamado a testimoniar el amor de Cristo en todas partes y en cualquier momento. Este es el Evangelio que proclamar y encarnar también en este amado país.

Como obispos y sacerdotes, religiosos y religiosas, catequistas y responsables laicos, todos ustedes comparten las alegrías y los sufrimientos, las esperanzas y las angustias de los fieles de Cristo. Las necesidades del pueblo de Dios y los arduos desafíos pastorales que afrontan cotidianamente se han agravado en este tiempo de pandemia. A pesar de todo, lo que nunca se tiene que detener o reducir es nuestro celo apostólico, que ustedes toman de raíces muy antiguas, de la presencia ininterrumpida de la Iglesia en estas tierras desde los primeros tiempos (cf. Benedicto XVI, Exhort. ap. postsin. *Ecclesia in Medio Oriente*, 5). Sabemos qué fácil es contagiarnos del virus del desaliento que a menudo parece difundirse a nuestro alrededor. Sin embargo, el Señor nos ha dado una vacuna eficaz contra este terrible virus, que es la esperanza. La esperanza que nace de la oración perseverante y de la fidelidad cotidiana a nuestro apostolado. Con esta vacuna podemos seguir adelante con energía siempre nueva, para compartir la alegría del Evangelio, como discípulos misioneros y

signos vivos de la presencia del Reino de Dios, Reino de santidad, de justicia y de paz.

Cuánta necesidad tiene el mundo que nos rodea de escuchar este mensaje. No olvidemos nunca que Cristo se anuncia sobre todo con el testimonio de vidas transformadas por la alegría del Evangelio. Como vemos en la historia antigua de la Iglesia en estas tierras, una fe viva en Jesús es «contagiosa», puede cambiar el mundo. El ejemplo de los santos nos muestra que seguir a Jesucristo «no es sólo algo verdadero y justo, sino también bello, capaz de colmar la vida de un nuevo resplandor y de un gozo profundo, aun en medio de las pruebas» (Exhort. ap. *Evangelii gaudium*, 167).

Las dificultades forman parte de la experiencia cotidiana de los fieles iraquíes. En las últimas décadas, ustedes y sus conciudadanos han tenido que afrontar las consecuencias de la guerra y de las persecuciones, la fragilidad de las infraestructuras básicas y la lucha continua por la seguridad económica y personal, que a menudo ha llevado a desplazamientos internos y a la migración de muchos, también de cristianos, hacia otras partes del mundo. Les agradezco, hermanos obispos y sacerdotes, por haber permanecido cercanos a su pueblo —¡cercanos a su pueblo!—, sosteniéndolo, esforzándose por satisfacer las necesidades de la gente y ayudando a cada uno a desempeñar su función al servicio del bien común. El apostolado educativo y el caritativo de sus Iglesias particulares representan un valioso recurso para la vida tanto de la comunidad eclesial como de la sociedad en su conjunto. Los animo a perseverar en este compromiso, para garantizar que la Comunidad católica en Irak, aunque sea pequeña como un grano de mostaza (cf. *Mt* 13,31-32), siga enriqueciendo el camino de todo el país.

El amor de Cristo nos pide que dejemos de lado todo tipo de ego-centrismo y rivalidad; nos impulsa a la comunión universal y nos llama a formar una comunidad de hermanos y hermanas que se acogen y se cuidan unos a otros (cf. Carta enc. *Fratelli tutti*, 95-96). Pienso en la familiar imagen de una alfombra. Las diferentes Iglesias presentes en Irak, cada una con su ancestral patrimonio histórico, litúrgico y espiritual, son como muchos hilos particulares de colores que, trenzados juntos, componen una alfombra única y bellísima, que no sólo atestigua nuestra fraternidad, sino que remite también a su fuente. Porque Dios mismo es el artista que ha ideado esta alfombra, que la teje con paciencia y la remienda con cuidado, queriendo que estemos entre nosotros siempre

bien unidos, como sus hijos e hijas. Que esté siempre en nuestro corazón la exhortación de san Ignacio de Antioquía: «Que nada haya en vosotros que pueda dividirlos, [...] sino que, reunidos en común, haya una sola oración, una sola esperanza en la caridad y en la santa alegría» (*Ad Magnesios*, 6-7: *PL* 5, 667). Qué importante es este testimonio de unión fraterna en un mundo a menudo fragmentado y desgarrado por nuestras divisiones. Todo esfuerzo que se realice para construir puentes entre la comunidad y las instituciones eclesiales, parroquiales y diocesanas servirá como gesto profético de la Iglesia en Irak y como respuesta fecunda a la oración de Jesús para que todos sean uno (cf. *Jn* 17,21; *Ecclesia in Medio Oriente*, 37).

Pastores y fieles, sacerdotes, religiosos y catequistas comparten, si bien de diversas maneras, la responsabilidad de llevar adelante la misión de la Iglesia. En ocasiones pueden surgir incomprensiones y podemos experimentar tensiones; son los nudos que dificultan el tejido de la fraternidad. Son nudos que llevamos dentro de nosotros; por lo demás, somos todos pecadores. Pero estos nudos pueden ser desatados por la Gracia, por un amor más grande; se pueden soltar por el perdón y el diálogo fraterno, llevando pacientemente los unos las cargas de los otros (cf. *Gal* 6,2) y fortaleciéndose mutuamente en los momentos de prueba y dificultad.

Ahora quisiera dirigir una palabra especial a mis hermanos obispos. Me agrada pensar en nuestro ministerio episcopal en términos de cercanía, es decir, nuestra necesidad de permanecer con Dios en la oración, junto a los fieles confiados a nuestro cuidado y a nuestros sacerdotes. Sean particularmente cercanos a sus sacerdotes. Que no los vean como administradores o directores, sino como a padres, preocupados por el bien de sus hijos, dispuestos a ofrecerles apoyo y ánimo con el corazón abierto. Acompañenlos con su oración, con su tiempo, con su paciencia, valorando su trabajo e impulsando su crecimiento. De este modo serán para sus sacerdotes signo visible de Jesús, el Buen Pastor que conoce sus ovejas y da la vida por ellas (cf. *Jn* 10,14-15).

Queridos sacerdotes, religiosos y religiosas, catequistas, seminaristas que se preparan a su futuro ministerio: Todos ustedes han escuchado la voz del Señor en sus corazones, y como el joven Samuel han respondido: «Aquí estoy» (*1 S* 3,4). Que esta respuesta, que los invito a renovar cada día, lleve a cada uno de ustedes a compartir la Buena Noticia con entusiasmo y valentía, viviendo y caminando siempre a la luz de la

Palabra de Dios, que tenemos el don y la tarea de anunciar. Sabemos que nuestro servicio conlleva también una parte administrativa, pero esto no significa que debamos pasar todo nuestro tiempo en reuniones o detrás de un escritorio. Es importante que estemos en medio de nuestro rebaño y que ofrezcamos nuestra presencia y nuestro acompañamiento a los fieles de las ciudades y de los pueblos. Pienso en los que corren el riesgo de quedarse atrás, en los jóvenes, los ancianos, los enfermos y los pobres. Cuando servimos al prójimo con entrega, como lo hacen ustedes, con espíritu de compasión, humildad y amabilidad, con amor, estamos sirviendo realmente a Jesús, como Él mismo nos lo ha dicho (cf. *Mt* 25,40). Y sirviendo a Jesús en los demás, descubrimos la verdadera alegría. No se alejen del santo pueblo de Dios, en el que nacieron. No se olviden de sus madres y de sus abuelas, que los han «amamantado» en la fe, como diría san Pablo (cf. *2 Tm* 1,5). Sean pastores, servidores del pueblo y no administradores públicos, clérigos funcionarios. Siempre con el pueblo de Dios, nunca separados como si fueran una clase privilegiada. No renieguen de esta «estirpe» noble que es el santo pueblo de Dios.

Quisiera volver ahora a nuestros hermanos y hermanas que murieron en el atentado terrorista en esta Catedral hace diez años y cuya beatificación está en proceso. Su muerte nos recuerda con fuerza que la incitación a la guerra, las actitudes de odio, la violencia y el derramamiento de sangre son incompatibles con las enseñanzas religiosas (cf. Carta enc. *Fratelli tutti*, 285). Y quiero también recordar a todas las víctimas de la violencia y las persecuciones, pertenecientes a cualquier comunidad religiosa. Mañana, en Ur, encontraré a los líderes de las tradiciones religiosas presentes en este país, para proclamar una vez más nuestra convicción de que la religión debe servir a la causa de la paz y de la unidad entre todos los hijos de Dios. Esta tarde quiero agradecerles su compromiso de ser constructores de paz, en el seno de sus comunidades y con los creyentes de otras tradiciones religiosas, esparciendo semillas de reconciliación y de convivencia fraterna que pueden llevar a un renacer de la esperanza para todos.

Pienso particularmente en los jóvenes. En todas partes son portadores de promesa y de esperanza, y sobre todo en este país. De hecho, aquí no hay solamente un patrimonio arqueológico inestimable, sino una riqueza incalculable para el porvenir: ¡son los jóvenes! Son vuestro tesoro y hay que cuidarlo, alimentando sus sueños, acompañándolos en el camino y reforzando su esperanza. Aunque jóvenes, ciertamente, su paciencia

ya ha sido puesta a prueba duramente por los conflictos de estos años. Pero recordemos que ellos —junto con los ancianos— son la punta del diamante del país, los mejores frutos del árbol. Depende de nosotros, de nosotros, cultivarlos para el bien e infundirles esperanza.

Hermanos y hermanas: Por el bautismo y la confirmación, por la ordenación o la profesión religiosa, ustedes fueron consagrados al Señor y enviados para ser discípulos misioneros en esta tierra tan estrechamente ligada a la historia de la salvación. Dando testimonio fielmente de las promesas de Dios, que nunca dejan de cumplirse, y buscando construir un nuevo futuro son parte de esa historia. Que vuestro testimonio, madurado en la adversidad y fortalecido por la sangre de los mártires, sea una luz que resplandezca en Irak y más allá, para anunciar la grandeza del Señor y hacer exultar el espíritu de este pueblo en Dios nuestro Salvador (cf. *Lc 1,46-47*).

Agradezco nuevamente esta posibilidad de encontrarnos. Que Nuestra Señora de la Salvación y el apóstol santo Tomás intercedan por ustedes y los protejan siempre. Bendigo de corazón a cada uno de ustedes y a sus comunidades. Y les pido, por favor, que recen por mí. Gracias.

Encuentro interreligioso en la Llanura de Ur

Llanura de Ur
Sábado, 6 de marzo de 2021

DISCURSO DEL SANTO PADRE

Queridos hermanos y hermanas:

Este lugar bendito nos remite a los orígenes, a las fuentes de la obra de Dios, al nacimiento de nuestras religiones. Aquí, donde vivió nuestro padre Abrahán, nos parece que volvemos a casa. Él escuchó aquí la llamada de Dios, desde aquí partió para un viaje que iba a cambiar la historia. Nosotros somos el fruto de esa llamada y de ese viaje. Dios le pidió a Abrahán que mirara el cielo y contara las estrellas (cf. *Gen 15,5*). En esas estrellas vio la promesa de su descendencia, nos vio a nosotros. Y hoy nosotros, judíos, cristianos y musulmanes, junto con los hermanos y las hermanas de otras religiones, honramos al padre Abrahán del mismo modo que él: *miramos al cielo y caminamos en la tierra*.

1. *Miramos al cielo.* Contemplando el mismo cielo después de milenios, aparecen las mismas estrellas. Estas iluminan las noches más oscuras porque brillan *juntas*. El cielo nos da así un mensaje de unidad: el Altísimo que está por encima de nosotros nos invita a no separarnos nunca del hermano que está junto a nosotros. El *más allá* de Dios nos remite al *más acá* del hermano. Pero si queremos mantener la fraternidad, no podemos perder de vista el Cielo. Nosotros, descendencia de Abrahán y representantes de distintas religiones, sentimos que tenemos sobre todo la función de ayudar a nuestros hermanos y hermanas a elevar la mirada y la oración al Cielo. Todos lo necesitamos, porque no nos bastamos a nosotros mismos. El hombre no es omnipotente, por sí solo no puede hacer nada. Y si elimina a Dios, acaba adorando a las cosas mundanas. Pero los bienes del mundo, que hacen que muchos se olviden de Dios y de los demás, no son el motivo de nuestro viaje en la tierra. Alzamos los ojos al Cielo para elevarnos de la baja de la vanidad; servimos a Dios para salir de la esclavitud del yo, porque Dios nos impulsa a amar. La verdadera religiosidad es adorar a Dios y amar al prójimo. En el mundo de hoy, que a menudo olvida al Altísimo y propone una imagen suya distorsionada, los creyentes están llamados a testimoniar su bondad, a mostrar su paternidad mediante la fraternidad.

Desde este lugar que es fuente de fe, desde la tierra de nuestro padre Abrahán, afirmamos que *Dios es misericordioso* y que la ofensa más blasfema es profanar su nombre odiando al hermano. Hostilidad, extremismo y violencia no nacen de un espíritu religioso; son traiciones a la religión. Y nosotros creyentes no podemos callar cuando el terrorismo abusa de la religión. Es más, nos corresponde a nosotros resolver con claridad los malentendidos. No permitamos que la luz del Cielo se ofusque con las nubes del odio. Sobre este país se cernieron las nubes oscuras del terrorismo, de la guerra y de la violencia. Todas las comunidades étnicas y religiosas sufrieron. Quisiera recordar en particular a la comunidad yazidí, que ha llorado la muerte de muchos hombres y ha visto a miles de mujeres, jóvenes y niños raptados, vendidos como esclavos y sometidos a violencias físicas y a conversiones forzadas. Hoy rezamos por todos los que han padecido semejantes sufrimientos y por los que todavía se encuentran desaparecidos y secuestrados, para que pronto regresen a sus hogares. Y rezamos para que en todas partes se respete la libertad de conciencia y la libertad

religiosa; que son derechos fundamentales, porque hacen al hombre libre de contemplar el Cielo para el que ha sido creado.

El terrorismo, cuando invadió el norte de este querido país, destruyó de manera brutal parte de su maravilloso patrimonio religioso, incluyendo iglesias, monasterios y lugares de culto de diversas comunidades. Sin embargo, incluso en ese momento oscuro brillaron las estrellas. Pienso en los jóvenes voluntarios musulmanes de Mosul, que ayudaron a reconstruir iglesias y monasterios, construyendo amistades fraternas sobre los escombros del odio, y a cristianos y musulmanes que hoy restauran juntos mezquitas e iglesias. El profesor Ali Thajeel también nos ha contado sobre el regreso de peregrinos a esta ciudad. Es importante peregrinar hacia los lugares sagrados, es el signo más hermoso de la nostalgia del Cielo en la tierra. Por eso, amar y proteger los lugares sagrados es una necesidad existencial, recordando a nuestro padre Abrahán, que en diversos sitios levantó hacia el cielo altares al Señor (cf. *Gen 12,7.8; 13,18; 22,9*). Que el gran patriarca nos ayude a convertir los lugares sagrados de cada uno en oasis de paz y de encuentro para todos. Él, por su fidelidad a Dios, llegó a ser bendición para todas las familias de la tierra (cf. *Gen 12,3*). Que nuestra presencia aquí, siguiendo sus huellas, sea signo de bendición y esperanza para Irak, para Oriente Medio y para el mundo entero. El cielo no se ha cansado de la tierra, Dios ama a cada pueblo, a cada una de sus hijas y a cada uno de sus hijos. No nos cansemos nunca de *mirar al cielo*, de contemplar estas estrellas, las mismas que, en su época, miró nuestro padre Abrahán.

2. *Caminamos en la tierra*. Los ojos fijos en el cielo no distrajeran a Abrahán, sino que lo animaron a caminar en la tierra, a comenzar un viaje que, por medio de su descendencia, iba a alcanzar todos los siglos y latitudes. Pero todo comenzó aquí, a partir del momento en que el Señor «lo hizo salir de Ur» (cf. *Gen 15,7*). El suyo fue, por tanto, *un camino en salida* que comportó sacrificios; tuvo que dejar tierra, casa y parientes. Pero, renunciando a su familia, se convirtió en padre de una familia de pueblos. También a nosotros nos sucede algo parecido. En el camino, estamos llamados a dejar esos vínculos y apegos que, encerrándonos en nuestros grupos, nos impiden que acojamos el amor infinito de Dios y que veamos hermanos en los demás. Sí, necesitamos salir de nosotros mismos, porque *nos necesitamos unos a otros*. La pandemia nos ha hecho comprender que «nadie se salva solo» (Carta en «el «sálvese quien

pueda» se traducirá rápidamente en el «todos contra todos», y eso será peor que una pandemia» (*ibíd.*, 36). En las tempestades que estamos atravesando no nos salvará el aislamiento, no nos salvará la carrera para reforzar los armamentos y para construir muros, al contrario, nos hará cada vez más distantes e irritados. No nos salvará la idolatría del dinero, que encierra a la gente en sí misma y provoca abismos de desigualdad que hundan a la humanidad. No nos salvará el consumismo, que anestesia la mente y paraliza el corazón.

El camino que el Cielo indica a nuestro recorrido es otro, es *el camino de la paz*. Este requiere, sobre todo en la tempestad, que rememos juntos en la misma dirección. No es digno que, mientras todos estamos sufriendo por la crisis pandémica, y especialmente aquí donde los conflictos han causado tanta miseria, alguno piense ávidamente en su beneficio personal. No habrá paz sin compartir y acoger, sin una justicia que asegure equidad y promoción para todos, comenzando por los más débiles. No habrá paz sin pueblos que tiendan la mano a otros pueblos. No habrá paz mientras los demás sean *ellos* y no parte de un *nosotros*. No habrá paz mientras las alianzas sean contra alguno, porque las alianzas de unos contra otros sólo aumentan las divisiones. La paz no exige vencedores ni vencidos, sino hermanos y hermanas que, a pesar de las incomprendiones y las heridas del pasado, se encaminan del conflicto a la unidad. Pidámoslo en la oración para todo Oriente Medio, pienso en particular en la vecina y martirizada Siria.

El patriarca Abrahán, que hoy nos congrega en la unidad, fue profeta del Altísimo. Una profecía antigua dice que los pueblos «de las espadas forjarán arados, de las lanzas, podaderas» (*Is 2,4*). Esta profecía no se ha cumplido, al contrario, espadas y lanzas se han convertido en misiles y bombas. ¿Dónde puede comenzar el camino de la paz? En la renuncia a tener enemigos. Quien tiene la valentía de mirar a las estrellas, quien cree en Dios, no tiene enemigos que combatir. Sólo tiene un enemigo que afrontar, que está llamando a la puerta del corazón para entrar: es *la enemistad*. Mientras algunos buscan más tener enemigos que ser amigos, mientras tantos buscan el propio beneficio en detrimento de los demás, el que mira las estrellas de las promesas, el que sigue los caminos de Dios no puede estar *en contra* de nadie, sino *en favor* de todos. No puede justificar ninguna forma de imposición, opresión o prevaricación, no puede actuar de manera agresiva.

Queridos amigos, ¿todo esto es posible? El padre Abrahán, que supo

esperar contra toda esperanza (cf. *Rm 4,18*), nos anima. En la historia, hemos perseguido con frecuencia metas demasiado terrenas y hemos caminado cada uno por cuenta propia, pero con la ayuda de Dios podemos cambiar para mejor. Depende de nosotros, humanidad de hoy, y sobre todo de nosotros, creyentes de cada religión, transformar los instrumentos de odio en instrumentos de paz. Nos toca a nosotros exhortar con fuerza a los responsables de las naciones para que la creciente proliferación de armas ceda el paso a la distribución de alimentos para todos. Nos corresponde a nosotros acallar los reproches mutuos para dar voz al grito de los oprimidos y de los descartados del planeta; demasiados carecen de pan, medicinas, educación, derechos y dignidad. De nosotros depende que salgan a la luz las turbias maniobras que giran alrededor del dinero y pedir con fuerza que este no sirva siempre y sólo para alimentar las ambiciones sin freno de unos pocos. A nosotros nos corresponde proteger la casa común de nuestras intenciones depredadoras. Nos toca a nosotros recordarle al mundo que la vida humana vale por lo que es y no por lo que tiene, y que la vida de los niños por nacer, ancianos, migrantes, hombres y mujeres de todo color y nacionalidad siempre son sagradas y cuentan como las de todos los demás. Nos corresponde a nosotros tener la valentía de *levantar los ojos y mirar a las estrellas*, las estrellas que vio nuestro padre Abrahán, las estrellas de la promesa.

El camino de Abrahán fue una bendición de paz. Sin embargo, no fue fácil, tuvo que afrontar luchas e imprevistos. También nosotros estamos ante un camino escarpado, pero necesitamos, como el gran patriarca, dar *pasos concretos*, peregrinar para descubrir el rostro del otro, compartir recuerdos, miradas y silencios, historias y experiencias. Me impactó el testimonio de Dawood y Hasan, un cristiano y un musulmán que, sin dejarse desalentar por las diferencias, estudiaron y trabajaron juntos. Juntos construyeron el futuro y se descubrieron hermanos. También nosotros, para seguir adelante, necesitamos hacer juntos algo bueno y concreto. Este es el camino, sobre todo para los jóvenes, que no pueden ver sus sueños destruidos por los conflictos del pasado. Es urgente educarlos en la fraternidad, educarlos para que miren a las estrellas. Es una auténtica emergencia; será la vacuna más eficaz para un futuro de paz. ¡Porque son ustedes, queridos jóvenes, nuestro presente y nuestro futuro!

Las heridas del pasado sólo se pueden sanar con los demás. La señora Rafah nos contó el ejemplo heroico de Najy, de la comunidad sabea

mandea, que perdió la vida intentando salvar a la familia de su vecino musulmán. ¡Cuántas personas aquí, en el silencio y la indiferencia del mundo, han emprendido caminos de fraternidad! Rafah nos relató también los sufrimientos indescriptibles de la guerra, que ha obligado a muchos a abandonar casa y patria en busca de un futuro para sus hijos. Gracias, Rafah, por haber compartido con nosotros la voluntad firme de permanecer aquí, en la tierra de tus padres. Que quienes no lo lograron y tuvieron que huir encuentren una acogida benévola, digna de personas vulnerables y heridas.

Fue precisamente a través de la hospitalidad, rasgo distintivo de estas tierras, que Abrahán recibió la visita de Dios y el don, que ya no esperaba, de un hijo (cf. *Gen 18,1-10*). Nosotros, hermanos y hermanas de distintas religiones, aquí nos hemos encontrado en casa y desde aquí, juntos, queremos comprometernos para que se realice el sueño de Dios: que la familia humana sea hospitalaria y acogedora con todos sus hijos y que, mirando el mismo cielo, camine en paz en la misma tierra.

ORACIÓN DE LOS HIJOS DE ABRAHÁN

Dios omnipotente, Creador nuestro que amas a la familia humana y a todo lo que han hecho tus manos, nosotros, los hijos e hijas de Abrahán pertenecientes al judaísmo, al cristianismo y al islam, junto a los otros creyentes y a todas las personas de buena voluntad, te agradecemos por habernos dado como padre común en la fe a Abrahán, hijo insigne de esta noble y amada tierra.

Te damos gracias por su ejemplo de hombre de fe que te obedeció hasta el fin, dejando su familia, su tribu y su patria para ir hacia una tierra que no conocía.

También te agradecemos por el ejemplo de valentía, resiliencia y fortaleza, de generosidad y hospitalidad que nuestro padre común en la fe nos ha dado.

Te damos gracias, en particular, por su fe heroica, demostrada por la disponibilidad para sacrificar a su hijo por obedecer tu mandato. Sabemos que era una prueba muy difícil, de la que, no obstante, salió vencedor, porque sin condiciones confió en Ti, que eres misericordioso y abres siempre nuevas posibilidades para volver a empezar.

Te agradecemos porque, bendiciendo a nuestro padre Abrahán, lo has hecho una bendición para todos los pueblos.

Te pedimos, Dios de nuestro padre Abrahán y Dios nuestro, que nos concedas una fe fuerte, diligente en el bien, una fe que abra nuestros corazones a Ti y a todos nuestros hermanos y hermanas; y una esperanza invencible, capaz de percibir en todas partes la fidelidad de tus promesas.

Haz de cada uno de nosotros un testigo de tu cuidado amoroso hacia todos, en particular hacia los refugiados y los desplazados, las viudas y los huérfanos, los pobres y los enfermos.

Abre nuestros corazones al perdón recíproco y haznos instrumentos de reconciliación, constructores de una sociedad más justa y fraterna.

Acoge en tu morada de paz y de luz a todos los difuntos, en particular a las víctimas de la violencia y de las guerras.

Asiste a las autoridades civiles en la búsqueda y el rescate de las personas secuestradas, y en la particular protección de las mujeres y los niños.

Ayúdanos a cuidar el planeta, la casa común que, en tu bondad y generosidad, nos has dado a todos nosotros.

Sostiene nuestras manos en la reconstrucción de este país, y concédenos la fuerza necesaria para ayudar a cuantos han tenido que dejar sus casas y sus tierras con vistas a alcanzar seguridad y dignidad, y a comenzar una vida nueva, serena y próspera. Amén.

Holilía del Santo Padre en la Santa Misa en Bagdad

*Catedral caldea de San José de Bagdad
Sábado, 6 de marzo de 2021*

La Palabra de Dios nos habla hoy de *sabiduría, testimonio y promesas*.

La *sabiduría* ha sido cultivada en estas tierras desde la antigüedad. Su búsqueda ha fascinado al hombre desde siempre; sin embargo, a menudo quien posee más medios puede adquirir más conocimientos y tener más oportunidades, mientras que el que tiene menos queda relegado. Se trata de una desigualdad inaceptable, que hoy se ha ampliado. Pero el Libro de la Sabiduría nos sorprende cambiando la perspectiva. Dice que «el que es pequeño será perdonado por misericordia, pero los poderosos serán examinados con rigor» (*Sb 6,6*). Para el mundo, quien posee poco es descartado y quien tiene más es privilegiado. Pero para Dios, no; quien tiene más poder es sometido a un examen riguroso, mientras que

los últimos son los privilegiados de Dios.

Jesús, la Sabiduría en persona, completa este vuelco en el Evangelio, no en cualquier momento, sino al principio del primer discurso, con las Bienaventuranzas. El cambio es total. Los pobres, los que lloran, los perseguidos son llamados bienaventurados. ¿Cómo es posible? Bienaventurados, para el mundo, son los ricos, los poderosos, los famosos. Vale quien tiene, quien puede y quien cuenta. Pero no para Dios. Para Él no es más grande el que tiene más, sino el que es pobre de espíritu; no el que domina a los demás, sino el que es manso con todos; no el que es aclamado por las multitudes, sino el que es misericordioso con su hermano. A este punto nos puede venir la duda: Si vivo como pide Jesús, ¿qué gano? ¿No corro el riesgo de que los demás me pisoteen? ¿Vale la pena la propuesta de Jesús? ¿O es un perdedor? No es perdedor sino sabio.

La propuesta de Jesús es sabia porque el amor, que es el corazón de las bienaventuranzas, aunque parezca débil a los ojos del mundo, en realidad vence. En la cruz demostró ser más fuerte que el pecado, en el sepulcro venció a la muerte. Es el mismo amor que hizo que los mártires salieran victoriosos de las pruebas, ¡y cuántos hubo en el último siglo, más que en los anteriores! El amor es nuestra fuerza, la fuerza de tantos hermanos y hermanas que aquí también han sufrido prejuicios y ofensas, maltratos y persecuciones por el nombre de Jesús. Pero mientras el poder, la gloria y la vanidad del mundo pasan, el amor permanece, como nos dijo el apóstol Pablo, «no pasa nunca» (1 Co 13,8). Vivir las bienaventuranzas, pues, es hacer eterno lo que pasa. Es traer el cielo a la tierra.

Pero, ¿cómo practicamos las bienaventuranzas? Estas no nos piden que hagamos cosas extraordinarias, que realicemos acciones que están por encima de nuestras capacidades. Nos piden un *testimonio* cotidiano. Bienaventurado es el que vive con mansedumbre, el que practica la misericordia allí donde se encuentra, el que mantiene puro su corazón allí donde vive. Para convertirse en bienaventurado no es necesario ser un héroe de vez en cuando, sino un *testigo* todos los días. El testimonio es el camino para encarnar la sabiduría de Jesús. Así es como se cambia el mundo, no con el poder o con la fuerza, sino con las bienaventuranzas. Porque así lo hizo Jesús, viviendo hasta el final lo que había dicho al principio. Se trata de dar testimonio del amor de Jesús, aquella misma caridad que san Pablo describe de manera tan hermosa en la segunda

lectura de hoy. Veamos cómo la presenta.

Primero dice que la caridad «es magnánima» (v. 4). No nos esperábamos este adjetivo. El amor parece sinónimo de bondad, de generosidad, de buenas obras, pero Pablo dice que la caridad es ante todo *magnánima*. Es una palabra que, en la Biblia, habla de *la paciencia de Dios*. A lo largo de la historia el hombre ha seguido traicionando la alianza con Él, cayendo en los pecados de siempre y el Señor, en lugar de cansarse y marcharse, siempre ha permanecido fiel, ha perdonado, ha comenzado de nuevo. La paciencia para comenzar de nuevo es la primera característica del amor, porque el amor no se indigna, sino que siempre vuelve a empezar. No se entristece, sino que da nuevas fuerzas; no se desanima, sino que sigue siendo creativo. Ante el mal no se rinde, no se resigna. Quien ama no se encierra en sí mismo cuando las cosas van mal, sino que responde al mal con el bien, recordando la sabiduría victoriosa de la cruz. El testigo de Dios actúa así, no es pasivo, ni fatalista, no vive a merced de las circunstancias, del instinto y del momento, sino que está siempre esperanzado, porque está cimentado en el amor que «siempre disculpa y confía, siempre espera y soporta» (v. 7).

Podemos preguntarnos: ¿Y yo cómo reacciono ante las situaciones que no van bien? Ante la adversidad hay siempre dos tentaciones. La primera es la huida. Escapar, dar la espalda, no querer saber más. La segunda es reaccionar con rabia, con la fuerza. Es lo que les ocurrió a los discípulos en Getsemaní; en su desconcierto, muchos huyeron y Pedro tomó la espada. Pero ni la huida ni la espada resolvieron nada. Jesús, en cambio, cambió la historia. ¿Cómo? Con la humilde fuerza del amor, con su testimonio paciente. Esto es lo que estamos llamados a hacer; es así como Dios cumple sus promesas.

Promesas. La sabiduría de Jesús, que se encarna en las bienaventuranzas, exige el testimonio y ofrece la recompensa, contenida en las promesas divinas. De hecho, vemos que a cada bienaventuranza sigue una promesa. Quien la vive poseerá el reino de los cielos, será consolado, será saciado, verá a Dios (cf. Mt 5,3-12). Las promesas de Dios garantizan una alegría sin igual y no defraudan. Pero, ¿cómo se cumplen? *A través de nuestras debilidades.* Dios hace bienaventurados a los que recorren el camino de su pobreza interior hasta el final. Este es el camino, no hay otro. Fijémonos en el patriarca Abraham. Dios le promete una gran descendencia, pero él y Sara son ancianos y no tienen hijos. Y es precisamente en su vejez paciente y confiada cuando Dios obra maravillas y

les da un hijo. Veamos a Moisés. Dios le promete que liberará al pueblo de la esclavitud y por eso le pide que hable con el faraón. Moisés le dice que no es capaz de hablar, porque es tartamudo; sin embargo, Dios cumplirá la promesa a través de sus palabras. Fijémonos en la Virgen que, según lo establecido en la ley, no puede tener hijos, y es llamada a ser madre. Y veamos a Pedro, que niega al Señor, y Jesús lo llama para que confirme a sus hermanos. Queridos hermanos y hermanas, a veces podemos sentirnos incapaces, inútiles. Pero no hagamos caso, porque Dios quiere hacer maravillas precisamente a través de nuestras debilidades.

A Él le encanta comportarse así, y esta tarde, ocho veces nos ha dicho *ṭūb>ā* [bienaventurados], para hacernos entender que con Él lo somos realmente. Claro, pasamos por pruebas, caemos a menudo, pero no debemos olvidar que, con Jesús, somos bienaventurados. Todo lo que el mundo nos quita no es nada comparado con el amor tierno y paciente con que el Señor cumple sus promesas. Querida hermana, querido hermano: Tal vez miras tus manos y te parecen vacías, quizás la desconfianza se insinúa en tu corazón y no te sientes recompensado por la vida. Si te sientes así, no temas; las bienaventuranzas son para ti, para ti que estás afligido, hambriento y sediento de justicia, perseguido. El Señor te promete que tu nombre está escrito en su corazón, en el cielo. Y hoy le doy gracias con ustedes y por ustedes, porque aquí, donde en tiempos remotos surgió la *sabiduría*, en los tiempos actuales han aparecido muchos *testigos*, que las crónicas a menudo pasan por alto, y que sin embargo son preciosos a los ojos de Dios; testigos que, viviendo las bienaventuranzas, ayudan a Dios a cumplir sus promesas de paz.

Oración de sufragio por las víctimas de la guerra

*En Hosh al-Bieaa (Plaza de la Iglesia) de Mosul
Domingo, 7 de marzo de 2021*

Saludo antes de la oración
Palabras introductorias del Santo Padre
Oración

SALUDO ANTES DE LA ORACIÓN

Queridos hermanos y hermanas,
queridos amigos:

Agradezco al arzobispo Najeeb Michael sus palabras de bienvenida y agradezco especialmente al padre Raid Kallo y al señor Gutayba Aagha sus conmovedores testimonios.

Muchas gracias, padre Raid. Usted nos ha contado acerca del desplazamiento forzoso de muchas familias cristianas que tuvieron que abandonar sus casas. La trágica disminución de los discípulos de Cristo, aquí y en todo Oriente Medio, es un daño incalculable no sólo para las personas y las comunidades afectadas, sino para la misma sociedad que dejan atrás. En efecto, un tejido cultural y religioso tan rico de diversidad se debilita con la pérdida de alguno de sus miembros, aunque sea pequeño. Como en una de vuestras artísticas alfombras, un pequeño hilo salido puede estropearlo todo. Usted, Padre, habló de la experiencia fraterna que vive con los musulmanes, después de haber regresado a Mosul. Usted encontró acogida, respeto y colaboración. Gracias, Padre, por haber compartido estos signos que el Espíritu hace florecer en el desierto y por habernos indicado que es posible esperar en la reconciliación y en una nueva vida.

Señor Aagha, usted nos recordó que la verdadera identidad de esta ciudad es la convivencia armoniosa entre personas de orígenes y culturas diversas. Por eso, acoyo con agrado su invitación a la comunidad cristiana a regresar a Mosul y a asumir el papel vital que le es propio en el proceso de sanación y renovación.

Hoy, todos elevamos nuestras voces en oración a Dios omnipotente por todas las víctimas de la guerra y de los conflictos armados. Aquí en Mosul las trágicas consecuencias de la guerra y de la hostilidad son demasiado evidentes. Es cruel que este país, cuna de la civilización, haya sido golpeado por una tempestad tan deshumana, con antiguos lugares de culto destruidos y miles y miles de personas—musulmanes, cristianos, los yazidíes, que han sido aniquilados cruelmente por el terrorismo, y otros— desalojadas por la fuerza o asesinadas.

Hoy, a pesar de todo, reafirmamos nuestra convicción de que la fraternidad es más fuerte que el fratricidio, la esperanza es más fuerte que la muerte, la paz es más fuerte que la guerra. Esta convicción habla con voz más elocuente que la voz del odio y de la violencia; y nunca podrá

ser acallada en la sangre derramada por quienes profanan el nombre de Dios recorriendo caminos de destrucción.

PALABRAS INTRODUCTORIAS DEL SANTO PADRE

Antes de rezar por todas las víctimas de la guerra en esta ciudad de Mosul, en Irak y en todo el Oriente Medio, quisiera compartir con ustedes estos pensamientos:

Si Dios es el Dios de la vida -y lo es- a nosotros no nos es lícito matar a los hermanos en su nombre.

Si Dios es el Dios de la paz -y lo es- a nosotros no nos es lícito hacer la guerra en su nombre.

Si Dios es el Dios del amor -y lo es- a nosotros no nos es lícito odiar a los hermanos.

Ahora recemos juntos por todas las víctimas de la guerra, para que Dios omnipotente les conceda la vida eterna y la paz sin fin, y los acoja con su abrazo amoroso. Y recemos también por todos nosotros, para que, más allá de las creencias religiosas, podamos vivir en armonía y en paz, conscientes de que a los ojos de Dios todos somos hermanos y hermanas.

ORACIÓN

Dios altísimo, Señor del tiempo y de la historia, tú has creado el mundo por amor y no dejas nunca de derramar tus bendiciones sobre tus criaturas. Tú, más allá del océano del sufrimiento y de la muerte, más allá de las tentaciones de la violencia, de la injusticia y de la ganancia inícuca, acompañas a tus hijos y a tus hijas con tierno amor de Padre.

Pero nosotros hombres, desagradecidos de tus dones y absortos en nuestras preocupaciones y ambiciones demasiado terrenas, a menudo hemos olvidado tus designios de paz y de armonía. Nos hemos cerrado en nosotros mismos y en nuestros intereses particulares, e indiferentes a Ti y a los demás, hemos atrancado las puertas a la paz. Así se repitió lo que el profeta Jonás oyó decir de Nínive: la maldad de los hombres subió hasta el cielo (cf. *Jon* 1,2). No elevamos al cielo manos limpias (cf. *1 Tm* 2,8), sino que desde la tierra subió una vez más el grito de sangre inocente (cf. *Gn* 4,10). Los habitantes de Nínive, en el relato de Jonás, escucharon la voz de tu profeta y encontraron salvación en la conversión. También nosotros, Señor, mientras te confiamos a las numerosas víctimas del odio del hombre contra el hombre, invocamos tu perdón y suplicamos la gracia de la conversión:

Kyrie eleison. Kyrie eleison. Kyrie eleison.

[breve silencio]

Señor Dios nuestro, en esta ciudad dos símbolos dan testimonio del deseo constante de la humanidad de acercarse a Ti: la mezquita Al Nuri con su alminar Al Hadba y la iglesia de Nuestra Señora de la Hora, con un reloj que desde hace más de cien años recuerda a los transeúntes que la vida es breve y el tiempo precioso. Enséñanos a comprender que Tú nos has confiado tu designio de amor, de paz y de reconciliación para que lo llevemos a cabo en el tiempo, en el breve desarrollo de nuestra vida terrena. Haznos comprender que sólo poniéndolo en práctica sin demoras esta ciudad y este país se podrán reconstruir, y se lograría sanar los corazones destrozados de dolor. Ayúdanos a no emplear el tiempo al servicio de nuestros intereses egoístas, personales o de grupo, sino al servicio de tu designio de amor. Y cuando nos desviemos del camino, haz que podamos escuchar las voces de los verdaderos hombres de Dios y recapacitar durante un tiempo, para que la destrucción y la muerte no nos arruinen de nuevo.

Te confiamos a aquellos cuya vida terrena se ha visto abreviada por la mano violenta de sus hermanos, y te suplicamos también por los que han lastimado a sus hermanos y a sus hermanas; que se arrepientan, alcanzados por la fuerza de tu misericordia.

Requiem æternam dona eis, Domine, et lux perpetua luceat eis.

Requiescant in pace. Amen.

Discurso del Santo Padre en la Visita a la comunidad de Qaraqosh

*Iglesia de la Inmaculada Concepción de Qaraqosh
Domingo, 7 de marzo de 2021*

Queridos hermanos y hermanas, buenos días.

Agradezco al Señor la oportunidad de estar con ustedes esta mañana. He esperado con impaciencia este momento. Agradezco a Su Beatitud el Patriarca Ignace Youssif Younan su saludo, como también a la señora Doha Sabah Abdallah y al padre Ammar Yako por sus testimonios. Mirándolos, veo la diversidad cultural y religiosa de la gente de Qaraqosh, y esto muestra parte de la belleza que vuestra región ofrece al futuro.

Vuestra presencia aquí recuerda que la belleza no es monocromática, sino que resplandece por la variedad y las diferencias.

Al mismo tiempo, con mucha tristeza, miramos a nuestro alrededor y percibimos otros signos, los signos del poder destructivo de la violencia, del odio y de la guerra. Cuántas cosas han sido destruidas. Y cuánto debe ser reconstruido. Nuestro encuentro demuestra que el terrorismo y la muerte nunca tienen la última palabra. La última palabra pertenece a Dios y a su Hijo, vencedor del pecado y de la muerte. Incluso ante la devastación que causa el terrorismo y la guerra podemos ver, con los ojos de la fe, el triunfo de la vida sobre la muerte. Tienen ante ustedes el ejemplo de sus padres y de sus madres en la fe, que adoraron y alabaron a Dios en este lugar. Perseveraron con firme esperanza en su camino terreno, confiando en Dios que nunca defrauda y que siempre nos sostiene con su gracia. La gran herencia espiritual que nos han dejado continúa viviendo en ustedes. Abracen esta herencia. Esta herencia es su fortaleza. Ahora es el momento de reconstruir y volver a empezar, encomendándose a la gracia de Dios, que guía el destino de cada hombre y de todos los pueblos. ¡No están solos! Toda la Iglesia está con ustedes, por medio de la oración y la caridad concreta. Y en esta región muchos les han abierto las puertas en los momentos de necesidad.

Muy queridos: Este es el momento de reconstruir no sólo los edificios, sino ante todo los vínculos que unen comunidades y familias, jóvenes y ancianos. El profeta Joel dice: «Sus hijos e hijas profetizarán; sus ancianos tendrán sueños, y sus jóvenes, visiones» (cf. *Jl* 3,1). Cuando los ancianos y los jóvenes se encuentran, ¿qué es lo que sucede? Los ancianos sueñan, sueñan un futuro para los jóvenes; y los jóvenes pueden recoger estos sueños y profetizar, llevarlos a cabo. Cuando los ancianos y los jóvenes se unen, preservamos y transmitimos los dones que Dios da. Miremos a nuestros hijos, sabiendo que heredarán no sólo una tierra, una cultura y una tradición, sino también los frutos vivos de la fe que son las bendiciones de Dios sobre esta tierra. Los animo a no olvidar quiénes son y de dónde vienen, a custodiar los vínculos que los mantienen unidos y a custodiar sus raíces.

Seguramente hay momentos en los que la fe puede vacilar, cuando parece que Dios no ve y no actúa. Esto se confirmó para ustedes durante los días más oscuros de la guerra, y también en estos días de crisis sanitaria global y de gran inseguridad. En estos momentos, acuérdense de que Jesús está a su lado. No dejen de soñar. No se rindan, no pierdan la

esperanza. Desde el cielo los santos velan sobre nosotros: invoquémoslos y no nos cansemos de pedir su intercesión. Y están también «los santos de la puerta de al lado», «aquellos que viven cerca de nosotros y son un reflejo de la presencia de Dios» (Exhort. ap. *Gaudete et exsultate*, 7). Esta tierra está llena de ellos, es una tierra de muchos hombres y mujeres santos. Dejen que los acompañen hacia un futuro mejor, un futuro de esperanza.

Algo que dijo la señora Doha me conmovió; dijo que el perdón es necesario para aquellos que sobrevivieron a los ataques terroristas. Perdón: esta es una palabra clave. El perdón es necesario para permanecer en el amor, para permanecer cristianos. El camino hacia una recuperación total podría ser todavía largo pero les pido, por favor, que no se desanimen. Se necesita capacidad de perdonar y, al mismo tiempo, valentía para luchar. Sé que esto es muy difícil. Pero creemos que Dios puede traer la paz a esta tierra. Nosotros confiamos en Él y, junto con todas las personas de buena voluntad, decimos «no» al terrorismo y a la instrumentalización de la religión.

El padre Ammar, recordando los horrores del terrorismo y de la guerra, agradeció al Señor que siempre los haya sostenido, en los tiempos buenos y en los malos, en la salud y en la enfermedad. La gratitud nace y crece cuando recordamos los dones y las promesas de Dios. La memoria del pasado forja el presente y nos hace avanzar hacia el futuro.

En todo momento, demos gracias a Dios por sus dones y pidámosle que conceda paz, perdón y fraternidad a esta tierra y a su gente. No nos cansemos de rezar por la conversión de los corazones y por el triunfo de una cultura de la vida, de la reconciliación y del amor fraterno, que respete las diferencias, las distintas tradiciones religiosas, y que se esfuerce por construir un futuro de unidad y colaboración entre todas las personas de buena voluntad. Un amor fraterno que reconozca «los valores fundamentales de nuestra humanidad común, los valores en virtud de los que podemos y debemos colaborar, construir y dialogar, perdonar y crecer» (Carta enc. *Fratelli tutti*, 283).

Mientras llegaba con el helicóptero, miré la estatua de la Virgen María colocada sobre esta iglesia de la Inmaculada Concepción, y le confié el renacer de esta ciudad. La Virgen no sólo nos protege desde lo alto, sino que desciende hacia nosotros con ternura maternal. Esta imagen suya incluso ha sido dañada y pisoteada, pero el rostro de la Madre de Dios sigue mirándonos con ternura. Porque así hacen las madres: consuelan,

reconfortan, dan vida. Y quisiera agradecer de corazón a todas las madres y las mujeres de este país, mujeres valientes que siguen dando vida, a pesar de los abusos y las heridas. ¡Que las mujeres sean respetadas y defendidas! ¡Que se les brinden cuidados y oportunidades! Y ahora recemos juntos a nuestra Madre, invocando su intercesión por vuestras necesidades y vuestros proyectos. Los pongo a todos bajo su protección. Y les pido, por favor, que no se olviden de rezar por mí.

Holilía del Santo Padre en la Santa Misa en Erbil

*Estadio Franso Hariri de Erbil
Domingo, 7 de marzo de 2021*

San Pablo nos ha recordado que «Cristo es fuerza de Dios y sabiduría de Dios» (1 Co 1,24). Jesús reveló esta fuerza y esta sabiduría sobre todo con la misericordia y el perdón. No quiso hacerlo con demostraciones de fuerza o imponiendo su voz desde lo alto, ni con largos discursos o exhibiciones de una ciencia incomparable. Lo hizo dando su vida en la cruz. Reveló la sabiduría y la fuerza divina mostrándonos, hasta el final, la fidelidad del amor del Padre; la fidelidad del Dios de la Alianza, que hizo salir a su pueblo de la esclavitud y lo guio por el camino de la libertad (cf. Ex 20,1-2).

Qué fácil es caer en la trampa de pensar que debemos demostrar a los demás que somos fuertes, que somos sabios... En la trampa de fabricarnos falsas imágenes de Dios que nos den seguridad... (cf. Ex 20,4-5). En realidad, es lo contrario, todos necesitamos la fuerza y la sabiduría de Dios revelada por Jesús en la cruz. En el Calvario, Él ofreció al Padre las heridas por las cuales nosotros hemos sido curados (cf. 1 P 2,24). Aquí en Irak, cuántos de vuestros hermanos y hermanas, amigos y conciudadanos llevan las heridas de la guerra y de la violencia, heridas visibles e invisibles. La tentación es responder a estos y a otros hechos dolorosos con una fuerza humana, con una sabiduría humana. En cambio, Jesús nos muestra el camino de Dios, el que Él recorrió y en el que nos llama a seguirlo.

En el Evangelio que acabamos de escuchar (Jn 2,13-25), vemos que Jesús echó del Templo de Jerusalén a los cambistas y a todos aquellos que compraban y vendían. ¿Por qué Jesús hizo ese gesto tan fuerte, tan

provocador? Lo hizo porque el Padre lo mandó a purificar el templo, no sólo el templo de piedra, sino sobre todo el de nuestro corazón. Como Jesús no toleró que la casa de su Padre se convirtiera en un mercado (cf. *Jn 2,16*), del mismo modo desea que nuestro corazón no sea un lugar de agitación, desorden y confusión. El corazón se limpia, se ordena, se purifica. ¿De qué? De las falsedades que lo ensucian, de la doblez de la hipocresía; todos las tenemos. Son enfermedades que lastiman el corazón, que enturbian la vida, la hacen doble. Necesitamos ser limpiados de nuestras falsas seguridades, que regatean la fe en Dios con cosas que pasan, con las conveniencias del momento. Necesitamos eliminar de nuestro corazón y de la Iglesia las nefastas sugerencias del poder y del dinero. Para limpiar el corazón necesitamos ensuciarnos las manos, sentirnos responsables y no quedarnos de brazos cruzados mientras el hermano y la hermana sufren. Pero, ¿cómo purificar el corazón? Solos no somos capaces, necesitamos a Jesús. Él tiene el poder de vencer nuestros males, de curar nuestras enfermedades, de restaurar el templo de nuestro corazón.

Para confirmar esto, como signo de su autoridad dice: «Destruyan este Templo y en tres días lo levantaré de nuevo» (v. 19). Jesucristo, sólo Él, puede purificarnos de las obras del mal, Él que murió y resucitó, Él que es el Señor. Queridos hermanos y hermanas: Dios no nos deja morir en nuestro pecado. Incluso cuando le damos la espalda, no nos abandona a nuestra propia suerte. Nos busca, nos sigue, para llamarnos al arrepentimiento y para purificarnos. «Juro por mi vida -oráculo del Señor Dios- que no me complazco en la muerte del malvado, sino en que se convierta de su mala conducta y viva» (33,11). El Señor quiere que nos salvemos y que seamos templos vivos de su amor, en la fraternidad, en el servicio y en la misericordia.

Jesús no sólo nos purifica de nuestros pecados, sino que nos hace partícipes de su misma fuerza y sabiduría. Nos libera de un modo de entender la fe, la familia, la comunidad que divide, que contrapone, que excluye, para que podamos construir una Iglesia y una sociedad abiertas a todos y solícitas hacia nuestros hermanos y hermanas más necesitados. Y al mismo tiempo nos fortalece, para que sepamos resistir a la tentación de buscar venganza, que nos hunde en una espiral de represalias sin fin. Con la fuerza del Espíritu Santo nos envía, no a hacer proselitismo, sino como sus discípulos misioneros, hombres y mujeres llamados a testimoniar que el Evangelio tiene el poder de cambiar la

vida. El Resucitado nos hace instrumentos de la paz de Dios y de su misericordia, artesanos pacientes y valientes de un nuevo orden social. Así, por la potencia de Cristo y de su Espíritu, sucede lo que profetizó el apóstol Pablo a los Corintios: «Lo que parece locura en Dios es más sabio que todo lo humano, y lo que parece debilidad en Dios es más fuerte que todo lo humano» (1 Co 1,25). Comunidades cristianas formadas por gente humilde y sencilla se convierten en signo del Reino que llega, Reino de amor, de justicia y de paz.

«Destruyan este Templo y en tres días lo levantaré de nuevo» (Jn 2,19). Hablaba del templo de su cuerpo y, por tanto, también de su Iglesia. El Señor nos promete que, con la fuerza de su Resurrección, puede hacernos resurgir a nosotros y a nuestras comunidades de los destrozos provocados por la injusticia, la división y el odio. Es la promesa que celebramos en esta Eucaristía. Con los ojos de la fe, reconocemos la presencia del Señor crucificado y resucitado en medio de nosotros, aprendemos a acoger su sabiduría liberadora, a descansar en sus llagas y a encontrar sanación y fuerza para servir a su Reino que viene a nuestro mundo. Por sus llagas hemos sido curados (cf. 1 P 2,24); en sus heridas, queridos hermanos y hermanas, encontramos el bálsamo de su amor misericordioso; porque Él, Buen Samaritano de la humanidad, desea ungir cada herida, curar cada recuerdo doloroso e inspirar un futuro de paz y de fraternidad en esta tierra.

La Iglesia en Irak, con la gracia de Dios, hizo y está haciendo mucho por anunciar esta maravillosa sabiduría de la cruz propagando la misericordia y el perdón de Cristo, especialmente a los más necesitados. También en medio de una gran pobreza y dificultad, muchos de ustedes han ofrecido generosamente una ayuda concreta y solidaridad a los pobres y a los que sufren. Este es uno de los motivos que me han impulsado a venir como peregrino entre ustedes, a agradecerles y confirmarlos en la fe y en el testimonio. Hoy, puedo ver y sentir que la Iglesia de Irak está viva, que Cristo vive y actúa en este pueblo suyo, santo y fiel.

Queridos hermanos y hermanas: Los encomiendo a ustedes, a sus familias y a sus comunidades, a la materna protección de la Virgen María, que fue asociada a la pasión y a la muerte de su Hijo y participó en la alegría de su resurrección. Que Ella interceda por nosotros y nos lleve a Él, *fuerza y sabiduría de Dios*.

Saludo al final de la Santa Misa

Saludo con afecto a Su Santidad Mar Gewargis III, Catholicós-Patriarca de la Iglesia Asiria de Oriente, que reside en esta ciudad y que nos honra con su presencia. Gracias, gracias, querido hermano. Junto a él abrazo a los cristianos de las distintas confesiones, muchos de los cuales aquí han derramado su sangre sobre el mismo suelo. Pero nuestros mártires resplandecen juntos, estrellas en el mismo cielo. Desde allí arriba nos piden caminar juntos, sin vacilar, hacia la plenitud de la unidad.

Al final de esta Celebración, agradezco al arzobispo Mons. Bashar Matti Warda, como también a Mons. Nizar Semaan y mis otros hermanos obispos, que han trabajado tanto por este viaje. Les agradezco a todos ustedes que lo han preparado y acompañado con la oración y me han acogido con afecto. Saludo en particular al querido pueblo kurdo. Expreso mi profunda gratitud al Gobierno y a las autoridades civiles por su indispensable contribución; agradezco a todos los que, de diversas maneras, han colaborado en la organización de todo el viaje, las autoridades iraquíes —todas— y a los numerosos voluntarios. Gracias a todos.

En estos días vividos junto a ustedes, he escuchado voces de dolor y de angustia, pero también voces de esperanza y de consuelo. Y esto es mérito, en gran medida, de esa incansable obra de bien que ha sido posible gracias a las instituciones de cada confesión religiosa, gracias a sus Iglesias locales y a las distintas organizaciones caritativas, que asisten a la gente de este país en la obra de reconstrucción y recuperación social. De modo particular, agradezco a los miembros de la ROACO y a los organismos que ellos representan.

Ahora, se acerca el momento de regresar a Roma. Pero Irak permanecerá siempre conmigo, en mi corazón. Les pido a todos ustedes, queridos hermanos y hermanas, que trabajen juntos en unidad por un futuro de paz y prosperidad que no discrimine ni deje atrás a nadie. Les aseguro mi oración por este amado país. Rezo, de manera especial, para que los miembros de las distintas comunidades religiosas, junto con todos los hombres y las mujeres de buena voluntad, cooperen para estrechar lazos de fraternidad y solidaridad al servicio del bien y de la paz. *Salam, salam, salam. Shukrán!* [Gracias] Que Dios bendiga a todos. Que Dios bendiga a Irak. *Allah ma'akum!* [Que Dios esté con ustedes].

HASTA AQUÍ EL VIAJE APOSTÓLICO

Mensaje del Santo Padre a los participantes en el congreso en línea «Nuestro Amor cotidiano» para la apertura del Año «Familia Amoris laetitia»

19 de marzo de 2021

Queridos hermanos y hermanas:

Saludo a todos vosotros que participáis en la conferencia de estudio sobre el tema «Nuestro amor cotidiano». Mi pensamiento se dirige en particular al cardenal Kevin Joseph Farrell, prefecto del Dicasterio para los Laicos, la Familia y la Vida, al cardenal Angelo De Donatis, vicario de la diócesis de Roma, y a monseñor Vincenzo Paglia, gran canciller del Instituto teológico Juan Pablo II para las Ciencias del Matrimonio y la Familia.

Hace cinco años se promulgó la exhortación apostólica postsinodal *Amoris laetitia* sobre la belleza y la alegría del amor conyugal y familiar. En este aniversario he invitado a vivir un año de relectura del documento y de reflexión sobre el tema, hasta la celebración de la X Jornada Mundial de las Familias que, si Dios quiere, tendrá lugar en Roma el 26 de junio de 2022. Os agradezco las iniciativas que habéis emprendido con este fin y la contribución que cada uno de vosotros hace en su propio ámbito de trabajo.

Durante este quinquenio, *Amoris laetitia* ha marcado el inicio de un camino que trata de impulsar un nuevo enfoque pastoral de la realidad de la familia. La intención principal del documento es comunicar, en un tiempo y una cultura profundamente cambiados, que hoy es necesaria una nueva mirada de la Iglesia sobre la familia: no basta con reiterar el valor y la importancia de la doctrina, si no nos convertimos en custodios de la belleza de la familia y si no nos hacemos cargo con compasión de su fragilidad y sus heridas.

Estos dos aspectos están en el corazón de toda la pastoral familiar: la franqueza del anuncio del Evangelio y la ternura del acompañamiento.

Por un lado, anunciamos a las parejas, a los matrimonios y a las familias una Palabra que les ayuda a captar el sentido auténtico de su unión y de su amor, signo e imagen del amor trinitario y de la alianza entre Cristo y la Iglesia. Es la Palabra siempre nueva del Evangelio, de la que puede tomar forma toda doctrina, incluida la de la familia. Y es

una Palabra exigente, que quiere liberar las relaciones humanas de la esclavitud que a menudo desfigura su rostro y las hace inestables: la dictadura de las emociones, la exaltación de lo provisional que desalienta los compromisos de por vida, el predominio del individualismo, el miedo al futuro. Frente a estas dificultades, la Iglesia reafirma a los esposos cristianos el valor del matrimonio como proyecto de Dios, como fruto de su gracia y como llamada a ser vivida con totalidad, fidelidad y gratuidad. Este es el camino para que las relaciones, incluso a través de un recorrido marcado por los fracasos, las caídas y los cambios, se abran a la plenitud de la alegría y la realización humana y se conviertan en un fermento de fraternidad y amor en la sociedad.

Por otra parte, este anuncio no puede ni debe darse nunca desde arriba o desde fuera. La Iglesia está encarnada en la realidad histórica como lo estuvo su Maestro, e incluso cuando anuncia el Evangelio de la familia lo hace sumergiéndose en la vida real, conociendo de cerca las fatigas cotidianas de los esposos y de los padres, sus problemas, sus sufrimientos, todas esas pequeñas y grandes situaciones que pesan y a veces obstaculizan su camino. Este es el contexto concreto en el que se vive el amor cotidiano. Habéis titulado así vuestra conferencia: «Nuestro amor cotidiano». Es una elección significativa. Se trata del amor generado por la sencillez y el trabajo silencioso de la vida de pareja, por ese esfuerzo cotidiano y a veces agotador de los cónyuges, de las madres, de los padres, de los hijos. Un Evangelio que se propusiera como una doctrina caída de lo alto y no entrara en la «carne» de esta cotidianidad, correría el riesgo de quedarse en una bella teoría y, a veces, de ser vivido como una obligación moral. Estamos llamados a acompañar, a escuchar, a bendecir el camino de las familias; no sólo a trazar la dirección, sino a hacer el camino con ellas; a entrar en las casas con discreción y amor, para decir a los cónyuges: la Iglesia está con vosotros, el Señor está cerca de vosotros, queremos ayudaros a conservar el don que habéis recibido.

Anunciar el Evangelio acompañando a las personas y poniéndonos al servicio de su felicidad: así podemos ayudar a las familias a caminar de una manera que responda a su vocación y misión, conscientes de la belleza de los vínculos y de su fundamento en el amor de Dios Padre, Hijo y Espíritu Santo.

Cuando la familia vive bajo el signo de esta comunión divina, que he querido explicitar en sus aspectos existenciales en *Amoris laetitia*, entonces se convierte en palabra viva de Dios-Amor, pronunciada al

mundo y para el mundo. En efecto, la gramática de las relaciones familiares —es decir, de la conyugalidad, de la maternidad, de la paternidad, de la filialidad y de la fraternidad— es la vía por la que se transmite el lenguaje del amor, que da sentido a la vida y calidad humana a toda relación. Es un lenguaje hecho no sólo de palabras, sino también de formas de ser, de cómo hablamos, de las miradas, gestos, tiempos y espacios de nuestra relación con los demás. Los esposos lo saben bien, los padres y los hijos lo aprenden a diario en esta escuela de amor que es la familia. Aquí también tiene lugar la transmisión de la fe entre las generaciones: pasa precisamente a través del lenguaje de las buenas y sanas relaciones que se viven en la familia cada día, especialmente al enfrentar juntos los conflictos y las dificultades.

En este tiempo de pandemia, en medio de tantas dificultades tanto psicológicas como económicas y sanitarias, todo esto ha resultado evidente: los lazos familiares han estado y siguen estando muy probados, pero al mismo tiempo continúan siendo el punto de referencia más firme, el apoyo más fuerte, la salvaguarda insustituible para la estabilidad de toda la comunidad humana y social.

¡Apoyemos, pues, a la familia! Defendámosla de todo lo que comprometa su belleza. Acerquémonos a este misterio de amor con asombro, discreción y ternura. Y comprometámonos a salvaguardar sus vínculos preciosos y delicados: hijos, padres, abuelos... Necesitamos estos vínculos para vivir y vivir bien, para hacer la humanidad más fraterna.

Por lo tanto, el año dedicado a la familia, que comienza hoy, será un momento propicio para continuar la reflexión sobre *Amoris laetitia*. Y por ello os doy las gracias de todo corazón, sabiendo que el Instituto Juan Pablo II puede contribuir de muchas maneras, en diálogo con otras instituciones académicas y pastorales, al desarrollo de la atención humana, espiritual y pastoral en apoyo de la familia. Os encomiendo a vosotros y a vuestro trabajo a la Sagrada Familia de Nazaret; y os pido que hagáis lo mismo conmigo y con mi ministerio

Roma, San Juan de Letrán, 19 de marzo de 2021

Solemnidad de san José, inicio del Año Familia *Amoris laetitia*

Francisco

Mensaje del santo Padre Francisco para la 58 Jornada Mundial de Oración por las Vocaciones 2021

San José: el sueño de la vocación

Queridos hermanos y hermanas:

El pasado 8 de diciembre, con motivo del 150.º aniversario de la declaración de san José como Patrono de la Iglesia universal, comenzó el Año dedicado especialmente a él (cf. *Decreto de la Penitenciaría Apostólica*, 8 de diciembre de 2020). Por mi parte, escribí la Carta apostólica *Patris corde* para «que crezca el amor a este gran santo». Se trata, en efecto, de una figura extraordinaria, y al mismo tiempo «tan cercana a nuestra condición humana». San José no impactaba, tampoco poseía carismas particulares ni aparecía importante a la vista de los demás. No era famoso y tampoco se hacía notar, los Evangelios no recogen ni una sola palabra suya. Sin embargo, con su vida ordinaria, realizó algo extraordinario a los ojos de Dios.

Dios ve el corazón (cf. *1 Sam 16,7*) y en san José reconoció un corazón de padre, capaz de dar y generar vida en lo cotidiano. Las vocaciones tienden a esto: a generar y regenerar la vida cada día. El Señor quiere forjar corazones de padres, corazones de madres; corazones abiertos, capaces de grandes impulsos, generosos en la entrega, compasivos en el consuelo de la angustia y firmes en el fortalecimiento de la esperanza. Esto es lo que el sacerdocio y la vida consagrada necesitan, especialmente hoy, en tiempos marcados por la fragilidad y los sufrimientos causados también por la pandemia, que ha suscitado incertidumbre y miedo sobre el futuro y el mismo sentido de la vida. San José viene a nuestro encuentro con su mansedumbre, como santo de la puerta de al lado; al mismo tiempo, su fuerte testimonio puede orientarnos en el camino.

San José nos sugiere *tres palabras clave* para nuestra vocación. La primera es *sueño*. Todos en la vida sueñan con realizarse. Y es correcto que tengamos grandes expectativas, metas altas antes que objetivos efímeros —como el éxito, el dinero y la diversión—, que no son capaces de satisfacernos. De hecho, si pidiéramos a la gente que expresara en una sola palabra el sueño de su vida, no sería difícil imaginar la respuesta: «amor». Es el amor el que da sentido a la vida, porque revela su misterio. La vida, en efecto, sólo se *tiene* si se *da*, sólo se posee verdaderamente

si se entrega plenamente. San José tiene mucho que decirnos a este respecto porque, a través de los sueños que Dios le inspiró, hizo de su existencia un don.

Los Evangelios narran cuatro sueños (cf. *Mt* 1,20; 2,13.19.22). Eran llamadas divinas, pero no fueron fáciles de acoger. Después de cada sueño, José tuvo que cambiar sus planes y arriesgarse, sacrificando sus propios proyectos para secundar los proyectos misteriosos de Dios. Él confió totalmente. Pero podemos preguntarnos: «¿Qué era un sueño nocturno para depositar en él tanta confianza?». Aunque en la antigüedad se le prestaba mucha atención, seguía siendo poco ante la realidad concreta de la vida. A pesar de todo, san José se dejó guiar por los sueños sin vacilar. ¿Por qué? Porque su corazón estaba orientado hacia Dios, ya estaba predispuesto hacia Él. A su vigilante «oído interno» sólo le era suficiente una pequeña señal para reconocer su voz. Esto también se aplica a nuestras llamadas. A Dios no le gusta revelarse de forma espectacular, forzando nuestra libertad. Él nos da a conocer sus planes con suavidad, no nos deslumbra con visiones impactantes, sino que se dirige a nuestra interioridad delicadamente, acercándose íntimamente a nosotros y hablándonos por medio de nuestros pensamientos y sentimientos. Y así, como hizo con san José, nos propone metas altas y sorprendentes.

Los sueños condujeron a José a aventuras que nunca habría imaginado. El primero desestabilizó su noviazgo, pero lo convirtió en padre del Mesías; el segundo lo hizo huir a Egipto, pero salvó la vida de su familia; el tercero anunciaba el regreso a su patria y el cuarto le hizo cambiar nuevamente sus planes llevándolo a Nazaret, el mismo lugar donde Jesús iba a comenzar la proclamación del Reino de Dios. En todas estas vicisitudes, la valentía de seguir la voluntad de Dios resultó victoriosa. Así pasa en la vocación: la llamada divina siempre impulsa a salir, a entregarse, a ir más allá. No hay fe sin riesgo. Sólo abandonándose confiadamente a la gracia, dejando de lado los propios planes y comodidades se dice verdaderamente «sí» a Dios. Y cada «sí» da frutos, porque se adhiere a un plan más grande, del que sólo vislumbramos detalles, pero que el Artista divino conoce y lleva adelante, para hacer de cada vida una obra maestra. En este sentido, san José representa un icono ejemplar de la acogida de los proyectos de Dios. Pero su *acogida* es *activa*, nunca renuncia ni se rinde, «no es un hombre que se resigna pasivamente. Es un protagonista valiente y fuerte» (Carta ap. *Patris corde*, 4). Que él

ayude a todos, especialmente a los jóvenes en discernimiento, a realizar los sueños que Dios tiene para ellos; que inspire la iniciativa valiente para decir «sí» al Señor, que siempre sorprende y nunca decepciona.

La segunda palabra que marca el itinerario de san José y de su vocación es *servicio*. Se desprende de los Evangelios que vivió enteramente para los demás y nunca para sí mismo. El santo Pueblo de Dios lo llama *esposo castísimo*, revelando así su capacidad de amar sin retener nada para sí. Liberando el amor de su afán de posesión, se abrió a un servicio aún más fecundo, su cuidado amoroso se ha extendido a lo largo de las generaciones y su protección solícita lo ha convertido en patrono de la Iglesia. También es patrono de la buena muerte, él que supo encarnar el sentido oblativo de la vida. Sin embargo, su servicio y sus sacrificios sólo fueron posibles porque estaban sostenidos por un amor más grande: «Toda vocación verdadera nace del don de sí mismo, que es la maduración del simple sacrificio. También en el sacerdocio y la vida consagrada se requiere este tipo de madurez. Cuando una vocación, ya sea en la vida matrimonial, célibe o virginal, no alcanza la madurez de la entrega de sí misma deteniéndose sólo en la lógica del sacrificio, entonces en lugar de convertirse en signo de la belleza y la alegría del amor corre el riesgo de expresar infelicidad, tristeza y frustración» (*ibíd.*, 7).

Para san José el servicio, expresión concreta del don de sí mismo, no fue sólo un ideal elevado, sino que se convirtió en regla de vida cotidiana. Él se esforzó por encontrar y adaptar un lugar para que naciera Jesús, hizo lo posible por defenderlo de la furia de Herodes organizando un viaje repentino a Egipto, se apresuró a regresar a Jerusalén para buscar a Jesús cuando se había perdido y mantuvo a su familia con el fruto de su trabaja, incluso en tierra extranjera. En definitiva, se adaptó a las diversas circunstancias con la actitud de quien no se desanima si la vida no va como él quiere, con la *disponibilidad* de quien *vive para servir*. Con este espíritu, José emprendió los numerosos y a menudo inesperados viajes de su vida: de Nazaret a Belén para el censo, después a Egipto y de nuevo a Nazaret, y cada año a Jerusalén, con buena disposición para enfrentarse en cada ocasión a situaciones nuevas, sin quejarse de lo que ocurría, dispuesto a echar una mano para arreglar las cosas. Se podría decir que era la *mano tendida* del Padre celestial hacia su Hijo en la tierra. Por eso, no puede más que ser un modelo para todas las vocaciones, que están llamadas a ser las *manos diligentes del Padre* para sus hijos e hijas.

Me gusta pensar entonces en san José, el custodio de Jesús y de la

Iglesia, como *custodio de las vocaciones*. Su *atención en la vigilancia* procede, en efecto, de su disponibilidad para servir. «Se levantó, tomó de noche al niño y a su madre» (Mt 2,14), dice el Evangelio, señalando su premura y dedicación a la familia. No perdió tiempo en analizar lo que no funcionaba bien, para no quitárselo a quien tenía a su cargo. Este cuidado atento y solícito es el signo de una vocación realizada, es el testimonio de una vida tocada por el amor de Dios. ¡Qué hermoso ejemplo de vida cristiana damos cuando no perseguimos obstinadamente nuestras propias ambiciones y no nos dejamos paralizar por nuestras nostalgias, sino que nos ocupamos de lo que el Señor nos confía por medio de la Iglesia! Así, Dios derrama sobre nosotros su Espíritu, su creatividad; y hace maravillas, como en José.

Además de la llamada de Dios -que cumple nuestros *sueños* más grandes- y de nuestra respuesta -que se concreta en el *servicio* disponible y el cuidado atento-, hay un tercer aspecto que atraviesa la vida de san José y la vocación cristiana, marcando el ritmo de lo cotidiano: la *fidelidad*. José es el «hombre justo» (Mt 1,19), que en el silencio laborioso de cada día persevera en su adhesión a Dios y a sus planes. En un momento especialmente difícil se pone a «considerar todas las cosas» (cf. v. 20). Medita, reflexiona, no se deja dominar por la prisa, no cede a la tentación de tomar decisiones precipitadas, no sigue sus instintos y no vive sin perspectivas. Cultiva todo con paciencia. Sabe que la existencia se construye sólo con la continua adhesión a las grandes opciones. Esto corresponde a la laboriosidad serena y constante con la que desempeñó el humilde oficio de carpintero (cf. Mt 13,55), por el que no inspiró las crónicas de la época, sino la vida cotidiana de todo padre, de todo trabajador y de todo cristiano a lo largo de los siglos. Porque la vocación, como la vida, sólo madura por medio de la fidelidad de cada día.

¿Cómo se alimenta esta fidelidad? A la luz de la fidelidad de Dios. Las primeras palabras que san José escuchó en sueños fueron una invitación a no tener miedo, porque Dios es fiel a sus promesas: «José, hijo de David, no temas» (Mt 1,20). *No temas*: son las palabras que el Señor te dirige también a ti, querida hermana, y a ti, querido hermano, cuando, aun en medio de incertidumbres y vacilaciones, sientes que ya no puedes postergar el deseo de entregarle tu vida. Son las palabras que te repite cuando, allí donde te encuentres, quizás en medio de pruebas e incomprendiones, luchas cada día por cumplir su voluntad. Son las palabras que redescubres cuando, a lo largo del camino de la llamada, vuelves a

tu primer amor. Son las palabras que, como un estribillo, acompañan a quien dice sí a Dios con su vida como san José, en la fidelidad de cada día.

Esta fidelidad es el secreto de la alegría. En la casa de Nazaret, dice un himno litúrgico, había «una alegría límpida». Era la alegría cotidiana y transparente de la sencillez, la alegría que siente quien custodia lo que es importante: la cercanía fiel a Dios y al prójimo. ¡Qué hermoso sería si la misma atmósfera sencilla y radiante, sobria y esperanzadora, impregnara nuestros seminarios, nuestros institutos religiosos, nuestras casas parroquiales! Es la alegría que deseo para ustedes, hermanos y hermanas que generosamente han hecho de Dios *el sueño* de sus vidas, para *servirlo* en los hermanos y en las hermanas que les han sido confiados, mediante una *fidelidad* que es ya en sí misma un testimonio, en una época marcada por opciones pasajeras y emociones que se desvanecen sin dejar alegría. Que san José, custodio de las vocaciones, los acompañe con corazón de padre.

Roma, San Juan de Letrán, 19 de marzo de 2021, Solemnidad de San José

Homilía del santo padre Francisco en la celebración del Domingo de Ramos y de la Pasión del Señor

*Basílica de San Pedro
Domingo, 28 de marzo de 2021*

Esta Liturgia suscita cada año en nosotros un sentimiento de asombro. Pasamos de la alegría que supone acoger a Jesús que entra en Jerusalén al dolor de verlo condenado a muerte y crucificado. Es un sentimiento profundo que nos acompañará toda la Semana Santa. Entremos entonces en este estupor.

Jesús nos sorprende desde el primer momento. Su gente lo acoge con solemnidad, pero Él entra en Jerusalén sobre un humilde burrito. La gente espera para la Pascua al libertador poderoso, pero Jesús viene para cumplir la Pascua con su sacrificio. Su gente espera celebrar la victoria sobre los romanos con la espada, pero Jesús viene a celebrar la victoria de Dios con la cruz. ¿Qué le sucedió a aquella gente, que en pocos días pasó de aclamar con hosannas a Jesús a gritar «crucifícalo»? ¿Qué les

sucedió? En realidad, aquellas personas seguían más una imagen del Mesías, que al Mesías real. *Admiraban* a Jesús, pero no estaban dispuestas a dejarse *sorprender* por Él. El asombro es distinto de la simple admiración. La admiración puede ser mundana, porque busca los gustos y las expectativas de cada uno; en cambio, el asombro permanece abierto al otro, a su novedad. También hoy hay muchos que admiran a Jesús, porque habló bien, porque amó y perdonó, porque su ejemplo cambió la historia... y tantas cosas más. Lo admiran, pero sus vidas no cambian. Porque admirar a Jesús no es suficiente. Es necesario seguir su camino, dejarse cuestionar por Él, pasar de la admiración al asombro.

¿Y qué es lo que más sorprende del Señor y de su Pascua? El hecho de que Él llegue a la gloria por el camino de la humillación. Él triunfa acogiendo el dolor y la muerte, que nosotros, rehenes de la admiración y del éxito, evitaríamos. Jesús, en cambio —nos dice san Pablo—, «se despojó de sí mismo, [...] se humilló a sí mismo» (*Flp 2,7.8*). Sorprende ver al Omnipotente reducido a nada. Verlo a Él, la Palabra que sabe todo, enseñarnos en silencio desde la cátedra de la cruz. Ver al rey de reyes que tiene por trono un patíbulo. Ver al Dios del universo despojado de todo. Verlo coronado de espinas y no de gloria. Verlo a Él, la bondad en persona, que es insultado y pisoteado. ¿Por qué toda esta humillación? Señor, ¿por qué dejaste que te hicieran todo esto?

Lo hizo por nosotros, para tocar lo más íntimo de nuestra realidad humana, para experimentar toda nuestra existencia, todo nuestro mal. Para acercarse a nosotros y no dejarnos solos en el dolor y en la muerte. Para recuperarnos, para salvarnos. Jesús subió a la cruz para descender a nuestro sufrimiento. Probó nuestros peores estados de ánimo: el fracaso, el rechazo de todos, la traición de quien le quiere e, incluso, el abandono de Dios. Experimentó en su propia carne nuestras contradicciones más dolorosas, y así las redimió, las transformó. Su amor se acerca a nuestra fragilidad, llega hasta donde nosotros sentimos más vergüenza. Y ahora sabemos que no estamos solos. Dios está con nosotros en cada herida, en cada miedo. Ningún mal, ningún pecado tiene la última palabra. Dios vence, pero la palma de la victoria pasa por el madero de la cruz. Por eso las palmas y la cruz están juntas.

Pidamos la gracia del estupor. La vida cristiana, sin asombro, es monótona. ¿Cómo se puede testimoniar la alegría de haber encontrado a Jesús, si no nos dejamos sorprender cada día por su amor admirable, que nos perdona y nos hace comenzar de nuevo? Si la fe pierde su ca-

pacidad de sorprenderse se queda sorda, ya no siente la maravilla de la gracia, ya no experimenta el gusto del Pan de vida y de la Palabra, ya no percibe la belleza de los hermanos y el don de la creación. Y no tiene ninguna otra salida más que refugiarse en el legalismo, en el clericalismo y en todas esas actitudes que Jesús condena en el capítulo 23 de Mateo.

En esta Semana Santa, levantemos nuestra mirada hacia la cruz para recibir la gracia del estupor. San Francisco de Asís, mirando al Crucificado, se asombraba de que sus frailes no llorasen. Y nosotros, ¿somos capaces todavía de dejarnos conmover por el amor de Dios? ¿Por qué hemos perdido la capacidad de asombrarnos ante él? ¿Por qué? Tal vez porque nuestra fe ha sido corroída por la costumbre. Tal vez porque permanecemos encerrados en nuestros remordimientos y nos dejamos paralizar por nuestras frustraciones. Tal vez porque hemos perdido la confianza en todo y nos creemos incluso fracasados. Pero detrás de todos estos «tal vez» está el hecho de que no nos hemos abierto al don del Espíritu, que es Aquel que nos da la gracia del estupor.

Volvamos a comenzar desde el asombro; miremos al Crucificado y digámonle: «Señor, ¡cuánto me amas, qué valioso soy para Ti!». Dejémosnos sorprender por Jesús para volver a vivir, porque la grandeza de la vida no está en tener o en afirmarse, sino en descubrirse amados. Ésta es la grandeza de la vida, descubrirse amados. Y la grandeza de la vida está precisamente en la belleza del amor. En el Crucificado vemos a Dios humillado, al Omnipotente reducido a un despojo. Y con la gracia del estupor entendemos que, acogiendo a quien es descartado, acercándonos a quien es humillado por la vida, amamos a Jesús. Porque Él está en los últimos, en los rechazados, en aquellos que nuestra cultura farisaica condena.

Hoy el Evangelio nos muestra, justo después de la muerte de Jesús, la imagen más hermosa del estupor. Es la escena del centurión que, al verlo «expirar así, exclamó: «¡Realmente este hombre era Hijo de Dios!»» (Mc 15,39). Se dejó asombrar por el amor. ¿Cómo había visto morir a Jesús? Lo había visto morir amando, y esto lo impresionó. Sufría, estaba agotado, pero seguía amando. Esto es el estupor ante Dios, quien sabe llenar de amor incluso el momento de la muerte. En este amor gratuito y sin precedentes, el centurión, un pagano, encuentra a Dios. *¡Realmente este hombre era Hijo de Dios!* Su frase ratifica la Pasión. Muchos antes de él en el Evangelio, admirando a Jesús por sus milagros y prodigios, lo habían reconocido como Hijo de Dios, pero Cristo mismo los había

mandado callar, porque existía el riesgo de quedarse en la admiración mundana, en la idea de un Dios que había que adorar y temer en cuanto potente y terrible. Ahora ya no, ante la cruz no hay lugar a malas interpretaciones. Dios se ha revelado y reina sólo con la fuerza desarmada y desarmante del amor.

Hermanos y hermanas, hoy Dios continúa sorprendiendo nuestra mente y nuestro corazón. Dejemos que este estupor nos invada, miremos al Crucificado y digámosle también nosotros: «Realmente eres el Hijo de Dios. Tú eres mi Dios».

Homilía del Santo Padre en la Santa Misa Crismal

Basílica de San Pedro

Jueves Santo, 1 de abril de 2021

El Evangelio nos presenta un cambio de sentimientos en las personas que escuchan al Señor. El cambio es dramático y nos muestra cuánto la persecución y la Cruz están ligadas al anuncio del Evangelio. La admiración que suscitan las palabras de gracia que salían de la boca de Jesús duró poco en el ánimo de la gente de Nazaret. Una frase que alguien murmuró en voz baja: «pero ¿quién es este? ¿El hijo de José?» (Lc 4,22). Esa frase se «viralizó» insidiosamente. Y todos: «pero ¿quién es este? ¿No es el hijo de José?».

Se trata de una de esas frases ambiguas que se sueltan al pasar. Uno la puede usar para expresar con alegría: «Qué maravilla que alguien de origen tan humilde hable con esta autoridad». Y otro la puede usar para decir con desprecio: «Y éste, ¿de dónde salió? ¿Quién se cree que es?». Si nos fijamos bien, la frase se repite cuando los apóstoles, el día de Pentecostés, llenos del Espíritu Santo comienzan a predicar el Evangelio. Alguien dijo: «¿Acaso no son Galileos todos estos que están hablando?» (Hch2,7). Y mientras algunos recibieron la Palabra, otros los dieron por borrachos.

Formalmente parecería que se dejaba abierta una opción, pero si nos guiamos por los frutos, en ese contexto concreto, estas palabras contenían un germen de violencia que se desencadenó contra Jesús.

Se trata de una «frase motiva»[1], como cuando uno dice: «¡Esto ya es demasiado!» y agrade al otro o se va.

El Señor, que a veces hacía silencio o se iba a la otra orilla, esta vez no dejó pasar el comentario, sino que desenmascaró la lógica maligna que se escondía debajo del disfraz de un simple chisme pueblerino. «Ustedes me dirán este refrán: «¡Médico, sánate a ti mismo!». Tienes que hacer aquí en tu propia tierra las mismas cosas que oímos que hiciste en Cafarnaún» (Lc 4,23). «Sánate a ti mismo...».

«Que se salve a sí mismo». ¡Ahí está el veneno! Es la misma frase que seguirá al Señor hasta la Cruz: «¡Salvó a otros! ¡Que se salve a sí mismo!» (cf. Lc 23,35); «y que nos salve a nosotros», agregará uno de los dos ladrones (cf. v. 39).

El Señor, como siempre, no dialoga con el mal espíritu, sólo responde con la Escritura. Tampoco los profetas Elías y Eliseo fueron aceptados por sus compatriotas y sí por una viuda fenicia y un sirio enfermo de lepra: dos extranjeros, dos personas de otra religión. Los hechos son contundentes y provocan el efecto que había profetizado Simeón, aquel anciano carismático: que Jesús sería «signo de contradicción» (*semeion antilegomenon*) (Lc 2,34)[2].

La palabra de Jesús tiene el poder de sacar a la luz lo que cada uno tiene en su corazón, que suele estar mezclado, como el trigo y la cizaña. Y esto provoca lucha espiritual. Al ver los gestos de misericordia desbordante del Señor y al escuchar sus bienaventuranzas y los «¡ay de ustedes!» del Evangelio, uno se ve obligado a discernir y a optar. En este caso su palabra no fue aceptada y esto hizo que la multitud, enardecida, intentara acabar con su vida. Pero no era «la hora» y el Señor, nos dice el Evangelio, «pasando en medio de ellos, se puso en camino» (Lc 4,30).

No era la hora, pero la rapidez con que se desencadenó la furia y la ferocidad del encarnizamiento, capaz de asesinar al Señor en ese mismo momento, nos muestra que siempre es la hora. Y esto es lo que quiero compartir hoy con ustedes, queridos sacerdotes: que *la hora del anuncio gozoso y la hora de la persecución y de la Cruz van juntas*.

El anuncio del Evangelio siempre está ligado al abrazo de alguna Cruz concreta. La luz mansa de la Palabra genera claridad en los corazones bien dispuestos y confusión y rechazo en los que no lo están. Esto lo vemos constantemente en el Evangelio.

La semilla buena sembrada en el campo da fruto -el ciento, el sesenta, el treinta por uno-, pero también despierta la envidia del enemigo que compulsivamente se pone a sembrar cizaña durante la noche (cf. Mt 13,24-30.36-43).

La ternura del padre misericordioso atrae irresistiblemente al hijo pródigo para que regrese a casa, pero también suscita la indignación y el resentimiento del hijo mayor (cf. *Lc* 15,11-32).

La generosidad del dueño de la viña es motivo de agradecimiento en los obreros de la última hora, pero también es motivo de comentarios agrios en los primeros, que se sienten ofendidos porque su patrón es bueno (cf. *Mt* 20,1-16).

La cercanía de Jesús que va a comer con los pecadores gana corazones como el de Zaqueo, el de Mateo, el de la Samaritana..., pero también despierta sentimientos de desprecio en los que se creen justos.

La magnanimidad del rey que envía a su hijo pensando que será respetado por los viñadores, desata sin embargo en ellos una ferocidad fuera de toda medida: estamos ante al misterio de la iniquidad, que lleva a matar al Justo (cf. *Mt* 21,33-46).

Todo esto, queridos hermanos sacerdotes, nos hace ver que el anuncio de la Buena Noticia está ligado misteriosamente a la persecución y a la Cruz.

San Ignacio de Loyola, en la contemplación del Nacimiento —discúlpenme esta publicidad de familia—, en esa contemplación del Nacimiento expresa esta verdad evangélica cuando nos hace mirar y considerar lo que hacen san José y nuestra Señora: «como es el caminar y trabajar, para que el Señor sea nacido en suma pobreza, y al cabo de tantos trabajos, de hambre, de sed, de calor y de frío, de injurias y afrentas, para morir en cruz; y todo esto por mí. Después —agrega Ignacio—, reflexionando, sacar algún provecho espiritual» (*Ejercicios Espirituales*, 116). El gozo del nacimiento del Señor, el dolor de la Cruz y la persecución.

¿Qué reflexión podemos hacer para sacar provecho para nuestra vida sacerdotal al contemplar esta temprana presencia de la Cruz —de la incompreensión, del rechazo, de la persecución— en el inicio y en el centro mismo de la predicación evangélica?

Se me ocurren dos reflexiones.

La primera: nos causa estupor comprobar que la Cruz está presente en la vida del Señor al inicio de su ministerio e incluso desde antes de su nacimiento. Está presente ya en la primera turbación de María ante el anuncio del Ángel; está presente en el insomnio de José, al sentirse obligado a abandonar a su prometida esposa; está presente en la persecución de Herodes y en las penurias que padece la Sagrada Familia, iguales a las de tantas familias que deben exiliarse de su patria.

Esta realidad nos abre al misterio de la Cruz vivida desde antes. Nos lleva a comprender que la Cruz no es un suceso a posteriori, un suceso ocasional, producto de una coyuntura en la vida del Señor. Es verdad que todos los crucificadores de la historia hacen aparecer la Cruz como si fuera un daño colateral, pero no es así: la Cruz no depende de las circunstancias. Las grandes y pequeñas cruces de la humanidad —por decirlo de algún modo— nuestras cruces, no dependen de las circunstancias.

¿Por qué el Señor abrazó la Cruz en toda su integridad? ¿Por qué Jesús abrazó la pasión entera, abrazó la traición y el abandono de sus amigos ya desde la última cena, aceptó la detención ilegal, el juicio sumario, la sentencia desmedida, la maldad innecesaria de las bofetadas y los escupitajos gratuitos...? Si lo circunstancial afectara el poder salvador de la Cruz, el Señor no habría abrazado todo. Pero cuando fue su hora, Él abrazó la Cruz entera. ¡Porque en la Cruz no hay ambigüedad! La Cruz no se negocia.

La segunda reflexión es la siguiente. Es verdad que hay algo de la Cruz que es parte integral de nuestra condición humana, del límite y de la fragilidad. Pero también es verdad que hay algo, que sucede en la Cruz, que no es inherente a nuestra fragilidad, sino que es la mordedura de la serpiente, la cual, al ver al crucificado inerme, lo muerde, y pretende envenenar y desmentir toda su obra. Mordedura que busca escandalizar, esta es una época de escándalos, mordedura que busca inmovilizar y volver estéril e insignificante todo servicio y sacrificio de amor por los demás. Es el veneno del maligno que sigue insistiendo: sálvate a ti mismo.

Y en esta mordedura, cruel y dolorosa, que pretende ser mortal, aparece finalmente el triunfo de Dios. San Máximo el Confesor nos hizo ver que con Jesús crucificado las cosas se invirtieron: al morder la Carne del Señor, el demonio no lo envenenó —sólo encontró en Él mansedumbre infinita y obediencia a la voluntad del Padre— sino que, por el contrario, junto con el anzuelo de la Cruz se tragó la Carne del Señor, que fue veneno para él y pasó a ser para nosotros el antídoto que neutraliza el poder del Maligno[3].

Estas son las reflexiones. Pidamos al Señor la gracia de sacar provecho de esta enseñanza: hay cruz en el anuncio del Evangelio, es verdad, pero es una Cruz que salva. Pacificada con la Sangre de Jesús, es una Cruz con la fuerza de la victoria de Cristo que vence el mal, que nos libra del Maligno. Abrazarla con Jesús y como Él, «desde antes» de salir a pre-

dicar, nos permite discernir y rechazar el veneno del escándalo con que el demonio nos querrá envenenar cuando inesperadamente sobrevenga una cruz en nuestra vida.

«Pero nosotros no somos de los que retroceden (*hypostoles*)» (Hb 10,39) dice el autor de la Carta a los Hebreos. «Pero nosotros no somos de los que retroceden», es el consejo que nos da, nosotros no nos escandalizamos, porque no se escandalizó Jesús al ver que su alegre anuncio de salvación a los pobres no resonaba puro, sino en medio de los gritos y amenazas de los que no querían oír su Palabra o deseaban reducirla a legalismo (moralistas, clericalista).

Nosotros no nos escandalizamos porque no se escandalizó Jesús al tener que sanar enfermos y liberar prisioneros en medio de las discusiones y controversias moralistas, leguleyas, clericales que se suscitaban cada vez que hacía el bien.

Nosotros no nos escandalizamos porque no se escandalizó Jesús al tener que dar la vista a los ciegos en medio de gente que cerraba los ojos para no ver o miraba para otro lado.

Nosotros no nos escandalizamos porque no se escandalizó Jesús de que su proclamación del año de gracia del Señor —un año que es la historia entera— haya provocado un escándalo público en lo que hoy ocuparía apenas la tercera página de un diario de provincia.

Y no nos escandalizamos porque el anuncio del Evangelio no recibe su eficacia de nuestras palabras elocuentes, sino de la fuerza de la Cruz (cf. 1 Co 1,17).

Del modo como abrazamos la Cruz al anunciar el Evangelio -con obras y, si es necesario, con palabras- se transparentan dos cosas: que los sufrimientos que sobrevienen por el Evangelio no son nuestros, sino «los sufrimientos de Cristo en nosotros» (2 Co 1,5), y que «no nos anunciamos a nosotros mismos, sino a Jesús como Cristo y Señor» y nosotros somos «servidores por causa de Jesús» (2 Co 4,5).

Quiero terminar con un recuerdo. Una vez, en un momento muy oscuro de mi vida, pedía una gracia al Señor, que me liberara de una situación dura y difícil. Un momento oscuro. Fui a predicar Ejercicios Espirituales a unas religiosas y el último día, como solía ser habitual en aquel tiempo, se confesaron. Vino una hermana muy anciana, con los ojos claros, realmente luminosos. Era una mujer de Dios. Al final sentí el deseo de pedirle por mí y le dije: «Hermana, como penitencia rece por mí, porque necesito una gracia. Pídale al Señor. Si usted la pide al

Señor, seguro que me la dará». Ella hizo silencio, se detuvo un largo momento, como si rezara, y luego me miro y me dijo esto: «Seguro que el Señor le dará la gracia, pero no se equivoque: se la dará a su modo divino». Esto me hizo mucho bien: sentir que el Señor nos da siempre lo que pedimos, pero lo hace a su modo divino. Este modo implica la cruz. No por masoquismo, sino por amor, por amor hasta el final[4].

[1] Como las que señala un maestro espiritual, el padre Claude Judde; una de esas frases que acompañan nuestras decisiones y contienen «la última palabra», esa que inclina la decisión y mueve a una persona o a un grupo a actuar. Cf. C. Judde, *Oeuvres spirituelles* II, 1883, *Instruction sur la connaissance de soi même*, 313-319, en M.A. Fiorito, *Buscar y hallar la voluntad de Dios*, Bs. As., Paulinas 2000, 248 ss.

[2] «Antilegomenon» quiere decir que se hablaría en contra de Él, que algunos hablarían bien y otros mal.

[3] Cf. *Centuria* 1, 8-13.

[4] Cf. *Homilía en la Misa en Santa Marta*, 29 mayo 2013.

Homilía del Santo Padre en la Vigilia pascual en la Noche Santa

*Basílica de San Pedro - Altar de la Cátedra
Sábado Santo, 3 de abril de 2021*

Las mujeres pensaron que iban a encontrar el cuerpo para unirlo, en cambio, encontraron una tumba vacía. Habían ido a llorar a un muerto, pero en su lugar escucharon un anuncio de vida. Por eso, dice el Evangelio que aquellas mujeres estaban «asustadas y desconcertadas» (Mc 16,8), estaban asustadas, temerosas y desconcertadas. Desconcierto: en este caso es miedo mezclado con alegría lo que sorprende sus corazones cuando ven la gran piedra del sepulcro removida y dentro un joven con una túnica blanca. Es la maravilla de escuchar esas palabras: «¡No se asusten! Aquel al que buscan, Jesús, el de Nazaret, el crucificado, resucitó» (v. 6). Y después esa invitación: «Él irá delante de ustedes a Galilea y allí lo verán» (v. 7). Acojamos también nosotros esta invitación, *la invitación*

de Pascua: vayamos a Galilea, donde el Señor resucitado nos precede. Pero, ¿qué significa «ir a Galilea»?

Ir a Galilea significa, ante todo, *empezar de nuevo*. Para los discípulos fue regresar al lugar donde el Señor los buscó por primera vez y los llamó a seguirlo. Es el lugar del primer encuentro y el lugar del primer amor. Desde aquel momento, habiendo dejado las redes, siguieron a Jesús, escuchando su predicación y siendo testigos de los prodigios que realizaba. Sin embargo, aunque estaban siempre con Él, no lo entendieron del todo, muchas veces malinterpretaron sus palabras y ante la cruz huyeron, dejándolo solo. A pesar de este fracaso, el Señor resucitado se presenta como Aquel que, una vez más, los precede en Galilea; los precede, es decir, va delante de ellos. Los llama y los invita a seguirlo, sin cansarse nunca. El Resucitado les dice: «Volvamos a comenzar desde donde habíamos empezado. Empecemos de nuevo. Los quiero de nuevo conmigo, a pesar y más allá de todos los fracasos». En esta Galilea experimentamos el asombro que produce el amor infinito del Señor, que traza senderos nuevos dentro de los caminos de nuestras derrotas. El Señor es así, traza senderos nuevos dentro de los caminos de nuestras derrotas. Él es así y nos invita a ir a Galilea para hacer lo mismo.

Este es el primer anuncio de Pascua que quisiera ofrecerles: *siempre es posible volver a empezar*, porque siempre existe una vida nueva que Dios es capaz de reiniciar en nosotros más allá de todos nuestros fracasos. Incluso de los escombros de nuestro corazón -cada uno de nosotros los sabe, conoce las ruinas de su propio corazón-, incluso de los escombros de nuestro corazón Dios puede construir una obra de arte, aun de los restos arruinados de nuestra humanidad Dios prepara una nueva historia. Él nos precede siempre: en la cruz del sufrimiento, de la desolación y de la muerte, así como en la gloria de una vida que resurge, de una historia que cambia, de una esperanza que renace. Y en estos meses oscuros de pandemia oímos al Señor resucitado que nos invita a empezar de nuevo, a no perder nunca la esperanza.

Ir a Galilea, en segundo lugar, significa *recorrer nuevos caminos*. Es moverse en la dirección opuesta al sepulcro. Las mujeres buscaban a Jesús en la tumba, es decir, iban a hacer memoria de lo que habían vivido con Él y que ahora habían perdido para siempre. Van a refugiarse en su tristeza. Es la imagen de una fe que se ha convertido en conmemoración de un hecho hermoso pero terminado, sólo para recordar. Muchos -incluso nosotros- viven la «fe de los recuerdos», como si Jesús fuera

un personaje del pasado, un amigo de la juventud ya lejano, un hecho ocurrido hace mucho tiempo, cuando de niño asistía al catecismo. Una fe hecha de costumbres, de cosas del pasado, de hermosos recuerdos de la infancia, que ya no me conmueve, que ya no me interpela. Ir a Galilea, en cambio, significa aprender que la fe, para que esté viva, debe ponerse de nuevo en camino. Debe reavivar cada día el comienzo del viaje, el asombro del primer encuentro. Y después confiar, sin la presunción de saberlo ya todo, sino con la humildad de quien se deja sorprender por los caminos de Dios. Nosotros tenemos miedo de las sorpresas de Dios, normalmente tenemos miedo de que Dios nos sorprenda. Y hoy el Señor nos invita a dejarnos sorprender. Vayamos a Galilea para descubrir que Dios no puede ser depositado entre los recuerdos de la infancia, sino que está vivo, siempre sorprende. Resucitado, no deja nunca de asombrarnos.

Luego, el segundo anuncio de Pascua: la fe no es un repertorio del pasado, Jesús no es un personaje obsoleto. Él *está vivo, aquí y ahora*. Camina contigo cada día, en la situación que te toca vivir, en la prueba que estás atravesando, en los sueños que llevas dentro. Abre nuevos caminos donde sientes que no los hay, te impulsa a ir contracorriente con respecto al remordimiento y a lo «ya visto». Aunque todo te parezca perdido, por favor déjate alcanzar con asombro por su novedad: te sorprenderá.

Ir a Galilea significa, además, *ir a los confines*. Porque Galilea es el lugar más lejano, en esa región compleja y variopinta viven los que están más alejados de la pureza ritual de Jerusalén. Y, sin embargo, fue desde allí que Jesús comenzó su misión, dirigiendo su anuncio a los que bregan por la vida de cada día, dirigiendo su anuncio a los excluidos, a los frágiles, a los pobres, para ser rostro y presencia de Dios, que busca incansablemente a quien está desanimado o perdido, que se desplaza hasta los mismos límites de la existencia porque a sus ojos nadie es último, nadie está excluido. Es allí donde el Resucitado pide a sus seguidores que vayan, también hoy nos pide de ir a Galilea, en esta «Galilea» real. Es el lugar de la vida cotidiana, son las calles que recorreremos cada día, los rincones de nuestras ciudades donde el Señor nos precede y se hace presente, precisamente en la vida de los que pasan a nuestro lado y comparten con nosotros el tiempo, el hogar, el trabajo, las dificultades y las esperanzas. En Galilea aprendemos que podemos encontrar a Cristo resucitado en los rostros de nuestros hermanos, en el entusiasmo de los que sueñan y en la resignación de los que están desanimados, en las

sonrisas de los que se alegran y en las lágrimas de los que sufren, sobre todo en los pobres y en los marginados. Nos asombraremos de cómo la grandeza de Dios se revela en la pequeñez, de cómo su belleza brilla en los sencillos y en los pobres.

Por último, el tercer anuncio de Pascua: Jesús, el Resucitado, nos ama sin límites y visita todas las situaciones de nuestra vida. Él ha establecido su presencia en el corazón del mundo y nos invita también a nosotros a sobrepasar las barreras, a superar los prejuicios, a acercarnos a quienes están junto a nosotros cada día, para redescubrir la *gracia de la cotidianidad*. Reconozcámoslo presente en nuestras Galileas, en la vida de todos los días. Con Él, la vida cambiará. Porque más allá de toda derrota, maldad y violencia, más allá de todo sufrimiento y más allá de la muerte, el Resucitado vive y el Resucitado gobierna la historia.

Hermana, hermano si en esta noche tu corazón atraviesa una hora oscura, un día que aún no ha amanecido, una luz sepultada, un sueño destrozado, ve, abre tu corazón con asombro al anuncio de la Pascua: «¡No tengas miedo, resucitó! Te espera en Galilea». Tus expectativas no quedarán sin cumplirse, tus lágrimas serán enjugadas, tus temores serán vencidos por la esperanza. Porque, sabes, el Señor te precede siempre, camina siempre delante de ti. Y, con Él, siempre la vida comienza de nuevo.

Homilía del Santo Padre en la Santa Misa de la Divina Misericordia

*Iglesia de Santo Spirito in Sassia, Roma
II Domingo de Pascua, 11 de abril de 2021*

Jesús resucitado se aparece a los discípulos varias veces. Consuela con paciencia sus corazones desanimados. De este modo realiza, después de su resurrección, la «resurrección de los discípulos». Y ellos, reanimados por Jesús, cambian de vida. Antes, tantas palabras y tantos ejemplos del Señor no habían logrado transformarlos. Ahora, en Pascua, sucede algo nuevo. Y se lleva a cabo en el signo de la misericordia. Jesús los vuelve a levantar con la misericordia -los vuelve a levantar con la misericordia- y ellos, *misericordiad*os, se vuelven *misericordios*os. Es muy difícil ser misericordioso si uno de se da cuenta de ser miseridocordiado.

1. Ante todo, son *misericordados* por medio de tres dones: primero Jesús les ofrece *la paz*, después *el Espíritu*, y finalmente *las llagas*. En primer lugar, *les da la paz*. Los discípulos estaban angustiados. Se habían encerrado en casa por temor, por miedo a ser arrestados y correr la misma suerte del Maestro. Pero no sólo estaban encerrados en casa, también estaban encerrados en sus remordimientos. Habían abandonado y negado a Jesús. Se sentían incapaces, buenos para nada, inadecuados. Jesús llega y les repite dos veces: «¡La paz esté con ustedes!». No da una paz que quita los problemas del medio, sino una paz que infunde confianza dentro. No es una paz exterior, sino la paz del corazón. Dice: «¡La paz esté con ustedes! Como el Padre me envió, así yo los envío a ustedes» (Jn 20,21). Es como si dijera: «Los mando porque creo en ustedes». Aquellos discípulos desalentados son reconciliados consigo mismos. La paz de Jesús los hace pasar *del remordimiento a la misión*. En efecto, la paz de Jesús suscita la misión. No es tranquilidad, no es comodidad, es salir de sí mismo. La paz de Jesús libera de las cerrazones que paralizan, rompe las cadenas que aprisionan el corazón. Y los discípulos se sienten misericordados: sienten que Dios no los condena, no los humilla, sino que cree en ellos. Sí, cree en nosotros más de lo que nosotros creemos en nosotros mismos. «Nos ama más de lo que nosotros mismos nos amamos» (cf. S. J.H. Newman, *Meditaciones y devociones*, III,12,2). Para Dios ninguno es un incompetente, ninguno es inútil, ninguno está excluido. Jesús hoy repite una vez más: «Paz a ti, que eres valioso a mis ojos. Paz a ti, que tienes una misión. Nadie puede realizarla en tu lugar. Eres insustituible. Y Yo creo en ti».

En segundo lugar, Jesús misericordia a los discípulos *dándoles el Espíritu Santo*. Lo otorga para la remisión de los pecados (cf. vv.22-23). Los discípulos eran culpables, habían huido abandonando al Maestro. Y el pecado atormenta, el mal tiene su precio. Siempre tenemos presente nuestro pecado, dice el Salmo (cf. 51,5). Solos no podemos borrarlo. Sólo Dios lo quita, sólo Él con su misericordia nos hace salir de nuestras miserias más profundas. Como aquellos discípulos, necesitamos dejarnos perdonar, decir desde lo profundo del corazón: «Perdón Señor». Abrir el corazón para dejarse perdonar. El perdón en el Espíritu Santo es el don pascual para resurgir interiormente. Pidamos la gracia de acogerlo, de *abrazar el Sacramento del perdón*. Y de comprender que en el centro de la Confesión no estamos nosotros con nuestros pecados, sino Dios con su misericordia. No nos confesamos para hundirnos, sino

para dejarnos levantar. Lo necesitamos mucho, todos. Lo necesitamos, así como los niños pequeños, todas las veces que caen, necesitan que el papá los vuelva a levantar. También nosotros caemos con frecuencia. Y la mano del Padre está lista para volver a ponernos en pie y hacer que sigamos adelante. Esta mano segura y confiable es la Confesión. Es el Sacramento que vuelve a levantarnos, que no nos deja tirados, llorando contra el duro suelo de nuestras caídas. Es el *Sacramento de la resurrección*, es misericordia pura. Y el que recibe las confesiones debe hacer sentir la dulzura de la misericordia. Este es el camino de los sacerdotes que reciben las confesiones de la gente: hacerles sentir la dulzura de la misericordia de Jesús que perdona todo. Dios perdona todo.

Después de la paz que rehabilita y el perdón que realza, el tercer don con el que Jesús misericordia a los discípulos es *ofrecerles sus llagas*. Esas llagas nos han curado (cf. *1 P 2,24; Is 53,5*). Pero, ¿cómo puede curarnos una herida? Con la misericordia. En esas llagas, como Tomás, experimentamos que Dios nos ama hasta el extremo, que ha hecho suyas nuestras heridas, que ha cargado en su cuerpo nuestras fragilidades. Las llagas son canales abiertos entre Él y nosotros, que derraman misericordia sobre nuestras miserias. Las llagas son los caminos que Dios ha abierto completamente para que entremos en su ternura y experimentemos quién es Él, y no dudemos más de su misericordia. Adorando, besando sus llagas descubrimos que cada una de nuestras debilidades es acogida en su ternura. Esto sucede en cada *Misa*, donde Jesús nos ofrece su cuerpo llagado y resucitado; lo tocamos y Él toca nuestra vida. Y hace descender el Cielo en nosotros. El resplandor de sus llagas disipa la oscuridad que nosotros llevamos dentro. Y nosotros, como Tomás, encontramos a Dios, lo descubrimos íntimo y cercano, y conmovidos le decimos: «¡Señor mío y Dios mío!» (*Jn 20,28*). Y todo nace aquí, en la gracia de ser misericordiadados. Aquí comienza el camino cristiano. En cambio, si nos apoyamos en nuestras capacidades, en la eficacia de nuestras estructuras y proyectos, no iremos lejos. Sólo si acogemos el amor de Dios podremos dar algo nuevo al mundo.

2. Así, misericordiadados, los discípulos se volvieron *misericordiosos*. Lo vemos en la primera Lectura. Los Hechos de los Apóstoles relatan que «nadie consideraba sus bienes como propios, sino que todo lo tenían en común» (4,32). No es comunismo, es cristianismo en estado puro. Y es mucho más sorprendente si pensamos que esos mismos discípulos

poco tiempo antes habían discutido sobre recompensas y honores, sobre quién era el más grande entre ellos (cf. *Mc* 10,37; *Lc* 22,24). Ahora comparten todo, tienen «un solo corazón y una sola alma» (*Hch* 4,32). ¿Cómo cambiaron tanto? Vieron en los demás la misma misericordia que había transformado sus vidas. Descubrieron que tenían en común la misión, que tenían en común el perdón y el Cuerpo de Jesús; compartir los bienes terrenos resultó una consecuencia natural. El texto dice después que «no había ningún necesitado entre ellos» (v. 34). Sus temores se habían desvanecido tocando las llagas del Señor, ahora no tienen miedo de curar las llagas de los necesitados. Porque allí ven a Jesús. Porque allí está Jesús, en las llagas de los necesitados.

Hermana, hermano, ¿quieres una prueba de que Dios ha tocado tu vida? Comprueba si te inclinas ante las heridas de los demás. Hoy es el día para preguntarnos: «Yo, que tantas veces recibí la paz de Dios, que tantas veces recibí su perdón y su misericordia, ¿soy misericordioso con los demás? Yo, que tantas veces me he alimentado con el Cuerpo de Jesús, ¿qué hago para dar de comer al pobre?». No permanezcamos indiferentes. No vivamos *una fe a medias*, que recibe pero no da, que acoge el don pero no se hace don. Hemos sido misericordiosos, seamos misericordiosos. Porque si el amor termina en nosotros mismos, la fe se seca en un intimismo estéril. Sin los otros se vuelve desencarnada. Sin las obras de misericordia muere (cf. *St* 2,17). Hermanos, hermanas, dejémonos resucitar por la paz, el perdón y las llagas de Jesús misericordioso. Y pidamos la gracia de convertirnos en *testigos de misericordia*. Sólo así la fe estará viva. Y la vida será unificada. Sólo así anunciaremos el Evangelio de Dios, que es Evangelio de misericordia.

Felicitación del Santo Padre a D. Jesús por el XXV Aniversario de su Ordenación Episcopal



Venerabili Fratri

IESU MURGUI SORIANO

Episcopo Oriolensi - Lucentino

feliciter complenti quintum et vicesimum annum ab episcopali ordinatione, benigne gratulamur hoc faustum iubilaeum, memores eius pastoralis ministerii in fidelium ipsi commissorum beneficium, dum a Christo Summo Pastore caelestium gratiarum copiam poscimus, intercedentibus Sanctissima Virgine Maria, Apostolorum Regina, ac sancto Ioseph, Catholicae Ecclesiae Patrono, Benedictionem Apostolicam ipsi eiusque gregi toto corde impertimur, vicissim orationem poscentes ut Petrinum officium fructuose perficiamus.

Datum Romae, Laterani, die XVII mensis Aprilis, anno MMXXI.

Franciscus

Homilía del santo padre Francisco en la Santa Misa con ordenaciones sacerdotales

Basílica Vaticana

Domingo, 25 de abril de 2021

Queridos hermanos:

Estos hijos nuestros han sido llamados al orden sacerdotal. Pensemos cuidadosamente sobre el ministerio al que han sido llamados en la Iglesia. Como vosotros sabéis, el Señor Jesús es el único Sumo Sacerdote del Nuevo Testamento, pero en él todo el pueblo de Dios también se estableció como un pueblo sacerdotal. Sin embargo, entre todos sus discípulos, el Señor Jesús quiere elegir a algunos en particular, para que ejerciendo públicamente en la Iglesia, en su nombre, la función sacerdotal para todos los hombres, continúen su misión personal de maestro, sacerdote y pastor.

En efecto, así como para esto fue enviado por el Padre, así Él envió a su vez al mundo, primero a los apóstoles y luego a los obispos y sus sucesores, a quienes se les dieron como colaboradores a los presbíteros, quienes, unidos a ellos en el ministerio sacerdotal, están llamados al servicio del Pueblo de Dios.

Después de una cuidadosa reflexión, ahora estamos para elevar al orden de los presbíteros a estos hermanos nuestros para que al servicio de Cristo, Maestro, Sacerdote, Pastor, cooperen para construir el Cuerpo de Cristo, que es la Iglesia un Pueblo de Dios y el Templo del Espíritu Santo.

En cuanto a vosotros, queridos hermanos e hijos, que seréis elevados al orden del presbiterio considerad que en el ejercicio del ministerio de la doctrina sagrada, participáis en la misión de Cristo, el único Maestro. Seréis como Él, pastores, eso es lo que quiere de vosotros. Pastores. Pastores del santo pueblo fiel de Dios. Pastores que van con el pueblo de Dios: a veces delante del rebaño, a veces en medio o detrás, pero siempre allí con el pueblo de Dios.

Hace tiempo -en el lenguaje de hace tiempo- se hablaba de la «carrera eclesial», que no tenía el mismo significado que hoy. Ésta no es una «carrera»: es un servicio, un servicio como el que Dios hizo a su pueblo. Y este servicio de Dios a su pueblo tiene «trazas», tiene un estilo, un estilo

que debéis seguir. Un estilo de cercanía, un estilo de compasión y un estilo de ternura. Este es el estilo de Dios. Cercanía, compasión, ternura.

La cercanía. Las cuatro cercanías del sacerdote, son cuatro. La cercanía con Dios en la oración, en los sacramentos, en la misa. Hablar con el Señor, estar cerca del Señor. Él se hizo cercano a nosotros en su Hijo. Toda la historia de su Hijo. También ha estado cerca de vosotros, de cada uno de vosotros, en el camino de vuestra vida hasta este momento. Incluso en los malos momentos del pecado, Él estaba allí. La cercanía. Estad cerca del pueblo santo y fiel de Dios. Pero lo primero es estar cerca de Dios con la oración. Un sacerdote que no reza apaga lentamente el fuego del Espíritu en su interior. Cercanía a Dios.

Segundo: la cercanía al obispo, y en este caso al «viceobispo». Estar cerca, porque en el obispo tendréis unidad. Sois, no quiero decir siervos -sois siervos de Dios- sino colaboradores del obispo. La cercanía. Recuerdo una vez, hace mucho tiempo, un sacerdote que tuvo la desgracia -por así decirlo- de cometer un «desliz»... Lo primero que se me ocurrió fue llamar al obispo. Incluso en los malos momentos llama al obispo para estar cerca de él. La cercanía a Dios en la oración, la cercanía al obispo. «Pero no me gusta este obispo...». Pero es tu padre. «Pero este obispo me trata mal...». Sé humilde, acude al obispo.

Tercero: cercanía entre vosotros. Y os sugiero un propósito: no habléis nunca mal de un hermano sacerdote. Si tienes algo contra otro, sed hombres, lleváis los pantalones puestos: id allí y decídselo a la cara. «Pero esto es algo muy malo... No sé cómo se lo tomará...». Ve al obispo, él te ayudará. Pero nunca, nunca cotillees. No seáis charlatanes. No caigas en los chismes. Unidad entre vosotros: en el consejo presbiteral, en las comisiones, en el trabajo. La cercanía entre vosotros y con el obispo.

Y cuarto: para mí, después de Dios, la cercanía más importante es con el santo pueblo fiel de Dios. Ninguno de vosotros ha estudiado para ser sacerdote. Habéis estudiado las ciencias eclesiológicas, como dice la Iglesia que hay que hacer. Pero vosotros habéis sido elegidos, sacados del pueblo de Dios. El Señor dijo a David: «Te he sacado del rebaño». No olvidéis de dónde venís: de vuestra familia, de vuestro pueblo... No perdáis el olfato del pueblo de Dios. Pablo le decía a Timoteo: «Acuérdate de tu madre, de tu abuela...». Sí, de dónde vienes. Y ese pueblo de Dios... El autor de la Carta a los Hebreos dice: «Recordad a los que os introdujeron en la fe». ¡Sacerdotes del pueblo, no clérigos del Estado!

Las cuatro cercanías del sacerdote: cercanía a Dios, cercanía al obispo,

cercanía entre vosotros, cercanía al pueblo de Dios. El estilo de cercanía que es el estilo de Dios. Pero el estilo de Dios es también un estilo de compasión y ternura. No cerréis vuestro corazón a los problemas. ¡Y os encontraréis con tantos! Cuando la gente viene a contaros sus problemas y a que la acompañéis... Perded tiempo escuchando y consolando. La compasión, que te lleva al perdón, a la misericordia. Por favor: sed misericordiosos, perdonad. Porque Dios lo perdona todo, no se cansa de perdonar, somos nosotros los que nos cansamos de pedir perdón. Proximidad y compasión. Pero la compasión tierna, con esa ternura de familia, de hermanos, de padre... con esa ternura que te hace sentir que estás en la casa de Dios.

Os deseo este estilo, este estilo que es el estilo de Dios.

Y luego, os mencioné algo en la Sacristía, pero me gustaría mencionarlo aquí ante el pueblo de Dios. Por favor, alejaos de la vanidad, del orgullo del dinero. El diablo entra «por los bolsillos». Pensadlo. Sed pobres, como pobre es el santo pueblo fiel de Dios. Pobres que aman a los pobres. No seáis arribistas. La «carrera eclesiástica»... Entonces te conviertes en un funcionario, y cuando un sacerdote empieza a ser empresario, ya sea de la parroquia o del colegio..., esté donde esté, pierde esa cercanía con la gente, pierde esa pobreza que lo asemeja a Cristo pobre y crucificado, y se convierte en el empresario, en el sacerdote empresario y no en el siervo. Escuché una historia que me conmovió. Un sacerdote muy inteligente, muy práctico, muy capaz, que tenía muchas administraciones en sus manos, pero que tenía su corazón apegado a ese oficio, un día, porque vio que uno de sus empleados, un anciano, se había equivocado, le increpó, le echó. Y ese anciano murió por eso. El hombre había sido ordenado sacerdote, y terminó como un despiadado hombre de negocios. Tened siempre esta imagen, tened siempre esta imagen.

Pastores cercanos a Dios, al obispo, entre vosotros y al pueblo de Dios. Pastores: servidores como pastores, no empresarios. Y alejaos del dinero.

Y después, recordad que es hermoso este camino de las cuatro cercanías, este camino de ser pastores, porque Jesús consuela a los pastores, porque Él es el Buen Pastor. Y buscad el consuelo en Jesús, buscad el consuelo en la Virgen -no os olvidéis de la Madre- buscad siempre el consuelo allí: sed consolados allí.

Y poned vuestras cruces -habrá cruces en nuestras vidas- en manos de Jesús y de la Virgen. Y no tengáis miedo, no tengáis miedo. Si estáis cerca del Señor, del obispo, entre vosotros y con el pueblo de Dios, si

tenéis el estilo de Dios -cercanía, compasión y ternura- no tengáis miedo, todo irá bien.

NUNCIATURA APOSTÓLICA

Condolencias por el fallecimiento de D. Rafael Palmero



Madrid, 15 de marzo de 2021

N. 3.166/21

Excelencia Reverendísima:

Tengo el honor de cumplir el venerado encargo confiado por la Secretaría de Estado de Su Santidad el Papa Francisco de transmitirle el siguiente mensaje de condolencia con motivo del fallecimiento de S.E. Mons. Rafael Palmero Ramos, Obispo emérito de Orihuela-Alicante:

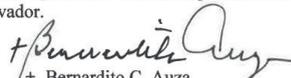
**“MONS. JESÚS MURGUI SORIANO,
OBISPO DE ORIHUELA-ALICANTE**

AL RECIBIR LA TRISTE NOTICIA DEL FALLECIMIENTO DE MONSEÑOR RAFAEL PALMERO RAMOS, OBISPO EMÉRITO DE ORIHUELA-ALICANTE, SU SANTIDAD FRANCISCO EXPRESA A VUESTRA EXCELENCIA SU PROFUNDO SENTIMIENTO DE PESAR, ROGÁNDOLE QUE TENGA LA BONDAD DE TRANSMITIRLO TAMBIÉN A SUS FAMILIARES, AL CLERO, COMUNIDADES RELIGIOSAS Y FIELES DE ESA DIÓCESIS.

ASIMISMO, RECORDANDO A ESTE ABNEGADO PASTOR, QUE CON GENEROSA FIDELIDAD ENTREGÓ SU VIDA AL SERVICIO DE DIOS Y DE LA IGLESIA, PRIMERO COMO OBISPO AUXILIAR DE TOLEDO, LUEGO EN PALENCIA Y DESPUÉS EN ORIHUELA-ALICANTE, EL SANTO PADRE OFRECE SUFRAGIOS POR EL ETERNO DESCANSO DE SU ALMA, AL MISMO TIEMPO, COMO SIGNO DE FE Y ESPERANZA CRISTIANA EN EL SEÑOR RESUCITADO, IMPARTE CON AFECTO LA CONFORTADORA BENDICIÓN APOSTÓLICA A CUANTOS LLORAN TAN SENSIBLE PÉRDIDA.

**CARDENAL PIETRO PAROLIN
SECRETARIO DE ESTADO”**

Por mi parte, compartiendo los sentimientos de pesar manifestados por el Santo Padre, elevando fervientes súplicas a Dios por su eterno descanso, aprovecho la ocasión para enviarle un cordial saludo en Cristo Resucitado, Nuestro Señor y Salvador.


+ Bernardito C. Auza
Nuncio Apostólico

Felicitación a D. Jesús Murgui por el 25º Aniversario de su Ordenación episcopal



EN ESPAÑA

Madrid, 21 de abril de 2021

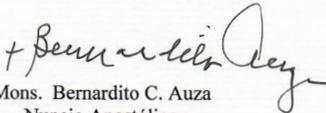
Nº 3. 520/21

Excelencia Reverendísima:

Me es muy grato hacerle llegar el Mensaje de congratulación, que el Santo Padre se ha dignado dirigirle con motivo del 25º aniversario de su Ordenación episcopal.

Uniéndome de corazón a la alegría y acción de gracias al Señor, le aseguro un particular recuerdo en la oración por los frutos de su ministerio episcopal.

Reciba un cordial y fraterno saludo lleno de afecto en el Señor.


Mons. Bernardito C. Auza
Nuncio Apostólico

Excelentísimo y Reverendísimo
Monseñor Jesús Murgui Soriano
Obispo de Orihuela-Alicante
C/ Marco Oliver, 5
03009 ALICANTE

(con anexo)

CONFERENCIA EPISCOPAL ESPAÑOLA

La Conferencia Episcopal Española presenta los datos de la asignación tributaria registrados a favor de la Iglesia en la Declaración de la Renta de 2020

2 de marzo de 2021

- 7.297.646 personas marcaron la X en la Declaración de la Renta, lo que supone, contando las declaraciones conjuntas, 8,5 millones de contribuyentes que confían en la labor de la Iglesia.
- El 32,15% de las declaraciones marcan la casilla de la Iglesia con lo que la Iglesia recibe 301,07 millones de euros. Cada contribuyente que marca la X aporta de media 35,4 € a la Iglesia, sin que por ello pague más ni le devuelvan menos.
- La Iglesia agradece de corazón la confianza que supone esas 106.000 nuevas declaraciones en favor de la Iglesia y mantiene su compromiso de seguir ayudando más a los que más lo necesitan ahora.

La Conferencia Episcopal Española **presenta los datos de la asignación tributaria** registrados a favor de la Iglesia en la **Declaración de la Renta de 2020**, correspondiente a la actividad económica desarrollada en 2019.

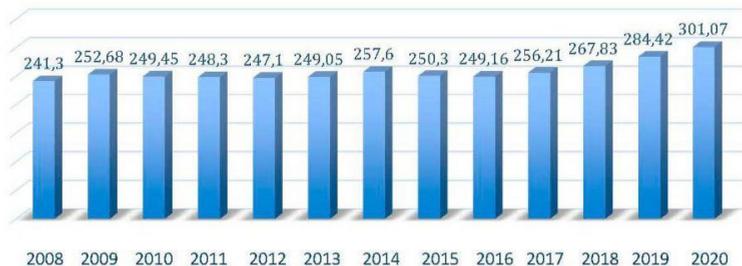
El **número de declaraciones a favor de la Iglesia ha sido de 7.297.646**. Teniendo en cuenta las declaraciones conjuntas, más de 8,5 millones de contribuyentes eligen con libertad destinar a la Iglesia el

0,7% de sus impuestos. Esto supone que **el porcentaje de contribuyentes que asignan a la Iglesia es del 32,15%**.

En esta ocasión, la campaña de la renta tuvo lugar coincidiendo con los meses más duros de **la primera ola de la pandemia y con el esfuerzo de la Iglesia** por multiplicar su presencia y su atención a los colectivos más perjudicados. Las **106.259 nuevas declaraciones que marcaron la X** de la Iglesia, ponen de manifiesto el respaldo social y personal a la labor desarrollada por la Iglesia en este tiempo, y multiplican por cuatro el aumento de X en la Declaración de la renta del ejercicio anterior. Esa labor de la Iglesia en pandemia se hace visible en el portal **www.iglesiasolidaria.es**.

En relación a las cantidades, en la declaración de 2019 la cantidad destinada por los contribuyentes a la Iglesia católica aumenta en 16,6 millones y **alcanza los 301 millones de euros, un incremento del 5,85% con respecto al año anterior**, lo que permitirá **una ayuda más eficaz a las personas que más lo necesitan**.

Evolución de la cantidad destinada por los contribuyentes a la Iglesia católica 2008-2020 (dato de liquidaciones provisionales)



El aumento de la cantidad que los españoles destinan de sus impuestos a favor de la Iglesia católica en los últimos cinco años se debe a la evolución de la situación económica en España hasta ese momento de diciembre de 2019. **Las cifras no hacen visible todavía las consecuencias económicas de la situación de pandemia que se vive en España desde el primer trimestre de 2020.**

Datos por Comunidades autónomas

La cantidad recaudada a favor de la Iglesia crece en todas las comunidades autónomas sin excepción, y en trece de ellas, además, se constata también una subida del número de contribuyentes que marcan la X. El número de declaraciones aumenta sobre todo, en Andalucía, Madrid, Castilla la Mancha y Comunidad Valenciana. Por el contrario, País Vasco registra el mayor descenso.

Las regiones donde mayor porcentaje de personas decide colaborar con la X en la Declaración de la Renta al sostenimiento de la Iglesia son Castilla La Mancha (45,18%), La Rioja (44,77%), Extremadura (44,03%), Murcia (43,68%) y Castilla y León (42,3%). Casi la mitad de las declaraciones optan por sostener la labor de las entidades religiosas. En el otro extremo, Canarias (25,6%), Galicia (24,7%) y Cataluña (16,9%) marcan las tasas más bajas de asignación.

Más recursos para ayudar más

La Iglesia católica **cuenta en esta ocasión con más recursos para seguir realizando una actividad** que redunde en beneficio de toda la sociedad española. Por eso agradece a todos aquellos españoles que contribuyen con este gesto de marcar la X y con el resto de campañas realizadas a lo largo del año a sostener la labor religiosa, espiritual y social al servicio de millones de españoles. Esta aportación es decisiva para sostener la inmensa labor de la Iglesia, que, para seguir ayudando en esta crisis, necesita más que nunca la colaboración de todos.

La cercanía de la Iglesia con los que sufren de manera especial por la situación ocasionada por la pandemia **se hace visible en el portal www.iglesiasolidaria.es** en donde están presentes las más de quinientas actividades puestas en marcha por la Iglesia en España. Esas actividades atienden a los necesitados desde lo asistencial y lo económico a los pastoral y espiritual.

Así mismo, continúa con su vocación de **informar a la sociedad del bien que la presencia de la Iglesia supone** en todos los ámbitos y de **dar a conocer, a través de Xtantos (www.portantos.es), el modo por el que los contribuyentes pueden decidir el destino de una pequeña parte de sus impuestos**, el 0,7%, que puede dedicar a la Iglesia católica y a otros fines de interés social.

La Iglesia católica da cuenta del destino de todo el dinero que ha recibido de los contribuyentes en la **Memoria de actividades de la Igle-**

sia, a través de la oficina de Transparencia de la CEE y su portal www.transparenciaconferenciaepiscopal.es. En la actualidad se está ya preparando la Memoria referida a este ejercicio económico 2019, cuyo resultado se presenta hoy.

	Nº Declaraciones con Asign IC. IRPF 2019	% Declaracion es con Asign IC IRPF 2019	Importe en € asignado a IC IRPF 2019	Nº Declaraciones con Asign IC. IRPF 2018	% Declaracion es con Asign IC IRPF 2018	Importe en € asignado a IC IRPF 2018	Nº Declaracion es con Asign IC. Difere 2019- 18	% Declaracion es con Asign IC Difere 2019- 18	Importe en € asignado a IC Difere 2019-18
Andalucía	1.429.599	39,16%	41.071.538	1.373.037	39,03%	37.861.642	56.562	0,12%	3.209.896
Aragón	247.347	34,80%	8.775.507	245.310	34,82%	8.337.688	2.037	-0,02%	437.819
Pdo. de Asturias	156.142	30,07%	5.608.591	154.822	29,98%	5.338.749	1.320	0,09%	269.842
Iles Balears	147.308	26,85%	6.545.019	147.622	27,56%	6.411.547	-314	-0,21%	133.472
Canarias	235.874	25,60%	8.348.722	230.315	25,95%	7.750.506	5.659	-0,25%	598.216
Cantabria	108.251	37,40%	3.695.748	106.143	37,10%	3.440.799	2.108	0,30%	254.949
Castilla-La Mancha	429.479	45,18%	10.225.907	420.541	45,04%	9.473.043	8.938	0,14%	752.863
Castilla y León	533.311	42,34%	15.246.039	530.288	42,21%	14.075.342	3.023	0,13%	1.170.697
Cataluña	631.430	16,92%	35.251.722	637.368	17,43%	34.404.311	-5.938	-0,51%	847.411
Extremadura	214.489	44,03%	4.706.248	211.479	44,05%	4.437.972	3.010	-0,02%	268.276
Galia	328.511	24,70%	11.064.560	328.786	24,90%	10.170.751	-275	-0,20%	893.808
Madrid	1.302.882	37,90%	89.728.769	1.278.196	37,83%	84.670.764	24.686	0,07%	5.058.004
Murcia	284.056	43,68%	8.379.066	276.115	43,78%	7.692.367	7.941	-0,10%	686.699
La Rioja	76.131	44,77%	2.449.933	75.488	44,88%	2.305.118	643	-0,12%	144.814
Com. Valenciana	713.413	30,51%	25.138.803	698.903	30,64%	23.445.045	14.510	-0,13%	1.693.758
Otros (*)	21.535	34,93%	1.087.991	21.253	34,53%	1.015.934	282	0,40%	72.057
TOTAL Ag. Trib	6.859.858	32,58%	277.324.163	6.735.666	32,67%	260.831.581	124.192	-0,10%	16.492.582
ALAVA	57.188	31,58%	3.061.358,37	59.786	33,18%	3.018.768,32	-2.598	-1,59%	42.590,05
GUIPUZCOA	59.327	15,42%	3.480.391,43	66.170	17,28%	3.731.616,86	-6.843	-1,86%	-251.225,43
VIZCAYA	163.737	28,47%	10.291.912,42	168.141	29,30%	10.064.504,43	-4.404	-0,84%	227.407,99
NAVARRA	157.536	31,48%	6.919.020,80	161.624	32,56%	6.782.572,73	-4.088	-1,08%	136.448,07
TOTALES	7.297.646	32,15%	301.076.846	7.191.387	32,32%	284.429.043	106.259	-0,17%	16.647.803

Nota de los obispos sobre la Semana Santa

Después de un año entero, nuestro mundo sigue afrontando la **lucha** contra la pandemia del **COVID-19** y sus consecuencias, auténtico drama que ha afectado a casi todas las dimensiones de la vida de las personas.

La Congregación para el Culto Divino y la Disciplina de los Sacramentos nos recuerda que la pandemia también ha influido en la vida litúrgica de la Iglesia, y que «las normas y directrices contenidas en los libros litúrgicos, concebidas para tiempos normales, no son enteramente aplicables en tiempos excepcionales de crisis como estos»[1].

De cara a las celebraciones de la **Semana Santa y del Triduo Pascual**, en este año 2021, que por **segunda vez** se desarrollan estas **circunstan-**

cias difíciles, la **Comisión Episcopal para la Liturgia** de la Conferencia Episcopal Española quiere acoger las indicaciones de la Congregación para dichas celebraciones, publicadas en la *Nota para los Obispos y las conferencias episcopales sobre la Semana Santa 2021*, del pasado 17 de febrero.

Se ha hecho un **esfuerzo para adaptarlas a la realidad** y circunstancias de nuestro país, y ofrecerlas a los **Obispos de España**, máximos responsables y moderadores de la vida litúrgica en sus respectivas diócesis, como instrumento y orientación para vivir el momento central del Año Litúrgico y de la vida de la Iglesia.

Con esa finalidad, y teniendo en cuenta la situación de la pandemia en España en este año 2021, se **proponen** a continuación las **siguientes observaciones** de carácter general y las de cada una de las celebraciones de la **Semana Santa y del Triduo Pascual**.

a) Observaciones de carácter general

1. Siempre que sea posible, desde un discernimiento responsable que ha de hacer cada fiel, se recomienda la participación presencial en la celebración, formando parte activa de la asamblea.
2. Aquellos fieles que, por razón de edad, enfermedad, o de prudencia sanitaria, no puedan participar presencialmente en las celebraciones, síganlas por los medios de comunicación[2].
3. En todas las celebraciones se deberán respetar las normas emanadas de las autoridades sanitarias en la lucha contra el virus: el aforo de los templos, las recomendaciones sanitarias e higiénicas para hacer de los lugares de culto espacios sanos y seguros, el uso de la mascarilla, disponibilidad de gel hidroalcohólico, distancia social, ventilación de los espacios, etc.
4. Prepárense con sumo cuidado las celebraciones, eligiendo bien las alternativas que propone la Liturgia y acogiendo de buen grado las indicaciones para adaptarlas a este tiempo de pandemia.
5. En las distintas celebraciones se ha de reducir al mínimo necesario el número de ministros que intervienen –acólitos, lectores, etc.–, sin que ello desdiga de la dignidad de la celebración.
6. El canto no está prohibido, siempre y cuando no exista alguna indicación expresa de las autoridades sanitarias y se haga con las medidas de precaución adecuadas –uso de mascarilla en todo momento y distancia de seguridad entre las personas–. No es

- aconsejable el canto o la música grabados.
7. Evítese la distribución de subsidios para el canto en soporte de papel, o cualquier tipo de folleto explicativo de la celebración, por el riesgo que conllevan ante un posible contagio.
 8. Instrúyase a los fieles para recibir la comunión de manera segura y ordenada, atendiendo a las disposiciones del Obispo diocesano, procurando que este gesto central de la celebración se haga de la mejor manera posible.
 9. Para el bien de los fieles, en el caso de que los aforos permitidos en las iglesias sean un grave problema para la participación, el Obispo diocesano puede autorizar a que se hagan varias celebraciones en el mismo templo en horas sucesivas, siempre y cuando esto se haga verdaderamente para utilidad de los fieles y en circunstancias de real necesidad.
 10. De cara a que los enfermos y las personas en confinamiento o de alto riesgo puedan seguir las celebraciones desde sus casas, se anima a que sean retransmitidas las presididas por el Obispo en la catedral, como signo de unidad de la diócesis. Procúrese que estas celebraciones sean verdaderamente ejemplares en su preparación y desarrollo. Se excluyen, en cualquier caso, las grabaciones en diferido de las mismas.
 11. Cuando no se puedan realizar las celebraciones con participación del pueblo, ofrézcase a los fieles la posibilidad de celebrar la Liturgia de las Horas, especialmente las Laudes y las Vísperas de cada día y el Oficio de Lectura. A tal efecto el subsidio *La Hora de Jesús*, que contiene los textos de las celebraciones de la Semana Santa y que incluye también la Liturgia de las Horas para estos días, puede ser un instrumento muy útil. También se recuerda que se puede hacer uso de la aplicación oficial de la Liturgia de las Horas para dispositivos móviles, recientemente publicada por la Conferencia Episcopal.
 12. Los sacerdotes que estén afectados por el virus y estén confinados procuren también celebrar los distintos ritos, en la medida de lo posible y si su salud se lo permite.
 13. Se recomienda vivamente que se cuide y fomente el Sacramento de la Penitencia. Se ruega a los sacerdotes una mayor disponibilidad para que los fieles puedan celebrar este Sacramento, con todas las medidas de precaución, distancia social y discreción.

b) Domingo de Ramos en la Pasión del Señor

1. Para la conmemoración de la entrada del Señor en Jerusalén se evitará la forma primera descrita por el Misal -procesión-.
2. En las catedrales se utilizará la forma segunda -entrada solemne-, al menos en la misa principal. Los fieles permanecerán en sus lugares y se hará la bendición y la proclamación del evangelio desde un lugar, dentro de la iglesia, en el que los fieles puedan ver el rito. En la procesión al altar puede participar una representación de los fieles junto con el Obispo y los ministros.
3. En las parroquias y demás lugares de culto se utilizará la forma tercera -entrada simple-.

c) Misa crismal

1. A juicio del Obispo la fecha de la Misa crismal puede trasladarse al día que parezca más adecuado.
2. Si las normas sobre aforos no permiten la asistencia de todos los sacerdotes de la diócesis y es necesario también limitar el número de fieles, procure el Obispo que al menos pueda hacerlo una representación del presbiterio –por ejemplo, el consejo episcopal, o el consejo presbiteral, o los arciprestes– y un grupo de fieles, y que la celebración sea retransmitida, de modo que quienes hubiesen querido asistir, muy en particularmente el resto del clero, puedan al menos seguirla por estos medios.

d) Jueves Santo

1. De forma excepcional, al igual que el año pasado, los sacerdotes tienen la facultad de celebrar este día la Misa sin el pueblo, si concurren circunstancias que así lo aconsejen –por ejemplo, el contagio con el virus del propio sacerdote o el confinamiento de una población–. Quienes no tengan la posibilidad de celebrar la Misa rezarán preferentemente las Vísperas.
2. Ha de omitirse el rito del lavatorio de los pies.
3. Dado que este año la celebración se hará, en la mayor parte de los casos, con alguna participación del pueblo, no se omita la procesión y la reserva del Santísimo Sacramento para la adoración y la

comunión al día siguiente. Facilítese, en la medida de lo posible, que los fieles puedan dedicar un tiempo de adoración, respetando siempre los horarios de restricción de la libre circulación de los ciudadanos que se establezcan en cada lugar.

4. Si se van a celebrar varias Misas de la Cena del Señor en la misma iglesia, háganse siempre por la tarde, y omítase, salvo en la última, la reserva solemne del Santísimo.
5. Si no se va a celebrar el Triduo completo en alguna iglesia, no se haga la reserva eucarística solemne. Además, si no se ha celebrado la Misa vespertina de la Cena del Señor, evítese una adoración eucarística desvinculada de dicha celebración.
6. Si la celebración es sin participación del pueblo, se omite la procesión, y la reserva se hace en el sagrario habitual.

e) Viernes Santo

1. Se ha de asegurar la celebración de la Pasión del Señor, por lo menos, en la Catedral, en los templos parroquiales, al menos en los principales, y en aquellos de mayor capacidad dentro de las zonas pastorales establecidas en cada Diócesis.
2. En la oración universal se utilizará el formulario habitual con el añadido de la intención especial que la Congregación para el Culto Divino y la Disciplina de los Sacramentos publicó el pasado año (Decreto Prot. N. 155/20). El texto de la intención, que se añade entre la IX y la X, es el siguiente:

IXb. Por quienes sufren en tiempo de pandemia

Oremos también por todos los que sufren las consecuencias de la pandemia actual: para que Dios Padre conceda la salud a los enfermos, fortaleza al personal sanitario, consuelo a las familias y la salvación a todas las víctimas que han muerto.

Oración en silencio. Prosigue el sacerdote:

Dios todopoderoso y eterno,
singular protector en la enfermedad humana,
mira compasivo la aflicción de tus hijos
que padecen esta pandemia;
alivia el dolor de los enfermos,

da fuerza a quienes los cuidan,
acoge en tu paz a los que han muerto
y, mientras dura esta tribulación,
haz que todos
puedan encontrar alivio en tu misericordia.
Por Jesucristo, nuestro Señor.
R. Amén.

- En el momento de la adoración de la cruz el celebrante lo hará con una genuflexión o una inclinación profunda. El resto de la asamblea lo hará por medio de una genuflexión o inclinación profunda cuando la cruz sea mostrada, y lo harán cada uno sin moverse de su lugar. Se podría invitar, también, a todos los participantes a la liturgia a que hagan un momento de oración, en silencio, mientras se contempla la cruz. Se evitará, en cualquier caso, la procesión de los fieles en este momento de la celebración.

f) Vigilia Pascual

1. Se procurará su celebración al menos en la Catedral y en las iglesias parroquiales principales, que posean un aforo suficiente para que puedan participar los fieles con seguridad.
2. Dependiendo de las normas civiles que se hayan establecido en cada lugar sobre restricción de la libre circulación de los ciudadanos, elíjase una hora adecuada para el comienzo de la celebración que facilite a los fieles la participación en la misma y el regreso a sus casas al finalizar.
3. El «inicio de la vigilia o lucernario» se puede hacer a la entrada del templo. El celebrante principal deberá estar acompañado por un número limitado de ministros, mientras todos los fieles se mantendrán en sus lugares. Se bendice el fuego, se hacen los ritos de preparación y se enciende el cirio tal como indica el Misal. El sacerdote y los ministros, manteniendo la distancia de seguridad, hacen la procesión por el pasillo central y se cantan las tres invocaciones «Luz de Cristo». No es recomendable repartir entre los fieles las velas y que las vayan encendido del cirio y luego pasen la luz unos a otros. Después de las invocaciones se canta el Pregón Pascual.

4. Sigue la «Liturgia de la palabra». Por razones de brevedad puede acortarse el número de las lecturas, pero procúrese darle la relevancia adecuada a este momento de la celebración. En ningún caso se debería reducir a una Liturgia de la Palabra normal de un domingo, únicamente con tres lecturas.
5. La «Liturgia bautismal» se celebra tal y como viene indicada en el Misal. La presencia de la asamblea aconseja no omitir el rito de la aspersion después de la renovación de las promesas bautismales. Tómese la precaución, sin embargo, de evitar el contacto con el agua que se va a bendecir cuando esta se prepare, y que el sacerdote higienice las manos con gel hidroalcohólico antes de la aspersion.
6. No parece aconsejable, dadas las circunstancias, celebrar el bautismo de niños durante la Vigilia Pascual. Si se han de administrar los sacramentos de la Iniciación Cristiana a adultos o si al final se celebra el bautismo de algún niño, hágase con todas las medidas higiénicas y sanitarias que garanticen que los signos y ritos se hagan adecuadamente, pero de forma segura, especialmente los que implican el contacto, como las unciones.
7. Quienes no puedan participar en la solemne Vigilia Pascual pueden rezar el Oficio de lectura indicado para el Domingo de Pascua en la resurrección del Señor, con el deseo de unirse a toda la Iglesia en la celebración del misterio pascual.

Esperando que estas orientaciones sean acogidas de buen grado en las Iglesias particulares que peregrinan en España, seguimos rezando por el fin de la pandemia, por los difuntos, los enfermos y sus familias, y por todos los que dedican su esfuerzo a paliar las consecuencias de esta crisis que estamos viviendo, esperando que la celebración de los días de la Pasión, Muerte y Resurrección del Señor sean un auténtico encuentro con Él, que fortalezca la fe, esperanza y caridad de todos los fieles.

Madrid, 3 de marzo de 2021

- ✠ José Leonardo Lemos, obispo de Ourense. *Presidente de la CEL*
- Antonio, Cardenal Cañizares, arzobispo de Valencia
- ✠ Ángel Fernández, obispo de Albacete
- ✠ Jesús Murgui, obispo de Orihuela-Alicante

- ✠ Manuel Sánchez, obispo de Santander
- ✠ Juan Antonio Aznárez, obispo auxiliar de Pamplona y Tudela
- ✠ Julián López, obispo emérito de León
- ✠ Ángel Rubio, obispo emérito de Segovia

[1] *Nota para los Obispos y las conferencias episcopales sobre la Semana Santa 2021* (Prot. N. 96/21)

[2] cf. Carta del Cardenal Prefecto de la Congregación para el Culto Divino y la Disciplina de los Sacramentos a los Presidentes de las Conferencias Episcopales *¡Volvoamos con alegría a la Eucaristía!*, 15 de agosto de 2020, Prot. N. 432/20.

Mons. Argüello ante la aprobación de la ley de la eutanasia

18 de marzo de 2021

Ante la aprobación de la Ley de la eutanasia en el Congreso de los Diputados, el secretario general de la CEE Mons. Luis Argüello ha manifestado los siguientes puntos:

La aprobación de la ley de eutanasia esta mañana en el Congreso de los Diputados y así ya de manera definitiva en las Cortes Generales, es una mala noticia. Desgraciadamente se ha buscado la solución de evitar el sufrimiento, provocando la muerte de quien sufre.

Eutanasia: 60.000 personas afectadas

Es dramático que en España haya 60.000 personas cada año que mueren con sufrimiento, pudiéndose remediar con una política adecuada de cuidados paliativos. Pero para eso, pensamos que este es un momento en favor de promover una cultura de la vida y de dar pasos concretos promoviendo un testamento vital o de declaraciones anticipadas que haga posible que los ciudadanos españoles manifiesten de una manera clara y determinada su deseo de recibir cuidados paliativos.

Su deseo de no ser objeto de la aplicación de esta ley de eutanasia, es un momento también para promover la objeción de conciencia y para promover todo aquello que tenga que ver con esta cultura de la vida que

quiere tener una línea roja diciendo con fuerza: «no matarás, no provocarás de manera decidida la muerte para aliviar el sufrimiento, sino al contrario, cuidarás, practicarás la ternura, la cercanía, la misericordia, el ánimo, la esperanza para aquellas personas que se encuentran en el tramo final de su existencia, quizás en momentos de sufrimiento que necesitan consuelo, cuidado y esperanza».

Día del Seminario 2021

El próximo **19 de marzo**, solemnidad de San José, se celebra el **Día del Seminario**. Este año bajo el lema, «**Padre y hermano, como san José**». En las comunidades autónomas en las que no es festivo, se celebra el domingo más cercano. En este caso, el 21 de marzo.

El objetivo de esta jornada es reflejar la figura de San José, en los sacerdotes, en un año en el que, si cabe, este santo ha tomado un mayor protagonismo tras declarar el Papa el **Año de San José**.

¿Cuál es el mensaje?

La Subcomisión Episcopal de Seminarios destaca en su reflexión teológica, que, bajo el cuidado de San José, los sacerdotes son enviados a cuidar la vida de cada persona, con el corazón de un padre, sabiendo además, que, cada uno de ellos es su hermano.

Padre y hermano, como san José

Reflexión teológico-pastoral

Un año para san José

Los seminarios están de enhorabuena, pues aquel que es su discreto patrón, san José, ha tomado, si cabe, mayor protagonismo desde el 8 de diciembre de 2020, al declarar nuestro santo padre el Año de San José. Ese día de la Inmaculada se cumplían 150 años desde que el beato Pío IX proclamara a san José como patrón de la Iglesia católica y, con este gesto, el papa Francisco ha querido perpetuar esta dedicación de la Iglesia a la custodia de san José.

El lema elegido para la campaña del Seminario de este año, «Padre y hermano, como san José», quiere reflejar cómo los sacerdotes, forjados en la escuela de Nazaret, bajo el cuidado de san José y la mano providente

de Dios, son enviados a cuidar la vida de cada persona, con el corazón de un padre, sabiendo que, además, cada uno de ellos es su hermano.

Una Iglesia custodiada

Podríamos preguntarnos: ¿por qué se le confía a san José esta misión? A lo que san Juan Pablo II nos contesta que, «al igual que cuidó amorosamente a María y se dedicó con gozoso empeño a la educación de Jesucristo, también custodia y protege su cuerpo místico, la Iglesia, de la que la Virgen santa es figura y modelo». Dios puso en sus manos a María y a Jesús, dándole la misión de cuidarlos y protegerlos... La misión de dar la vida por ellos. Esta misión de José no se agotó ahí, sino que la Iglesia se pone en sus manos, como Cuerpo de Cristo, para seguir siendo protegida por él. Esta es la razón por la que se le confía a san José la custodia de la Iglesia, siempre perseguida.

Patrón del seminario

Comenzábamos afirmando que los seminarios estamos de enhorabuena, pues vivimos en la confianza de saber que san José es también patrón de los seminarios y padre de los seminaristas. San José cuidó de la Sagrada Familia en el hogar de Nazaret, ese lugar oculto en el que nuestro Salvador, estando sujeto a José y María, fue «creciendo en sabiduría, en estatura y en gracia ante Dios y ante los hombres» (Lc 2, 52). Cada seminario, a semejanza del hogar de Nazaret, quiere ser ese lugar donde se cuide y haga crecer el don de Dios. Pues, como nos recuerda la *Ratio fundamentalis*: «El don de la vocación al presbiterado» ha sido «sembrado por Dios en el corazón de algunos hombres» y «exige a la Iglesia proponer un serio camino de formación, como ha recordado el papa Francisco: «Se trata de custodiar y cultivar las vocaciones, para que den frutos maduros...»».

Padre de los seminaristas

Sin quitar protagonismo al Espíritu Santo, ni a la Virgen María, podríamos decir que san José, como padre judío encargado de la educación de su hijo, fue «el primer formador» de un seminario. Por ello, aquel que cuidó y forjó las manos y la persona de Jesús es también padre de los seminaristas, de aquellos que han recibido la llamada a configurar su vida con Cristo en el sacerdocio.

Custodiados para custodiar

Esa llamada suele llevar consigo una invitación: «vende lo que tienes, dáselo a los pobres, así tendrás un tesoro en el cielo, y luego ven y sígueme» (Mc 10, 21). Se nos invita al «desprendimiento (...) del ambiente de origen, del trabajo habitual, de los afectos más queridos», desprendernos de todo, para que nada nos lastre en el seguimiento de Jesús.

La persona que es llamada a seguir a Cristo, se queda a la intemperie, desprotegido, sin seguridades tangibles... Se le pide un paso en la fe, un fiarse a ciegas de Dios. No es entonces el momento de sucumbir a la tentación de echarse atrás, o de hacer oídos sordos a la llamada, sino que es el momento adecuado para descubrir, o redescubrir: la providencia paterna de Dios (cf. Mt 6, 25-34; Mc 6, 8-9), el ciento por uno prometido (cf. Mc 10, 29-30; Mt 19, 29), la belleza de dejarse hacer (cf. Sal 138, 8; Eclo 33, 13; Jer 18, 6), los caminos sorprendentes de Dios (cf. Is 55, 8-9), la voz dulce del Buen Pastor (cf. Is 30, 21; Jn 10, 27)... A lo largo de toda la Sagrada Escritura, nos encontramos con el Dios que nos invita a «descargad en él todo vuestro agobio, porque él cuida de» nosotros (1 Pe 5, 7).

El seminario es por tanto, un lugar y un tiempo privilegiado, para que cada seminarista descubra cómo Dios lo hace crecer a través de la Iglesia y de Su mano providente. Desde esta experiencia profunda del cuidado que Dios ha tenido con ellos, podrán el día de mañana, salir al mundo como sacerdotes, dispuestos a decirles a todos: «No temas; basta que tengas fe» (Mc 5, 36).

Contemplando a Jesús

Custodiar la fe de los hermanos lo aprendemos ya, como hemos dicho, desde el seminario, en la propia experiencia de ser protegidos, y lo hacemos mirando a Jesús, configurándonos con Aquel que ha dado la vida por cada persona.

Por tanto, ya desde el seminario, es importante cultivar la oración de contemplación, pues «la práctica de la contemplación hace que la relación con Cristo sea más íntima y personal y, al mismo tiempo, favorece el conocimiento y la aceptación de la identidad presbiteral» por ello, no puede faltar «la contemplación del Buen Pastor para su imitación»⁶.

Contemplándolo, descubrimos cómo

«Jesús se presenta a sí mismo como *el Buen Pastor*» (Jn 10, 11.14),

no solo de Israel, sino de todos los hombres (cf. *Jn* 10, 16). Y su vida es una manifestación ininterrumpida, es más, una realización diaria de su «caridad pastoral». Él siente compasión de las gentes, porque están cansadas y abatidas, como ovejas sin pastor (cf. *Mt* 9, 35-36); él busca las dispersas y las descarriadas (cf. *Mt* 18, 12-14) y hace fiesta al encontrarlas, las recoge y defiende, las conoce y llama una a una (cf. *Jn* 10, 3), las conduce a los pastos frescos y a las aguas tranquilas (cf. *Sal* 22-23), para ellas prepara una mesa, alimentándolas con su propia vida»;

y

«su obra y misión continúan en la Iglesia a través de los apóstoles (cf. *Jn* 21, 15-17) y sus sucesores (cf. *1 Pe* 5, 1ss), y a través de los presbíteros. En virtud de su consagración, los presbíteros están configurados con Jesús, buen Pastor, y llamados a imitar y revivir su misma caridad pastoral.

Es el mismo Jesús el que nos confía el cuidado de cada uno de los hermanos. Cuando a Pedro le preguntó si lo amaba, le encomendó apacentar y pastorear sus ovejas (cf. *Jn* 21, 15-17). En Pedro estábamos representados todos los que seguimos a Cristo en el sacerdocio. Por ello, el sacerdote, continúa con la misión encomendada a Jesús, de no perder a ninguno de los que se le ha confiado (cf. *Jn* 6, 39) y vive con el deseo de poder decir al Padre, al final de la vida, las mismas palabras de Jesús: «Cuando estaba con ellos, yo guardaba en tu nombre a los que me diste, y los custodiaba, y ninguno se perdió» (*Jn* 17, 12a).

La tentación de desentendernos del hermano

En el lado opuesto a esta caridad con los hermanos, nos encontramos con el testimonio bíblico de Caín, que, ante la pregunta de Dios por su hermano, contestó desentendiéndose: «¿Soy yo el guardián de mi hermano?» (*Gén* 4, 9). El papa Francisco nos invita en *Fratelli tutti* a estar atentos a estas respuestas en nosotros mismos, pues «nos hace falta reconocer la tentación que nos circunda de desentendernos de los demás; especialmente de los más débiles», fácilmente «nos acostumbramos a mirar para el costado, a pasar de lado, a ignorar las situaciones hasta que estas nos golpean directamente». Se nos olvida «que la existencia de cada uno de nosotros está ligada a la de los demás: la vida no es tiempo que pasa, sino tiempo de encuentro».

Salir al encuentro

Es ahí donde transcurre la vida del sacerdote: en un continuo encuentro, con Dios y con los hermanos. Del encuentro con Dios nace la paz, la fuerza, la luz, la gracia... para sí y para los demás; y, en el encuentro con los hermanos, descubre la presencia de Cristo que reclama su atención, y le invita a protegerlo en cada persona (cf. *Mt* 25, 31-46).

El sacerdote cuida a Jesús en cada hombre, en cada hermano. Por ello está llamado a hacerse «un prójimo de los otros», pues «el valor providencial de la cercanía y de la palabra de un sacerdote; no solo de la palabra, sino también de la cercanía», es «capaz de motivar interrogantes y conducir a decisiones incluso definitivas» en la vida de las personas, custodiando así su vida, su camino al cielo.

¿Cómo los sacerdotes no nos vamos a acercar a la vida de las personas, a la vida de cada hermano, si Jesús nos espera en ellos?

Con «corazón de padre»

San José llevó hasta el final la misión encomendada y a pesar de las dificultades de la misma, no pasó de largo, no miró para otro lado, no se desentendió. «Lejos de nosotros el pensar que creer significa encontrar soluciones fáciles que consuelan». En este camino de custodiar a los hermanos, san José «nos invita a acoger a los demás, sin exclusiones, tal como son, con preferencia por los débiles, porque Dios elige lo que es débil (cf. *1 Cor* 1, 27), es «padre de los huérfanos y defensor de las viudas» (*Sal* 68, 6) y nos ordena amar al extranjero».

Nos encontramos así por doquier, hermanos a los que aproximarnos, a los que cuidar con nuestra escucha y atención. Y esto, no solo como hermanos, sino más aun, «con corazón de padre».

Siguiendo el ejemplo de san José

Vivamos en la confianza de que san José realiza fielmente su misión y cuida de su Iglesia. Pero no nos contentemos con solo mirar a este santo hombre, sino que, en este año, cada uno de nosotros, siguiendo su ejemplo, podamos fortalecer diariamente nuestra vida de fe en el pleno cumplimiento de la voluntad de Dios¹⁴, y, desde ahí, ser padres y hermanos, como san José.

La Subcomisión Episcopal de Seminarios

Jornada por la Vida, 25 de marzo de 2021

Custodios de la vida

Nota de los obispos de la Subcomisión Episcopal para la Familia y la Defensa de la Vida

En el contexto del Año de San José, convocado por el papa Francisco, queremos poner nuestra mirada en este gran santo para aprender a ser custodios de la vida.

1. Custodios de la vida

Nos narra san Mateo que

La generación de Jesucristo fue de esta manera: María, su madre, estaba desposada con José y, antes de vivir juntos, resultó que ella esperaba un hijo por obra del Espíritu Santo. José, su esposo, como era justo y no quería difamarla, decidió repudiarla en privado (*Mt 1, 18-19*).

Este texto evangélico refleja la perplejidad de san José ante el embarazo de la Virgen María. Pero,

la nobleza de su corazón le hace supeditar a la caridad lo aprendido por ley; (...) José se presenta como figura de varón respetuoso, delicado que, aun no teniendo toda la información, se decide por la fama, dignidad y vida de María. Y, en su duda de cómo hacer lo mejor, Dios lo ayudó a optar iluminando su juicio.

En efecto, san José recibe la misión de custodiar y proteger a María y al bebé que lleva en sus entrañas.

En nuestra actualidad muchos erigen como criterios determinantes para evaluar si una vida merece la pena ser vivida o no la salud, el bienestar o la utilidad. Desde esta mentalidad, se plantea descartar aquellas vidas que no cumplen con estos parámetros. Este descarte de vidas humanas, que es deplorable en sí mismo, es aceptado por muchos

desde el paradigma emotivista que conduce a emitir juicios y a tomar determinaciones, no desde la razón, que nos lleva a promover el bien y adherirnos a la verdad, sino desde un puro sentimentalismo. Así, el fundamento último de todo pasa a ser los sentimientos y los deseos que en muchas ocasiones se convierten en leyes.

Una atenta mirada a nuestra sociedad nos lleva a descubrir el avance de la cultura de la muerte, por la reciente proposición de Ley Orgánica de regulación de la eutanasia. Ante esta situación tenemos que preguntarnos cuál debe ser nuestra respuesta como cristianos en este momento histórico. Nos equivocáramos si cayéramos en el derrotismo al pensar que esto no tiene solución o que no hay marcha atrás. También sería equivocado vivir con los brazos cruzados en un constante espíritu de queja.

Una vez más, fijarnos en el ejemplo de San José iluminará nuestro camino. Comenta el papa Francisco que

muchas veces, leyendo los «evangelios de la infancia», nos preguntamos por qué Dios no intervino directa y claramente. Pero Dios actúa a través de eventos y personas. José era el hombre por medio del cual Dios se ocupó de los comienzos de la historia de la redención. Él era el verdadero «milagro» con el que Dios salvó al Niño y a su madre... Incluso nuestra vida parece a veces que está en manos de fuerzas superiores, pero el Evangelio nos dice que Dios siempre logra salvar lo que es importante, con la condición de que tengamos la misma valentía creativa del carpintero de Nazaret, que sabía transformar un problema en una oportunidad, anteponiendo siempre la confianza en la Providencia.

2. La vida es siempre un bien

Como san José, ante esta cultura de la muerte, debemos ser custodios de la vida porque, como afirmaba san Juan Pablo II, «la vida es siempre un bien». El fundamento que permite afirmar que la vida es siempre un bien es el hecho de que la vida es un don que proviene de la misteriosa y generosa voluntad de Dios. En este contexto de don puede afirmarse que toda vida vale la pena ser vivida puesto que en ella hay un orden previo y un destino profundamente querido por su Creador. «Y creó Dios al hombre a su imagen, a imagen de Dios lo creó, varón y mujer los creó» (*Gén 1, 27*). La vida es un don que Dios da a aquellos que ama

como solo Dios puede amar, con un amor infinito, con un amor eterno. Tal como se expresa en el libro de Jeremías: «Antes de formarte en el vientre, te elegí; antes que salieras del seno materno, te consagué: te constituí profeta de las naciones» (*Jer* 1, 5).

En la constitución pastoral *Gaudium et spes*, del Concilio Vaticano II leemos: «En realidad solo en el misterio del Verbo encarnado se ilumina verdaderamente el misterio del hombre» (n. 22); y un poco más adelante: «Cristo, el nuevo Adán, en la misma revelación del misterio del Padre y de su amor, manifiesta plenamente el hombre al propio hombre y le descubre la sublimidad de su vocación» (n. 22). Así la vida humana ha sido enaltecida a lo más alto cuando el mismo Hijo de Dios se hace hombre. «Y el Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros, y hemos contemplado su gloria: gloria como del Unigénito del Padre, lleno de gracia y de verdad» (*Jn* 1, 14).

Hay que recordar que la vida humana vale en sí misma y no está ligada al vigor físico, ni a la juventud, ni a la salud física o psíquica. Es un bien fundamental para el hombre, sin el cual no cabe la existencia ni el disfrute de los demás bienes. Por tanto, no procede conceder un peso determinante a categorías como útil, inútil, gravoso, deseado, no deseado, etc. Cada persona ha de ser considerada siempre como un fin en sí misma y nunca como un medio para otros fines. Toda vida humana es digna y merecedora de protección y respeto, y su valor no puede medirse por la satisfacción subjetiva que produce ni por su nivel de bienestar.

La Iglesia, que es Maestra, nos enseña que

la vida de todo ser humano ha de ser respetada de modo absoluto desde el momento mismo de la concepción, porque el hombre es la única criatura en la tierra que Dios ha «querido por sí misma», y el alma espiritual de cada hombre es «inmediatamente creada» por Dios; todo su ser lleva grabada la imagen del Creador. La vida humana es sagrada porque desde su inicio comporta «la acción creadora de Dios» y permanece siempre en una especial relación con el Creador, su único fin. Solo Dios es Señor de la vida desde su comienzo hasta su término: nadie, en ninguna circunstancia, puede atribuirse el derecho de matar de modo directo a un ser humano inocente.

3. Con valentía creativa

La Iglesia, que es Madre, nos invita a tener esa valentía creativa en la custodia y la defensa de la vida humana. Queremos agradecer a todas aquellas personas que, movidas por su fe o por la solidaridad humana, desde el ámbito eclesial o civil, con valentía creativa, llevan a cabo todo tipo de iniciativas para promover la cultura de la vida. Gracias a los que acompañan a las mujeres embarazadas en situación de vulnerabilidad que, de otro modo, se verían abocadas al aborto. Gracias a los que cuidan con tanto cariño y generosidad a los mayores y a los enfermos terminales, evitando así que sientan que son una molestia y que se planteen la eutanasia como una salida. Recordemos que «incurable, de hecho, no es nunca sinónimo de «in-cuidable»».

Invitamos a todos los cristianos a cuidar la formación para estar

«dispuestos siempre para dar explicación a todo el que os pida una razón de vuestra esperanza» (1 Pe 3, 15). Profundicemos en los motivos que nos llevan a ser custodios de la vida; motivos que provienen en muchos casos, no solo de nuestra fe, sino también de la evidencia científica.

Esta invitación a instaurar la cultura del cuidado se dirige a todos y cada uno de los cristianos y de las personas de buena voluntad. Vivamos este compromiso por la vida en nuestro día a día, ofreciendo nuestra ayuda eficaz a los que atraviesan situaciones de vulnerabilidad.

Ante la condición de necesidad de un hermano o una hermana, Jesús nos muestra un modelo de comportamiento totalmente opuesto a la hipocresía. Propone detenerse, escuchar, establecer una relación directa y personal con el otro, sentir empatía y conmoción por él o por ella, dejarse involucrar en su sufrimiento hasta llegar a hacerse cargo de él por medio del servicio (cf. Lc 10, 30-35)⁶. (Mensaje del Papa Francisco para la Jornada Mundial del Enfermo 2021).

Acudamos a la intercesión de san José, custodio de la vida y patrono de la buena muerte, y de santa María, su Esposa y Madre de Jesucristo, para que nos hagan apóstoles del Evangelio de la Vida.

-
- ✘ Mons. D. José Mazuelos Pérez, obispo de Canarias. Presidente de la Subcomisión Episcopal para la Familia y la Defensa de la Vida
 - ✘ Mons. D. Juan Antonio Reig Pla, obispo de Alcalá de Henares
 - ✘ Mons. D. Ángel Pérez Pueyo, obispo de Barbastro-Monzón
 - ✘ Mons. D. Santos Montoya Torres, obispo auxiliar de Madrid
 - ✘ Mons. D. Francisco Gil Hellín, arzobispo emérito de Burgos

